
HARLEQUIN
JAZMIN
Algo más que una niñera
Bárbara McMahon

Algo más que una niñera

Deanna Stephens necesitaba un trabajo y un lugar donde vivir, y el anuncio de Jay Master pidiendo una niñera interna parecía perfecto. Pero con solo echarle un vistazo a Jay y a sus dos adorables niñas, Deanna supo que su corazón estaba en peligro.

Jay era un viudo con muchas reticencias a comprometerse de nuevo ¿Cómo podía Dee convencerlo de que no necesitaba sólo una mujer suplente, sino una verdadera esposa?

CAPÍTULO 1

LA COSA es que he oído que Jay Masters es el típico chico que lo hace todo según las normas.

Deanna Stephens miró sorprendida a su amiga y compañera de habitación temporal. Abrochándose el chaleco de brocado se encogió de hombros.

-Entonces haré una entrevista según las normas.

-¿Tú según las normas? -Judy se rio a carcajadas.

Deanna sonrió y se observó en el espejo. Era el tercer conjunto que se probaba; como no se decidiera pronto llegaría tarde a la entrevista y entonces lo mismo daría que ella siguiera las normas o que no.

Tendría que valer lo que llevaba puesto. La falda azul oscuro le rozaba el borde de la rodilla, el chaleco con brocados de colores contrastaba muy bien. Hacía demasiado calor para molestarse en ponerse una blusa. El mes de mayo estaba siendo caluroso y no necesitaba ponerse medias porque estaba morena. Con los ojos brillantes se volvió hacia su amiga.

-¿No crees que pueda hacerlo?

-No sé por qué no te puedo imaginar como el tipo de persona que sigue las normas. Claro que has podido estar ocultándome esa faceta tuya. Solo hace unos cuantos años que nos conocemos.

-Me asombra que dudes de mí -dijo Deanna con sorpresa fingida-. Nunca voy deprisa cuando conduzco. Compruebo mi talonario todos los meses, y siempre miro a ambos lados antes de cruzar la calle ¿Se puede ser más adicta a las normas?

-Empiezas a trabajar a las cuatro de la tarde y no lo dejas hasta las cuatro de la mañana, y luego duermes todo el día. Desayunas pizza y cenas tostadas. Y sales con tus tías abuelas hasta mucho después del toque de queda. No está mal para empezar -dijo Judy.

-El toque de queda para las mujeres de ochenta años es ridículo, y solo fue una vez. Además me gusta la pizza en cualquier momento del día ¿Qué me puedo hacer en el pelo?

Deanna estudió su cabello ¿Cómo podría peinarse aquello? Aquella mata salvaje de rizos rubios era su cruz; toda la vida había suspirado por un cabello negro, liso, y brillante. Naturalmente, también había suspirado por ser menuda y con cierto aire de fragilidad. Ninguno de aquellos deseos se había hecho realidad. Creía que estaba resignada a ser alta y delgada y con un cabello indomable, pero a veces volvían a flote los viejos sueños. Ese día era una de esas veces.

-Recógetelo hacia atrás con un lazo que combine con el azul del chaleco -sugirió Judy-. Si lo llevas suelto aparentas quince años y él

pensará que no eres lo bastante mayor como para cuidar a sus niñas. Si te haces algo complicado pensará que eres demasiado sofisticada. De todas formas no sé por qué tienes que hacer esto. Te puedes quedar aquí perfectamente, te lo he dicho una docena de veces.

-Has sido un salvavidas, yo no sé dónde habría ido cuando las tías se fueron a la residencia si no hubiera podido venir aquí. Pero lo que marcha bien entre nosotras dos mientras Peter está de servicio no funcionará cuando él vuelva a casa. No querréis a una tercera persona por aquí y tú lo sabes.

El marido de Judy era submarinista y en aquel momento estaba en un viaje de servicio de tres meses y se esperaba su vuelta antes del uno de junio. Deanna sabía que los recién casados querían tener su propio espacio y estaba decidida a encontrar algo que la permitiera mudarse a un sitio para ella sola.

Judy se sonrojó y se encogió de hombros.

-Me imagino.

-Yo estoy segura de que Peter no me quiere aquí. Si consigo este trabajo, se solucionarán todos mis problemas. El anuncio hablaba de un sitio donde vivir, si lo combinas con el buen sueldo que ofrecen y con que es un tipo de trabajo que puedo hacer mientras sigo en la facultad, resulta ser absolutamente perfecto.

-Suena demasiado bueno para ser verdad, y probablemente sea así. Además, no lo conseguirás nunca, él es auténticamente el tipo de hombre de normas y reglamentos -la avisó Judy.

-Por Dios santo, Judy, Jay Masters es un experto en seguridad. Son los reyes de la espontaneidad, tienen que cubrir todas las posibilidades, así que tiene que seguir las normas y los reglamentos. Por lo que yo sé de esta gente, tienen que responder a todos los intentos que se hagan de utilizar los fallos de seguridad, frustrar los secuestros de los hombres de negocios ricos, pensar deprisa y salir adelante. No me parece que sea el tipo de persona que se pueda parar en minucias -estudió su peinado y se puso un lazo azul-. Yo creo que esto valdrá.

-Se va caer muerto al verte.

-De eso nada, le necesito vivo para que me contrate.

Deanna llegó al edificio de oficinas mucho antes de la hora programada para su entrevista. Se negó a aceptar el nerviosismo que la embargaba cuando se detuvo frente al ascensor. En vez de eso se concentró en cuál sería la mejor forma de causar una buena primera impresión. Judy había visto el discreto anuncio del trabajo en el tablón de anuncios de la cafetería del edificio, y le habló de ello a Deanna, que estaba a punto de conocer al hombre que necesitaba una

niñera para sus hijas en edad preescolar.

Salió del ascensor un momento más tarde y miró con interés a ambos lados. Nunca había estado antes en una empresa de seguridad y tenía curiosidad por ver cualquiera de los aparatos que utilizarían como norma. Debían tener monitores, cámaras de vídeo y rayos láser por todas partes.

En vez de eso se encontró en una austera zona de recepción. No podía detectar nada que diferenciara esta de otras oficinas en las que había estado, excepto por la pintura blanca de las paredes sin cuadros. A ella la fascinaba el color, las líneas y los diseños. A lo mejor debía ofrecerles unos cuantos cuadros para realzar el sitio.

Estuvo a punto de reírse de sí misma. Como si un negociador experto en canje de rehenes, ingeniero de seguridad, se preocupara por lo que pudiera pensar ella de las paredes de su oficina. Lo más probable es que mantuviera las paredes desnudas por alguna razón.

No podía ser falta de dinero; los servicios de su empresa tenían gran demanda a pesar de costar un dineral. Judy había compartido con ella esta información cuando le habló del empleo.

La recepcionista saludó a Deanna y la acompañó inmediatamente a una sala de reuniones vacía.

-El señor Masters estará con usted en un momento -dijo.

Deanna se sentó en una de las sillas que estaban junto a la pared, dejando vacías las que rodeaban la enorme mesa ovalada. Las ventanas daban al Este y a pesar de que la bahía de Chesapeake estaba varias manzanas más lejos ella miró con la vana esperanza de ver el agua.

Dos minutos más tarde entró un hombre alto de pelo negro que llevaba una carpeta. De pronto el aire pareció cargarse. Deanna intentó sonreír, su corazón empezó a latir con fuerza.

-¿Deanna Stephens? Soy Jay Masters.

Estaba de pie junto a la puerta, muy derecho, y probablemente medía unos quince centímetros más que ella, estaba cerca del metro ochenta. Su traje gris tenía un corte excelente y su camisa blanca hacía muy buen contraste. La corbata gris perla le daba el toque final. Parecía irradiar energía.

Ella estuvo a punto de dar un brinco y saludar militarmente. Aferró su bolso para controlar el impulso, sospechando que él no le vería la gracia a una acción semejante.

-Encantada.

La mirada de él la recorrió con rapidez y luego se desvió a la carpeta. La abrió mientras se acercaba lentamente a la mesa, mirando los papeles que llevaba dentro.

Una máquina de pelear, delgada y amenazadora, pensó Deanna mientras lo miraba con ojos de artista, complaciéndose en las líneas y

contrastes que veía. Le podía retratar como un guerrero pagano, un luchador. Protector. Pero no con traje, por supuesto, sino vestido de cuero, o de pieles de animales, o ... con poca cosa.

De pronto ardía en deseos de hacer un boceto de aquel hombre. Le dibujaría con una lanza, o una espada, con el pecho desnudo ofreciéndose al enemigo, sabiendo que resultaría victorioso se cruzara lo que se cruzase en su camino.

El traje no podía esconder la amplitud de sus hombros, la longitud de sus piernas. Pudo ver su pecho bien torneado bajo la camisa cuando se le abrió la chaqueta. Apostaría a que tenía músculos duros como piedras. Ella podría dar vida a sus formas con apasionado detalle.

El moreno profundo que oscurecía su piel iba bien con el color negro noche de su pelo ¿pasaba mucho tiempo al aire libre? Ningún oficinista tenía ese tono tan oscuro. Sus ojos eran grises como el acero de un arma, fríos y calculadores. Los labios eran gruesos, pero los mantenía en una línea apretada.

¿Cómo se suavizarían? Seguro que con la risa ¿Y la pasión? ¿Qué pasaría cuando besara a una mujer y le murmurase palabras dulces al oído?

Deanna dejó que su mirada bailase sobre su figura. Los deltoides, pectorales y bíceps estaban cubiertos, pero su imaginación corría con libertad. Apostaba a que estaban fuertes y desarrollados y que si se tiraba una moneda sobre ellos, rebotaría. No, un momento, eso era para las camas bien hechas y apretadas. Era allí donde rebotaban las monedas.

Hablando de camas, se preguntó cómo estaría él en una, bajo una sábana ligera. Sospechaba que se destapaba mucho al dormir ¿estaría moreno por todo el cuerpo o solo en la cara? ¿Se estiraría por toda la cama o se quedaría en un lado?

De pronto, Deanna se dio cuenta de que el silencio había durado demasiado. Levantó la mirada y vio que él la miraba fijamente ¿Había dicho algo? ¿Le habría preguntado algo? ¿Había leído sus pensamientos?

Intentó sonreír, pero se asustó por la oleada de calor que la invadía. ¿Qué estaba pasando? Simplemente porque él tenía un cuerpo que envidiaría la mayoría de los hombres y por el que cualquier mujer babearía no era razón para que ella sintiera ninguna atracción específica. Amaba todas las formas del arte. Y desde luego él era una obra maestra.

Tenía que controlarse. Quería aquel trabajo.

Jay Masters dejó la carpeta sobre la mesa de reuniones y se apoyó en su borde, cruzando los brazos sobre el pecho y sin dejar de mirarla. De pronto le hormigueó la piel y se sintió deliciosamente femenina,

como si estuviera respondiendo a la llamada primitiva del macho.

Respiró hondo. Estaba allí para hacer una entrevista de acuerdo con las normas, no para fantasear con respecto a aquel hombre. Se sentó más derecha aún en la silla.

-Tiene usted un currículum muy ecléctico -dijo él con lentitud-. A lo largo de los últimos siete años ha tenido siete trabajos distintos. Camarera, ayudante de biblioteca, repartidora en una floristería, ha trabajado en un centro de día, de socorrista en una playa, en Doncella Feliz, sea lo que sea eso, y trabajó en un hospital. Ninguno de los empleos duró más de ocho meses -Deanna asintió con la cabeza-. Nada de esto me demuestra que tenga experiencia con niños. Y yo necesito a alguien con quien pueda contar para algo más de unos meses -cerró la carpeta como dando por concluida la entrevista.

La invadió el pánico y se puso de pie alargando una mano, sin llegar a tocarlo, pero acercándose lo bastante como para percibir el calor que emanaba de su cuerpo. Bajó el brazo y levantó la barbilla. No podía permitir que la entrevista terminara así.

-Puedo explicar lo del currículum ecléctico. Trabajo para pagarme los estudios en la universidad. En el pasado tenía que conseguir un empleo, trabajar en él hasta que había ahorrado lo bastante como para asistir a clases durante un semestre y entonces lo dejaba para estudiar. Cuando me quedaba sin dinero tenía que buscar otro trabajo.

-Lo que no resuelve mi problema. Yo quiero a alguien que se quede durante algo más que unos meses.

-Pero es lo que tiene de bueno el empleo que usted ofrece. Puedo ir a clase al mismo tiempo que trabajo, si usted está de acuerdo en que deje a sus hijas durante unas pocas horas a la semana en la guardería de la UVD. Es para que los estudiantes que tienen niños los puedan dejar allí mientras duran las clases. Pensé que podría ser aceptable. Solo sería una hora o dos al día cuatro días a la semana y le proporcionaría a sus hijas un tiempo de juego organizado con otros niños.

-¿UVD?

-La Universidad del Viejo Dominio, aquí en Norfolk. Con el tipo de trabajo que ofrece usted yo no tendría que dejarlo para asistir otro semestre a clases. Podría ir a clase y seguir cuidando a sus hijas y le puedo asegurar que la guardería de la universidad es excelente.

Lo había pensado muy bien. Significaría tanto para ella poder seguir yendo a clase sin tener que perder el tiempo trabajando para ganar dinero suficiente para otro trimestre. Si él no pusiera pegas. Ella sería perfecta para sus hijas y el trabajo sería perfecto para ella.

El la estudió con ojos desapasionados. Su expresión no le daba ninguna pista de lo que estaba pensando.

-¿Qué está estudiando?

-Artes gráficas. Quería estudiar Bellas Artes, pero no tiene muchas salidas a no ser que seas una artista auténticamente extraordinaria. Soy buena, pero no extraordinaria. Pero puedo combinar mi amor por el color, las líneas, las formas, y la textura en las artes gráficas y disfrutar haciéndolo. Este campo ofrece muchas más oportunidades profesionales, una vez que obtenga el título. Y para pasar el rato sigo haciendo bocetos y pintando. Así me complazco tanto en el lado práctico como en el creativo -Deanna tragó saliva y sonrió. No le estaba resultando tan fácil como había esperado. Como él no decía nada ella volvió a hablar. No podía perder aquella oportunidad-. Y en cuanto a la experiencia, sé mucho de niños. Primero, por el trabajo del restaurante, sé cómo se deben comportar los niños en público y cómo no deben hacerlo; sé lo que les gusta comer y cómo mantenerlos entretenidos cuando se aburren. Segundo, por el trabajo en la playa. He visto montones de niños y conozco las normas de seguridad y cómo ponerlas en práctica. Tengo un título de primeros auxilios -sonrió con aire de suficiencia. El probablemente valoraría aquello-. Y tercero, el trabajo en el centro de día me dio experiencia porque era un centro para niños de edades entre uno y seis años.

El no dijo nada, limitándose a observarla mientras hablaba. Deanna prosiguió.

-Y en la biblioteca yo era la que se ocupaba de leer en la hora de los niños, así que sé lo que les gusta, especialmente a los más pequeños ¿Sus hijas tienen tres y cinco años?

El afirmó con la cabeza, pero siguió callado. Como no estaba acostumbrada a recibir tan poca ayuda, Deanna se preguntó si estaba esperando a que ella se callase para decirle que el empleo no era para ella ¿o estaba escuchando de verdad? ¿qué más podía añadir?

-Doncella Feliz era una empresa de limpieza, así que puedo enseñarlas las técnicas adecuadas para mantener limpio su cuarto -terminó triunfal.

-Yo no quiero contratar a una niñera para que se vaya a los pocos meses porque ha encontrado algo mejor. La madre de las niñas ha muerto y ya han tenido bastante con una separación. Mi hermana ha estado ocupándose de ellas, pero ahora tiene que irse. Otra separación. No quiero que pronto se produzca una tercera -se puso en pie y cerró la carpeta-. Busco una mujer mayor que pueda ofrecer estabilidad y confianza. Y que no se vaya sin avisar la primera vez que algo salga mal, o que venga un hombre y se la lleve.

-A las mujeres mayores también se las puede llevar un hombre. Y no tengo planes de casarme, así que no hay porqué preocuparse. Y no soy el tipo de mujer que se va detrás de un hombre. Estoy decidida a acabar la carrera, a encontrar trabajo en mi campo y a hacerme un nombre. Desde que estaba en el instituto ha sido esa mi ambición.

-Y sin embargo está intentando conseguir un trabajo que no tiene nada que ver con la carrera que ha elegido. Sería mejor que intentase obtener un empleo como becaria en una empresa de artes gráficas o en una agencia de publicidad. Yo espero que las comidas se sirvan a su hora, algo de cuidado en la casa, aunque tengo un servicio de limpieza para el trabajo principal. Y un montón de atención hacia mis hijas.

-Puedo hacerlo.

-El trabajo no consiste solo en vigilar a las niñas. Hay que llevarlas al médico y al dentista. Ir de compras cuando necesitan ropa.

-Si puedo trabajar y asistir a clase al mismo tiempo me graduaré en otros tres trimestres. Le podría dar seis meses más después de eso. Por aquel entonces su hija pequeña estará en el jardín de infancia y podrá contratar a alguien para que las cuide a la salida del colegio.

-Eso no es suficiente.

-¿Por qué no?

Deanna pensaba que estaba siendo generosa al aceptar quedarse, eso aplazaría su entrada en el mercado laboral, pero le daría la oportunidad de acabar antes la carrera ¿por qué no se daba cuenta de que le estaba ofreciendo la solución perfecta?

Ella quería verdaderamente aquel trabajo, lo necesitaba. Si no ¿quién sabía cuánto tiempo podía tardar en acabar sus estudios? Ya tenía veinticinco años. Si tuviera la suerte de poder combinar el trabajo y la universidad tendría veintisiete cuando acabase.

-Mi tipo de trabajo hace que a veces tenga que irme avisando solo con una hora y puede que no regrese hasta pasados varios días, a veces más. Necesito a alguien que se haga responsable de estar allí veinticuatro horas al día, siete días a la semana, para cuidar de mis hijas. Alguien a quien conozcan y en quien confíen. Alguien a quien yo conozca y con quien pueda contar.

-Se puede contar conmigo y soy una persona en quien se puede confiar. Y estoy dispuesta a negociar casi todo -Deanna no quería parecer desesperada, pero lo estaba. No tenía apartamento, ni trabajo y los exámenes finales empezaban al mes siguiente. Necesitaba encontrar un sitio antes de eso ¿por qué no podía cooperar él?

-No parece que tenga mucho problema para encontrar trabajo. Siete empleos en siete años.

-Pero yo tenía una casa que no me costaba nada. Ahora no la tengo. Eso significa que me llevará mucho más tiempo ahorrar lo bastante para pagar un semestre completo, y cuando estoy estudiando tengo que hacer tantas cosas que no puedo trabajar en la mayoría de los empleos y mantenerme al día con las asignaturas. Pero podría hacerlo con sus hijas, puedo hacer mis proyectos por la noche, mientras ellass duermen. Sería la mejor niñera que pueda usted encontrar.

-¿Qué pasó con su casa?

Respiró hondo. La verdad es que aquello no era asunto suyo, sobre todo si la entrevista iba a ser la única relación que tuviera con aquel hombre. La verdad es que no quería contarlo, siempre se ponía furiosa.

-Las circunstancias cambiaron, eso es todo. Un aspecto que me atrajo mucho de su oferta es que tendría habitación y comida. Sería estupenda con sus niñas. Llame a la bibliotecaria y le dirá cómo les gustaba a los niños que les leyera cuentos. Llame al centro de día y le dirán que se puede confiar en mí. Llame a quien quiera de la lista, todos le dirán que son concienzuda y digna de confianza. Nunca falto al trabajo, nunca llego tarde. ¡Y trabajo duro todo el día a cambio de mi sueldo!

Jay Masters estuvo a punto de sonreír ante su discurso apasionado. Parecía que ella deseaba verdaderamente aquel empleo. Volvió a mirar la carpeta queriendo rechazarla, sabiendo que lo prudente sería seguir buscando. A pesar de su entusiasmo, de su lista de merecimientos que podían hacerla capaz de cuidar de Courtney y Amy él no quería a Deanna Stephéns. El quería a alguien mayor, más asentado. Alguien que no fuera tan guapa y tan vivaz.

Sorprendido por esta última idea mantuvo los ojos en la carpeta. Había aprendido a analizar las cosas con rapidez y a tomar decisiones con poco más que su instinto. Pero los sentimientos que lo embargaban ahora no tenían nada que ver con una niñera para sus hijas.

A lo mejor una mujer más joven sería más capaz de entenderse con ellas. No es que fueran un problema, pero con sus tres y cinco años tenían un montón de energía. Pero también, debido a lo pequeñas que eran, no quería que su vida se volviera a ver alterada en un futuro próximo.

Tenía que admitir que ninguna de las mujeres que había entrevistado antes cumplía sus exigencias y que la verdad era que no había habido muchas solicitantes; solo siete antes de Deanna Stephens. Y el tiempo se acababa, su hermana Rachael se marchaba la semana siguiente y él tenía que encontrar a alguien antes de que se fuera.

Miró a Deanna. Ella le mantuvo la mirada abiertamente. Sus ojos azules brillaban sinceros, tan distintos de los ojos color caramelo de Beth. Por supuesto Deanna Stephens era tan distinta de su fallecida esposa como dos personas puedan serlo. Beth había sido menuda, dulce, tímida, y sexy de una forma callada y femenina. Ella no había querido tener una profesión, le gustaba ocuparse de la casa, cuidar a Courtney. Su cabello castaño oscuro y sus ojos castaños los habían heredado sus dos hijas. Por lo menos tendría siempre esa parte de ella.

Pero la echaba de menos con un dolor que no había desaparecido ni siquiera después de tres años.

Se le acababa el tiempo. Si no encontraba a alguien que cuidara de las niñas antes de que se fuera Rachael no sabía qué iba a hacer.

-Amy entrará en primero dentro de tres años. Querría un compromiso para ese tiempo -dijo por fin, mientras su mente buscaba alternativas.

-¿Tres años? -repitió Deanna. Su mirada parecía expresar que eso le parecía mirar muy lejos hacia el futuro. Decidiera lo que decidiese, él tendría que vivir con ello. Era tres años o adiós, y si ella se negaba él tendría que seguir buscando a alguien antes de que sé fuera Rachael.

-De acuerdo. Lo dejamos en tres años, siempre que pueda llevarme a las niñas a la guardería mientras estoy-en clase. Y tengo una enorme parafernalia de cosas de arte, tendré que llevármelas ¿habrá sitio? -él asintió con la cabeza.

-Mi hermana se ha estado ocupando de las niñas desde que murió su madre, pero se ha casado hace poco y ella y su marido se marchan este sábado. El está en la marina y ha sido destinado a San Diego. Necesito que se instale antes de eso, preferiblemente lo antes posible ¿le supone eso algún problema?

-No.

-Cuando yo esté en casa usted podrá librar los fines de semana, pero si estoy de viaje necesito saber que estará todo el tiempo con las niñas.

-No hay problema.

Había algo en aquel acuerdo que seguía preocupándolo ¿no era demasiado joven? ¿dedicaría ella de verdad su atención a las niñas? Toda su actitud lo irritaba, era demasiado desenfadada, despreocupada.

Deseó poder valorar hasta qué punto era sincera al afirmar que no estaba interesada en el matrimonio. Una chica tan guapa debía de tener los hombres haciendo cola. A lo mejor no se había encontrado aún con el adecuado ¿salía mucho con hombres?

Jay sacudió la cabeza para apartar un sentimiento de incomodidad. Estaba contratando a una mujer para que cuidase de sus hijas, nada más, lo que hiciera en su tiempo libre era asunto de ella.

-¿Cuándo puede trasladarse entonces?

-La mayoría de mis cosas están en cajas, así que puedo cargarlas y llevarlas a su casa en cuanto me dé instrucciones. Puedo estar allí hoy mismo si quiere, y si no mañana.

-Comprobaré sus referencias hoy y si todo está bien la llamaré esta noche para darle instrucciones ¿puede empezar mañana por la mañana? -dijo él con lentitud preguntándose por qué tenía ella sus

cosas en cajas.

Tenía tiempo aquella tarde para llamar a los sitios donde ella había trabajado, así como a las referencias personales que había incluido. Necesitaba saber si ella era una chalada o algo peor antes de permitirle acercarse a sus hijas.

-Vale, no hay problema. Y muchas gracias. Cuidaré muy bien de sus hijas, estoy acostumbrada a cuidar de otros ¿sabe? Hasta hace unas cuantas semanas vivía con mis tías abuelas y he cuidado de ellas durante los últimos años. Pero se acaban de trasladar a una residencia cerca de Ocean View. Siempre les gustó la playa y cuando tuvieron que marcharse decidieron vivir cerca del agua. Por supuesto ese lugar tiene algunas reglas estúpidas... -se calló de pronto.

Jay esperó un momento, inesperadamente curioso acerca de cuáles podían ser las reglas estúpidas. Y mucho más curioso con respecto a aquella mujer de lo que le gustaría admitir. Deanna alargó la mano.

-Espero su llamada -él apretó su mano, con una conciencia instantánea de su presencia que lo pilló por sorpresa. Ella era alta, delgada, pero con curvas en los sitios adecuados. Su chaleco florecía sobre un busto lleno y al tenerla tan cerca podía aspirar su olor, ligero y fragante, como una flor de verano-. No sé cómo debo llamarlo -dijo ella casi sin aliento tirando de su mano para liberarla-. ¿Señor Masters?

Sorprendido al darse cuenta de que seguía reteniendo su mano la soltó rápidamente.

-Con Jay valdrá. Yo la llamaré Deanna y diré a las niñas que hagan lo mismo.

-0 Dee, que es como me llaman mis amigos.

El la miró. No tenía intención de que se hicieran amigos. El suyo era estrictamente un acuerdo de negocios. Pero no dijo nada más que:

-Tengo su número de teléfono. Llamaré más tarde para darle instrucciones.

-Estoy deseando conocer mañana a las niñas -y con otra sonrisa luminosa salió de la habitación caminando ágilmente y con energía.

Jay se volvió a apoyar en la mesa, escuchando sus pasos mientras se dirigía a los ascensores. No se parecía nada a la idea de niñera para sus hijas que él se había hecho, pero dado que no había entrevistado a nadie que encajara con aquella vaga imagen de mujer viuda, de pelo gris y un poco gruesa a la que le gustaba hacer pasteles y adoraba a los niños, sospechó que su sueño era un imposible. Deanna era lo mejor que había podido encontrar en tan poco tiempo. Deseaba no estar cometiendo un error.

Por un momento se detuvo en el recuerdo de sus ondulantes caderas cuando se marchó. Se preguntó qué aspecto tendría su pelo si se soltaba el lazo que lo sujetaba. Por lo menos ondulado, él pensaba

que rizado. Lo bastante largo como para llegarle a los omóplatos. Le gustaría verlo arremolinado alrededor de su cara.

O extendido como un abanico sobre una almohada.

Frunciendo el ceño ante aquel pensamiento involuntario tomó la carpeta. Tenía que volver a su trabajo.

La vio esperando el ascensor cuando se dirigía a su despacho y acortó el paso. Apostaba a que normalmente no llevaba falda; había algo en la forma en que se movía que hacía pensar en vaqueros y pantalones cortos que dejarían ver sus largas piernas.

Suspiró e hizo lo posible por no mirarla cuando entró en el ascensor. Beth llevaba muerta tres años y nunca había mirado a otra mujer en todo aquel tiempo. No se iba a interesar ahora en una niñera temporal, no importaba lo femenina y atractiva... y sexy que fuera.

Jay se quedó en casa al día siguiente después de comer. Había dicho a su secretaria que le volviera a organizar su programa para poder estar en casa con sus hijas cuando llegase Deanna Stephens.

La había llamado la noche anterior para confirmarla que sus referencias habían resultado ser buenas tras comprobarlas y pedirla que se presentara sobre la una en punto, justamente después del almuerzo. De esta forma, se podría instalar y pasar un rato con las niñas mientras su hermana preparaba la cena. Si todo salía bien podía ser que Rachael pudiera irse antes de lo planeado, para terminar con su propio equipaje.

Jay estaba frente a el enorme ventanal de la casa que había comprado tras la muerte de Beth. El jardín estaba impecable, con el césped cortado uniformemente a cinco centímetros. El seto estaba meticulosamente recortado. Los dos parterres de flores, simétricos, estaban limpios de malas hierbas y sus flores de vivos colores contrastaban con el verde oscuro del césped.

Había sido imposible permanecer en la casa que habían compartido después de la muerte de su mujer. Pero a veces sentía que marcharse había sido aún más duro, por lo menos allí habrían estado en un sitio que ella había conocido. Ella no había visto nunca aquella casa, esto hacía que la ruptura pareciera mucho más definitiva.

Aunque nada podía ser más definitivo que la muerte.

Cuando una ranchera polvorienta entró en su calle la estudió con curiosidad. Alguien dando una vuelta, seguro. Pero cuando se detuvo y se abrió la puerta del conductor la miró más atentamente.

Dos segundos más tarde Deanna Stephens salía del coche. Había acertado con lo de las piernas largas y sexys. Embutidas en aquellos pantalones estrechos parecían no terminar nunca. La túnica sin mangas le llegaba hasta medio muslo, pero cuando se agachó sobre el

coche la túnica se abrió revelando un trasero redondo.

Jay estaba acostumbrado a tomar decisiones súbitas con respecto a cuentas que valían millones de dólares. Era conocido por su perspicacia y su capacidad para atajar en cualquier problema y encontrar una solución. Su nueva niñera no había llegado todavía a la puerta de entrada cuando Jay sintió de pronto la convicción de que había cometido un enorme error.

Y era algo completamente personal. Había algo en Deanna Stephens que le hacía ser consciente de que él era un hombre, y de que ella era una mujer muy atractiva.

Demasiado tarde para hacer algo al respecto aquel mismo día. Ella estaba allí y lista para empezar a trabajar. Pero una sola ojeada lo convenció de que debía continuar la búsqueda de una niñera más adecuada. Una con la que no le importase compartir casa por una eternidad. Una mujer que no le recordara que él era aún bastante joven y que tenía toda su vida por delante. Una que no le provocase sentimientos de soledad.

Dirigiéndose decidido a la puerta principal, llamó a las niñas que estaban en el piso de arriba. Haría que Deanna se instalara y luego se apartaría de su camino.

-Las instrucciones eran excelentes -dijo Deanna cuando lo vio. Había sacado una caja grande del maletero. Mirando el viejo coche con cierta agitación Jay tomó la caja, sorprendiéndose por su peso-. Gracias. Quería llevar algo cuando me recibieses. Podemos descargar luego el resto, pero pensé que por qué desperdiciar un paseo con las manos vacías. Ahora que me voy a quedar y todo eso -sacó otra caja del coche-. Estoy contenta de que mis jefes anteriores le hayan dado todos buenas referencias, porque en caso contrario no estaría aquí. La señora McFanney de la floristería me dijo que parecías muy severo, pero le dije que yo estaba aquí para cuidar de tus hijas, no de ti.

Se rio y Jay sintió que se le aceleraba extrañamente la respiración. Ella fue charlando sin parar hasta el interior, de la casa, comentando las casas tan bonitas que había en el vecindario y lo viejos que eran algunos árboles. Sus observaciones le hicieron mirar las casas de sus vecinos bajo una nueva luz. Ella soltó una exclamación al ver las flores y le dijo que estaba muy entusiasmada por mudarse allí. Parecía que no iba a parar nunca ¿no necesitaba respirar? Se detuvo en el interior de la casa, junto a la puerta y dejó de hablar mientras miraba a todas partes.

El se preguntó cuánto duraría el silencio antes de que volviera a su charla. No estaba acostumbrado a que le hablasen tanto y pensó en medir aquella breve pausa.

La casa no era nada extraordinario, desde luego nada que la pudiera dejar sin palabras. Dos pisos, cinco dormitorios, cuatro de

ellos en el piso de arriba y uno más allá de la sala de estar. El había sido exigente con los dormitorios sabiendo que acabaría por necesitar la ayuda de una interna.

-Es estupenda, luminosa y espaciosa -dejó la caja y entró en el salón con una agilidad que a él le gustó ¿bailaba? Se preguntó mientras dejaba la caja al lado de la de ella y la seguía a la habitación. Se movía como si hiciera ballet, con gracia y ligereza-. Hola, soy Deanna -dijo acercándose al ancho sofá en el que había dos niñas pequeñas sentadas una al lado de la otra. Agachándose ante ellas sacó dos libros pequeños de su bolso-. Os he traído un regalo a cada una para celebrar nuestro primer día de estar juntas.

Sonrió y tendió un libro a la más pequeña de las dos, cuyo cabello castaño estaba recogido en dos coletas rizadas.

-Este es uno de mis favoritos ¿lo tienes ya? se llama Huevos verdes con jamón -esperó mientras la niña miraba al libro y luego a su padre. Jay afirmó con la cabeza sorprendido. No había esperado que Deanna le llevase nada a las niñas. Le conmovió extrañamente que hubiera pensado en ello-. Y este es para ti, es otro de mis favoritos, Vete, perro, vete. Puede que un día podamos hacer una fiesta de perros -Deanna alargó el libro a la otra niña. Su pelo castaño y brillante parecía de seda. Se movió cuando ella inclinó la cabeza con timidez. Jay asintió con la cabeza y Courtney tomó el libro sonriendo tímidamente.

-Gracias. No tenemos perro ¿cómo podemos hacer una fiesta de perros?

-Habrá que trabajar en eso -dijo Deanna sonriendo a la niña.

Amy aferraba el libro contra su pecho, pero no había dicho una palabra.

-Amy, da las gracias -intervino Jay.

-Gracias -su voz era tranquila, tímida. Era la que más le recordaba a Beth. Deseaba que su madre la hubiera conocido, pero Beth había muerto al dar a luz a Amy.

-Deanna, Courtney tiene cinco años y Amy tres. Decid hola a Deanna, niñas. Ha venido a cuidaros.

-¿Eres nuestra nueva mamá? -preguntó Courtney.

CAPÍTULO 2

DEANNA sacudió la cabeza. Sintió una punzada y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la sonrisa. Ella no sería nunca la mamá de nadie.

-No cariño, no lo soy. Soy tu nueva niñera. Voy a cuidar de ti y de tu hermana cuando tu papá no esté en casa. Nos divertiremos mucho juntas ¿Cuál es tu juego favorito?

Deanna intentó concentrarse en las niñas y olvidarse del hombre que estaba a su lado. El no llevaba traje aquel día sino unos vaqueros viejos que moldeaban sus piernas mucho mejor que los pantalones del día anterior.

Pero era lo que revelaba su camiseta con las mangas cortadas lo que la hacía contener el aliento. La suave piel de sus brazos y los músculos que se contraían al moverse. Deseó pasar la punta de los dedos por aquellos músculos, sentir su calor y su fuerza. La simple idea hacía que le costase trabajo pensar con claridad.

Ella estaba allí para cuidar de las hijas, no para fantasear con el padre. Bueno, en realidad no era fantasear sino una justa apreciación de un ejemplo excelente de anatomía humana, eso era todo.

-Me pareció oír voces -Deanna se volvió y vio una mujer alta y llamativa. Tenía el mismo pelo oscuro de Jay Masters y también se le parecía un poco en la boca, pero los ojos eran de un gris más claro y eran amistosos-. Debes de ser Deanna Stephens. Yo soy Rachel Robinson, la hermana de Jay y estoy encantada de que hayas venido. Se nos echa el tiempo encima. Mi marido jura que nos iremos el próximo sábado pase lo que pase, pero yo sé que él pensaba secretamente que acabaría quedándome aquí hasta que Jay encontrase a alguien.

-Ahora puede irse sin preocupación. Yo las cuidaré muy bien. Tengo entendido que se va a San Diego -dijo Deanna poniéndose en pie y dándole la mano.

-Así es, al otro lado del país ¿has estado allí alguna vez?

-No, nací en Norfolk y nunca he estado en otro sitio.

-Nosotros también somos de aquí. Pero imagino que Jay le ha dicho que me casé con un oficial de la marina. Imagino que veré mucho mundo durante los próximos veinte años. Estoy acostumbrada a ello, supongo que es lo que me ha tocado vivir. Estoy contenta de que no estuvieras trabajando en otro sitio y de que puedas empezar inmediatamente. Jay podría haber encontrado por aquí cerca a alguien que las cuidara durante el día, pero siempre existe la posibilidad de que lo llamen en medio de la noche.

Jay se dirigió hacia la puerta.

-Descargaré tus cosas. Rachael puede enseñarte tu habitación y explicarte el horario.

Deanne asintió y siguió a Rachael a través de la casa hasta un espacioso dormitorio de la planta baja. Las dos niñas iban detrás, cada una llevando su libro nuevo.

-Este es. El cuarto de baño está allí. Está separado del resto de los dormitorios, para que puedas tener algo de intimidad. Jay tiene un monitor de bebés en el dormitorio de las niñas. Cuando él no esté en casa puedes tomar el altavoz y escucharlas desde aquí abajo.

Deanna asintió, dejó el bolso sobre la cama y miró lo que iba a ser su habitación durante los tres próximos años. Una pared estaba cubierta por un ventanal que daba a un enorme jardín trasero en el que altos olmos y chopos proporcionaban sombra. No había cuadros en las paredes, observó, pero ella tenía muchos que podía colgar para sentirse en casa.

Estudió los muebles. Le gustaba el roble claro y, a pesar de que la cama era doble y muy grande seguía habiendo mucho espacio en la habitación, suficiente para su caballete y sus pinturas. El ventanal le daría mucha luz natural.

Por un momento sintió pena por la pérdida de su vieja habitación. Echó de menos el enorme arce que rozaba su ventana cuando hacía viento; las flores que su tía Love había sembrado con tanta paciencia. La madera del suelo que crujía bajo los pies cada vez que daba un paso.

Pero aquello había terminado y no había nada que hacer al respecto y el nuevo dormitorio era mucho mejor que la diminuta habitación que había utilizado en el pequeño apartamento de Judy.

-Entrad -dijo a las niñas que esperaban en la puerta-. Podéis ayudarme a sacar las cosas de las cajas y decirme qué es lo que os gusta hacer, cuáles son vuestros juegos favoritos y a lo mejor me podéis contar un cuento.

A la hora de la cena Deanna ya sabía que el empleo no iba a ser exactamente como se lo había imaginado ella con su optimismo característico. Las niñas se comportaban maravillosamente, quizá demasiado buenas. Rachael le había explicado el horario con gran detalle, todo parecía diseñado como una ciencia exacta: la hora de levantarse, cuándo había que jugar, cuándo se echaban la siesta, cuándo se bañaban. Incluso las comidas tenían horas específicas para cada día.

-Jay no siempre llega para comer con ellas -dijo Rachael cuando las niñas se subieron a jugar y Deanne y ella fueron a la cocina a

preparar la cena-. Como ellas cenan a las seis en punto todas las tardes, si él se retrasa en la oficina come algo antes de venir a casa. Suele llegar antes de que se acuesten, si le resulta posible. Naturalmente, si está de viaje... ¿Sabes que le pueden llamar desde cualquier sitio sin aviso previo? Si hay un problema en Latinoamérica o cualquier otro lugar lo llaman a menudo para negociar el canje de rehenes. 0 si hay alguna amenaza y los clientes quieren que se les instalen inmediatamente medidas de seguridad. A veces va él y otras delega en alguno de los hombres que trabaja para él. Nunca sabemos cuándo le van a llamar. Es el precio que tiene que pagar por ser uno de los mejores en su campo.

Deanna asintió preguntándose cómo podría cuestionar con tacto el horario de las niñas. Le parecía demasiado rígido para unas niñas tan pequeñas. El orden era importante, pero había que dejar también espacio a la flexibilidad.

-Me lo ha anotado todo -dijo Deanna con lentitud-. ¿Le dijo Jay que voy a ir a clase en la universidad? Dejaré a las niñas en la guardería mientras estoy en clase.

-No, no me dijo nada -Rachael frunció el ceño y miró por la ventana un momento-. Supongo que sabe lo que hace. Como irá a clase a la misma hora todos los días no creo que haya problema. Jay dirige el barco con disciplina y cree que la rutina es importante para los niños.

-¿Esto es un barco?

-No, lo siento, es solo una expresión de nuestro padre, él es almirante. Cuando éramos pequeños él se aseguró de que nuestra madre llevara la casa según un programa estricto. Supongo que Jay lo aprendió de él. De todas formas si se establece una rutina las cosas funcionan mejor. Y sustituyen lo que falta.

-¿Cómo murió la madre de las niñas? -preguntó descaradamente Deanne sabiendo que sería más fácil preguntárselo a Rachael que a su imponente hermano. Rachael pareció sorprendida y miró hacia la puerta como para comprobar que Jay no estaba allí.

-No hablamos de Beth. Jay no ha superado su pérdida. Tuvo una embolia y murió de repente al dar a luz a Amy.

-¿Hace tres años? -preguntó Deanne. Ella había trabajado en un hospital durante un tiempo y sabía de las etapas del dolor y de la recuperación. Tres años parecía mucho tiempo para no querer hablar de una persona amada que había muerto. No es que hubiera un periodo específico, cada persona tenía que cicatrizar a su manera, pero aun así...

-Ella no llegó a abrazar a Amy. Nos sacudió a todos, era tan joven.

-Es triste. Siento su pérdida y la de las niñas. Es duro no tener madre cuando eres pequeña, lo sé porque la mía murió cuando yo

tenía siete años. Creo que no me he fijado en las fotos de Beth en el cuarto de las niñas cuando me enseñó la casa.

-No hay ninguna. Jay no podía soportar al principio que se la recordaran. Estaba loco por ella. Me imagino que luego nunca pensó en poner alguna. Yo sé que tiene montones de fotos en algún sitio, a no ser que las haya destruido después de que ella muriese. Estaba destrozado, eran la pareja perfecta y él la adoraba.

Beth era un bonito nombre ¿había sido guapa? Se preguntó Deanna. Por un momento envidió a aquella mujer. Ella no tendría nunca un matrimonio perfecto, de hecho no tenía la menor intención de casarse. Pero eso no la impedía preguntarse cómo sería el que alguien la adorase.

-Por lo menos tiene a las niñas ¿Cuáles son sus comidas favoritas? -preguntó Deanna intentando alejar su curiosidad por la mujer de Jay Masters.

Estaba allí para cuidar de las niñas y nada más.

Deanna consideró todo lo que le había dicho Rachael cuando se sentaron a cenar a las seis en punto. Observó a Courtney y Amy complacida de comprobar que sus modales a la mesa eran excelentes, no se parecían en nada a los niños que había visto en el restaurante. Aquellas señoritas eran tranquilas y bien educadas. Puede que demasiado tranquilas.

-¿Le habéis contado a vuestro papá que hemos leído los libros nuevos? -preguntó cuando hubo una pausa en la conversación de los adultos. Jay la miró y después miró a las niñas.

-Dee nos ha leído los libros nuevos, papá -dijo Courtney.

-Eso está muy bien ¿os gustaron? -Courtney asintió. Amy miró a su hermana y luego asintió también con la cabeza.

Deanna esperaba que Jay les preguntase de qué trataban los libros o dónde los habían leído o cualquier cosa para seguir con el diálogo. Pero él siguió comiendo sin decir nada. Deanna le lanzó una mirada heladora. El la miró a su vez extrañado por su expresión.

-¿Sucede algo?

Ella suspiró y sacudió la cabeza. Si él no lo sabía no era cosa de ella decírselo.

Siguió observando cómo se relacionaban los miembros de la familia. Ella no tenía mucho con qué comparar, sus ancianas tías eran sus únicos familiares, pero siempre habían charlado a la hora de la comida, comentándose lo que habían hecho en el día. Las echaba de menos.

Sentía mucha añoranza por una casa que había dejado de ser la suya y acabó de cenar deseando poder retirarse a su cuarto. Solo era el

primer día, habría tiempo suficiente para pensar bien las cosas y hacer los cambios que creyera necesarios.

Al día siguiente por la tarde Rachael se fue a su casa a organizar las cosas para la mudanza, Jay se había ido a la oficina y Deanna había pasado el día sola con las niñas.

Estaba encantada de haber descubierto que no eran los perfectos angelitos que ella había creído. Corrió tras ellas todo el día. Lo pasaron muy bien jugando a la pelota en el jardín de atrás y también con el escondite. Después de almorzar un sándwich de mantequilla de cacahuete y plátano, cosa que no habían probado antes y que decidieron que pasaba a ser uno de sus favoritos, se habían instalado en la enorme cama de Deanna y ella les había vuelto a leer los libros. Las dos niñas se habían quedado dormidas rápidamente, dando tiempo a Deanna a recoger su habitación y tener un momento de tranquilidad tomándose un té con hielo.

Luego habían jugado en el suelo de la cocina mientras ella preparaba la cena. En contra de lo que le había dicho Rachael, las niñas tenían sus platos favoritos. A Courtney le encantaban los espaguetis y las albóndigas y a Amy las chuletas de cerdo. Como no estaba segura de si Jay iría a cenar a casa o no decidió preparar espaguetis. Era fácil hacer más o preparar solo lo necesario para las tres.

Las niñas jugaron con unos cuantos espaguetis crudos a retirar uno sin mover los demás. De vez en cuando se rompía uno y Deanna les daba otro entero. Barrería todo en un segundo cuando hubieran terminado. Las niñas estaban encantadas con el nuevo juego y era muy agradable oír sus risas mientras removía la salsa.

-¿Cómo han ido las cosas hoy? -preguntó Jay desde la puerta de la cocina.

Deanna se dio la vuelta. El corazón le latía algo más rápido. El traje que llevaba él tenía un corte perfecto y mostraba sus anchos hombros y también gritaba porque se lo quitasen. «Ya está bien» se regañó a sí misma.

-Hola -se aclaró la garganta-. No sabía si ibas a venir a cenar o no. No falta mucho. Amy, Courtney id a dar un beso a vuestro papá y que os cuente qué tal le ha ido el día mientras termino de hacer la cena. Y vosotras podéis contarle todo lo que hemos hecho.

Jay miró la sartén frunciendo el ceño..

-¿No está aún la cena? Son casi las seis.

-Ya casi está lista. Unos diez minutos más o menos. No creo que nadie esté en peligro si la cena no está en la mesa precisamente a las seis ¿pones tú la mesa o se supone que la tienen que poner las niñas?

-Yo pensaba que la ponías tú ¿no es trabajo de mujeres?

Deanne se quedó rígida, lo miró a los ojos y se sintió invadida por la incredulidad. Antes de que pudiera recordar el consejo de sus tías de contar hasta diez antes de dejarse ir por la ira dijo.

-Perdona ¿has dicho que es trabajo de mujeres? -Jay vaciló y luego afirmó con la cabeza, con la atención completamente centrada en ella-.¡No puedo creer que hayas dicho eso! -arrojó la cuchara sobre la encimera y se limpió las manos-. No puedo creerlo. No me lo voy a creer.

-¿Qué?

-Que nadie pueda hoy en día pensar eso y mucho menos decirlo ¿trabajo de mujeres? Vaya comentario más sexista. Si esa es tu forma de pensar tendré que pensarme si me interesa el empleo.

-¿Qué es lo que tienes que pensar? Firmaste por tres años. No puedes irte, acabas de empezar.

-No tenía ni idea de que iba a trabajar para un... Neandertal. Tu forma de pensar desapareció en la II Guerra Mundial, cuando las mujeres fueron a trabajar para que América siguiera funcionando mientras los hombres se iban a luchar. Si piensas que voy a seguir trabajando para alguien que piensa así estás loco. Está claro que me equivoqué en la entrevista.

-Un momento -él se acercó, pisando los espaguetis del suelo que crujieron. Frunciendo el ceño rodeó a sus hijas hasta que estuvo al lado de Deanna-. No quería decir eso, no significaba nada. Yo pensé...

-Peor aún. ¿Dices cosas como esa y no las piensas?

Jay sacudió la cabeza. Volvió a mirarla y respiró hondo, evidentemente tratando de controlarse.

-Volvamos a empezar. Yo pensé que pondrías tú la mesa, si quieres que la ponga yo lo haré.

-¿Quién lo hacía antes? -preguntó ella con los brazos en jarras.

El dudó un momento y miró a las niñas que hacían caso omiso a la conversación, muy ocupadas con su nuevo juego.

-Rachael generalmente tenía puesta la mesa cuando yo llegaba. Supongo que la ponía ella. Cuando la madre de las niñas vivía la ponía siempre ella. Beth decía que un hombre tenía bastante con traer el pan a casa. Le gustaba ocuparse de las tareas del hogar, era lo que siempre había querido hacer.

La indignación de Deanna se disipó inmediatamente ante el tono sombrío de la voz de él. Le parecía que las mujeres de su vida le habían malcriado más allá de toda salvación. Pero a ella no la habían contratado como criada. Solo para cuidar de las niñas y enseñarlas. Y una de las cosas que pensaba ensañarlas era que no estaban en este mundo para hacer de camareras de los hombres.

A no ser que ellas quisieran hacerlo, como parecía ser que había

querido hacerlo Beth.

-Bueno -no sabía qué decir. Tenía un genio que se encendía deprisa, pero que no solía durar mucho.

-Si poner la mesa es un tema trascendental lo haré yo cuando llegue a casa. Pero no puedes despedirte -el -el tono acerado de su voz la advertía de que no debía abusar de la situación.

-De acuerdo -Deanna intentó sonreír-. A veces se me calienta la cabeza y digo cosas que no siempre pienso. No es que no creyera lo que dije de trabajar para un Neandertal porque sí lo creo, pero en este caso puede que haya circunstancias atenuantes.

-¿Vamos a volver a empezar?

Ella se rio con nerviosismo y sacudió la cabeza. Recogió la cuchara y volvió a remover la salsa. Comprobó la pasta y echó una ojeada al horno. El olor del pan de ajo llenó la habitación.

-No tiene importancia, solo que siento haberme precipitado en mis conclusiones. La cena está lista.

Al final pusieron la mesa entre todos. Preguntándose que nuevos escollos surgirían, Deanna esperó a que las niñas empezasen a comer para mirar a Jay disimuladamente. No podía reaccionar de forma tan impetuosa cada vez que sucediera algo. Necesitaba aquel empleo, él la pagaba un buen sueldo y tenía derecho a dictar las normas de su casa. Y ella había firmado un contrato por tres años.

-A lo mejor podríamos reunirnos esta noche cuando las niñas estén en la cama y revisar algunas de las normas. Rachael me explicó el horario, pero tengo algunas preguntas y sugerencias que hacer. Y evidentemente tengo que aprender algunas cosas acerca de ti y saber cómo funciona tu familia antes de que vuelva a meter la pata como antes -dijo ella en lo,que le pareció que era un tono de voz razonable. El asintió.

-Muy bien, baja en cuanto acuestes a las niñas y hablaremos.

-¿No vas a arroparlas o ese es otro aspecto del trabajo de las mujeres? ¿Qué es lo que haces exactamente con las niñas, señor Masters?

Jay miró a Deanna sintiendo la crítica en su mirada ¿quién era ella para juzgar la forma en que él llevaba su casa? Se había instalado el día anterior. Trabajaba para él. Tenía que ser ella la que se adaptase a su programa y no él quien cambiara de costumbres.

-Beth se ocupaba de criar a la niña, decía que era su trabajo, igual que yo tenía el mío. Además, si establezco una costumbre y luego tengo que alterarla porque estoy de viaje resulta peor para ellas.

-Los niños son resistentes, se adaptan a todo.

-La forma en que tenemos establecidas las cosas funciona para nosotros -dijo él. Si le hubiera hablado con ese tono a uno de los hombres de su trabajo, ellos habrían acatado sus órdenes sin contestar.

-Puede que funcione, pero no parece una cosa muy alegre -murmuró ella.

Jay se contuvo para no responder. Deanna no se parecía nada a su mujer. Beth había sido la primera en sugerir que sus viajes podían alterar la vida de la niña. Nada había cambiado cuando la sustituyó Rachael. El seguía haciendo viajes, trabajando hasta tarde, y no podía contar con llegar a casa a la misma hora todos los días.

Irónicamente había sido Beth la que había muerto. Su trabajo a veces era peligroso, no se podía negar, pero en vez de haberla dejado viuda, había sido ella quien le había abandonado. Y con dos niñas.

El añoraba las rutinas tranquilizadoras que ella había establecido. Sus brazos dándole la bienvenida ¡la echaba de menos!

Ahora, en vez de su cálida sonrisa tenía a una extraña al otro lado de la mesa que lo miraba furiosa.

-¿Qué? -preguntó ¿se le habría olvidado algo? -Courtney te ha preguntado si te gustan los espaguetis, es su plato favorito -dijo Deanna con la voz tranquila pero con los ojos llameantes.

-¿De verdad? -miró a Courtney y sonrió-. Me encantan los espaguetis, cariño. Era mi comida favorita cuando era pequeño.

-Dee me deja ayudar -dijo con orgullo.

-Eso está muy bien -se cruzó su mirada con la de ella. Por lo menos a las niñas parecía gustarles, y el primer día siempre era difícil. Las cosas se arreglarían. Ellos iban a hablar sobre las niñas y dejar todo establecido aquella noche. El iba a conseguir que aquello funcionara, no tenía más opciones.

Deanna salió del cuarto de las niñas y bajó las escaleras. Al final Jay había subido a arroparlas y quería dejarle aquel rato de intimidad con sus hijas. Estaban recién bañadas y preciosas con sus camisones. El contraste entre las niñas, pequeñas y femeninas y su duro padre la conmovía, le encantaría pintarlos a los tres.

Jay podía ser un guerrero descansando, con las niñas a ambos lados. En un jardín, con su cuerpo masculino contrastando con las flores y el ambiente sereno.

Se sentó en una silla del salón, relajándose por primera vez en aquel día. Echaba de menos a sus tías. Iría a verlas al día siguiente, llevándose a las niñas, les iban a gustar Eugenia y Love. Tenía que preguntarle a Jay si las tías podían ir de visita a la casa cuando él no estuviera. La tía Love echaba de menos su cocina y Deanna sabía que nadie podía resistirse a los pasteles de su tía. A las niñas les parecería algo muy especial poder hacer galletas con tía Love, a Deanna siempre se lo había parecido.

-¿Qué has hecho hoy con ellas? Están muy cansadas. Creo que se

durmieron antes de que cerrara la puerta ¿no durmieron siesta? -preguntó Jay al entrar en el salón.

Más que andar parecía que desfilaba, pensó Deanna, poniéndose muy derecha y alerta. Su fatiga desapareció, se sentía más viva que nunca.

-Naturalmente que durmieron la siesta, pero han estado muy ocupadas todo el día. Hemos jugado en el jardín por la mañana, el escondite todavía les parece muy divertido y con los setos y los muebles de jardín tuvimos muchos sitios para escondernos.

Jay se sentó en el sofá y estiró las piernas cerrando los ojos.

-¿Se han agotado por jugar al escondite?

-No, también fuimos de paseo, para explorar el vecindario. Tenía esperanzas de encontrar un parque al que pudiéramos ir andando para que pudieran cambiar de escenario de vez en cuando, pero no encontramos ninguno -Deanna se detuvo y lo miró-. ¿Estás levantado por culpa mía? Podemos hablar mañana si lo prefieres.

El abrió un ojo, sacudió la cabeza, y lo volvió a cerrar.

-No estoy cansado, estaba escuchándote. Me concentro mejor con los ojos cerrados. Así que no hay ningún parque por aquí cerca.

-No, pero fue un largo paseo. Luego comimos y les leí los libros nuevos. Entonces se quedaron dormidas durante un par de horas. Cuando se despertaron jugamos a la pelota en el jardín hasta que me puse a hacer la cena. Puedo prepararte un café o algo. No he preparado ningún bollo ni nada, pero lo haré en cuanto vaya a la tienda y compre los ingredientes. No tienes gran cosa en la despensa.

Jay levantó la cabeza y abrió los ojos.

-¿Te ha enseñado Rachael dónde guardo el dinero para los gastos de casa? Pago en metálico en las tiendas pequeñas, pero firmo cheques para las cuentas. Hay que abrirte una cuenta para que puedas firmar cuando yo no esté -su mirada se dirigió a sus piernas.

Deanna se sintió incómoda. Quizá debía haberse puesto pantalones largos o una falda, pero los pantalones cortos eran muy cómodos con el calor de Virginia. La casa estaba ahora más fresca, pero durante el día ella había dejado las ventanas abiertas para que entrase el aire. Aún no era verano y no había puesto el aire acondicionado. Jay la miró a los ojos.

-Mañana me tomaré un rato a la hora del almuerzo y nos encontraremos en el banco. Hablemos ahora de las grandes normas que querías comentar.

-Supongo que es una cuestión de puntos de vista -dijo Deanna con lentitud-. Me dejaste pasmada con tu comentario acerca del trabajo de la mujer.

-Y di en un punto sensible.

-Sí. Me criaron dos tías que lo hacían todo en casa, así que yo creo

que todo el mundo debe echar una mano. Si tú tienes ideas distintas puede que tengamos que discutirlas. Si yo no encajo será mejor que lo descubramos antes de que las niñas me tomen cariño.

-Su madre y la mía eran amas de casa. A Beth le encantaba ser esposa y luego madre. Ella se ocupaba de arreglar la casa y siempre estaba inmaculada. Sus comidas eran creativas y elegantes. Cuando nació Courtney ella le cosía vestidnos e hizo las cortinas para su cuarto. Cada uno tenía su papel en el matrimonio y a ella le gustaba ser ama de casa. Me temo que sigo esperando lo mismo, lo que no es justo para ti.

Deanna lo miró fijamente. Nunca le había oído hablar tanto, ni tan elocuentemente. Su amor por la esposa muerta resplandecía en cada una de sus palabras ¿qué se sentiría cuando te querían así? ¿cómo sería saber que eres la luz en la vida de alguien?

-Pero ese papel no vale para todo el mundo ¿no preferirías que tus hijas crecieran sabiendo que pueden elegir lo que quieren y lo que no quieren hacer?

-Claro que quiero eso para ellas. Pero poner la mesa no les va a condicionar para toda su vida.

-No, pero oír a un hombre decir que ese es trabajo de mujeres sí podría hacerlo. Mientras yo esté aquí las enseñaré a limpiar y a guardar las cosas en su sitio. Pero todo el mundo tiene que saber unas nociones básicas de cómo llevar una casa, no solo las niñas.

-Entiendo tu postura y la respeto. Me refrenaré para no hacer comentarios machistas de Neandertal en el futuro, si tú te refrenas de convertir a mis hijas en feministas ardientes.

Deanne sonrió, contenta de descubrir que Jay tenía sentido del humor.

-De acuerdo. Además, cuando seas mayor puede que te venga bien que ellas sepan cómo segar el césped o cambiar bujías.

-¿Y tú las vas a enseñar eso?

-Ahora no, son muy pequeñas.

-Está claro que eres el resultado de la educación de tus tías.

-Así es. Nosotras lo hacíamos todo en la vieja casa y cuidábamos los coches para ahorrar unos dólares.

-¿Las mismas tías que ahora viven en Ocean View?

-Sí, las echo mucho de menos.

-Entonces ¿por qué están ellas allí y tú aquí?

CAPÍTULO 3

ES UNA larga historia.

Jay sintió ganas de oírla. No pensaba que ella pudiera contarle lo que había sucedido en unas pocas palabras. Se arrellanó en el sofá para escucharla. Le gustaba su voz, baja y con un leve acento de Virginia.

-Tengo unos minutos -murmuró.

-Entonces será mejor que te hable de las niñas y ya te contaré mi vida en otro momento -dijo ella con algo de aspereza. Él la miró perezosamente.

-Son las nueve menos cuarto de la noche. No pareces lo bastante mayor como para tener una historia muy larga. Cuéntame algo más de ti y luego hablaremos de las niñas.

Deanna suspiró teatralmente y se encogió de hombros.

-Mis padres murieron cuando yo tenía siete

años y fui a vivir con tía Eugenia y tía Love.

-¿Love?

-En realidad se llama Pearl Lovitte Stephens, pero sus padres la llamaban Love cuando era pequeña y con ese nombre se quedó ¿Quieres que te diga también el nombre completo de tía Eugenia? -él sacudió la cabeza sintiéndose levemente divertido-. De todas formas eran las tías de mi padre, así que son mis tías abuelas. Andaban por los sesenta cuando yo fui a vivir con ellas.

-Un poco mayores para hacerse cargo de una niña de siete.

-No parecía ser así. Tienen más energía que la mayoría de la gente que tiene la mitad de sus años. De todas formas no había nadie más. Así que para bien o para mal estábamos juntas, aunque yo me di cuenta más tarde de que ellas se podían haber negado a tenerme y haberme mandado a una familia de acogida. Pero ellas nunca hubieran hecho una cosa así. Me quisieron desde el primer momento, yo tardé un poco más en quererlas porque echaba de menos a mis padres. Pero las tías sabían lo bastante como para darme tiempo. Ahora estoy loca por ellas, por supuesto, como todo el mundo que las conoce.

-¿Discutisteis? -ella lo miró y frunció el ceño-. Lo digo porque ya no vivís juntas.

-No. La casa en la que habían vivido los últimos veintiocho años no les pertenecía. Se la alquilaban al señor Phelps. El era también todo un personaje, era ya más viejo que Matusalén cuando yo llegué allí. Sigamos, la casa tenía goteras cuando llovía y el viento silbaba en algunas habitaciones porque las ventanas no cerraban bien y costaba

una fortuna calentarla, pero era nuestra casa. Y era barata, el señor Phelps les puso un alquiler muy bajo cuando llegaron y nunca se lo subió.

-Déjame adivinar. El señor Phelps ya no está entre nosotros y sus herederos no eran tan generosos.

-Exactamente. Su hijo no podía esperar para subir el alquiler, pero nosotras no teníamos bastante para pagar lo que pedía y hubiera sido verdaderamente estúpido pagar tanto por una casa que se estaba cayendo a pedazos. Así que las tías decidieron buscar una residencia, pueden permitirse pagar la que encontraron y les encanta estar al lado de la playa.

-Pero su traslado te dejó en la calle.

Deanna lo miró con recelo. Jay casi se rio al ver su expresión. La historia sonaba a telenovela ¿no podía ella verle la gracia?

-Tengo una buena amiga que me invitó a vivir con ella. Pero su marido viene pronto y yo sé que quieren estar solos. Además apareció este estupendo empleo y aquí estoy.

-¿Así que tu comentario misterioso de haber cuidado a otros significaba que habías cuidado de tus tías?

-Algo así. En los últimos años yo hacía casi todas las comidas, aunque tía Love es la mejor pastelera del mundo. Hace las mejores tartas y bollos y sus galletas se deshacen en la boca. Eugenia nunca fue una gran cocinera y ahora tiene artritis, y eso la limita mucho.. Pero las dos tienen la cabeza como un reloj. Su memoria es mucho mejor que la mía. Te van a encantar.

-¿Qué?

-Puf. Quiero decir, o sea que ¿puedo invitar a venir alguien de vez en cuando? Ellas querrán ver dónde vivo. Y a las niñas les van a gustar mucho, eso es lo que quería decir, que a las niñas les van a encantar. Es como tener abuelas.

-Tienen abuelos en Hampton.

-Ya lo sé. Rachael me dijo que se habían ido allí al jubilarse.

-Y tienen los padres de su madre que viven en Georgia.

-¿Tíos y tías?

-Dos tíos y dos tías.

-Bien, si están acostumbradas a tener parientes alrededor no les molestarán unos cuantos más.

Jay no quería que compartieran los familiares de Deanne. No quería que creara un lugar en las vidas de sus hijas que luego fuera difícil de llenar cuando se marchase. Y a pesar de su afirmación de que no quería casarse, él no confiaba en que fuera a quedarse los tres años enteros. Esa era la razón por la que él iba a seguir buscando una niñera que cumpliera con sus requisitos.

Esa era la única razón. No los sentimientos que provocaba en él

cuando la tenía cerca. El podía controlar eso, era para proteger a sus hijas por lo que necesitaba reemplazar a Deanna, pronto.

-¿Por qué dijiste que el matrimonio no era para ti? -preguntó de pronto porque necesitaba saberlo. A lo mejor ella le contaba algo que lo convenciera de que en realidad pensaba lo que decía y que no se había limitado a soltarlo para causar una impresión favorable en la entrevista. Ella sacudió la cabeza.

-No nos conocemos lo bastante como para compartir algo tan personal. Tendrás que creerme con respecto a eso, no espero casarme nunca -Deanne se puso de pie sonriendo cortésmente, pero Jay vio la distancia que había en su mirada y sintió como si se hubiera levantado un muro entre ellos. Interesante reacción a una pregunta muy sencilla-. Voy a recoger la cocina y luego me retiraré. Dime dónde está el banco y me encontraré allí contigo mañana.

Jay se puso también de pie, tan cerca de ella que podía haber alargado una mano y tocarla el hombro.

-¿Quieres que te ayude con la cocina? -sus palabras lo sorprendieron. Nunca le había ofrecido ayuda a Beth, aunque le había gustado sentarse a tomar un café con ella mientras trabajaba.

-No, gracias ¿el banco?

Evidentemente había terminado el tiempo de charla. Y ni siquiera habían empezado con las niñas ¿por qué había provocado una reacción así su pregunta? ¿estaba ella recuperándose de la pérdida de alguien igual que él?

El nunca había pensado en volver a casarse, así que podía entender esa razón. Y si era así ¿por qué no lo decía directamente?

«No espero casarme nunca». Las palabras resonaban en la cabeza de Deanna mientras fregaba las sartenes y cazuelas y las guardaba en su sitio. Durante años había tenido cuidado de no tener ninguna relación muy estrecha con ningún hombre para no tener que decirle que ella nunca podría tener niños.

Una cita ocasional estaba bien, especialmente si al hombre le gustaban las mismas actividades que a ella, pero al primer síntoma de que él podía ir en serio ella se retiraba.

Estaba contenta con su vida y con los planes que había hecho para su futuro. Había puesto su pasión en el trabajo y había encontrado placer en otros aspectos de la vida, igual que había hecho la tía Love. No iba a afligirse por lo que no podía ser.

Y durante tres años iba a formar parte de aquella familia, sin que su corazón se comprometiera. Lo haría lo mejor que pudiera con aquellas niñas preciosas y para cuando hubiera terminado su estancia tendría su título y puede que alguna experiencia para empezar a

trabajar en su profesión. El hecho de que entonces tendría ya veintiocho años no la preocupaba. Tendría toda la vida por delante y no importaba cuánto tiempo durase su preparación básica, siempre que se mantuviera centrada en ella.

Apagó las luces y se fue a su cuarto. Las cajas que había llevado Jay el día anterior seguían aún amontonadas en una esquina. Puede que al día siguiente pudiera desempaquetar algunas. Lo primero que iba a intentar localizar eran sus pinturas y la tinta y las plumillas para poder empezar a dibujar. Puede incluso que hiciera un boceto del guerrero.

Mientras se preparaba para acostarse, Deanna mantuvo a raya sus emociones, pero una vez que se hubo deslizado entre las sábanas y apagó la luz, estas se desbocaron y amenazaron con sobrepasarla.

Nunca se había disipado el deseo de tener una pareja. A pesar del rígido control que ejercía sobre sus pensamientos, el anhelo subía a la superficie. Quería que la amasen por sí misma y compartir ese amor del que se sentía llena con alguien muy especial. Saber que había una persona en el mundo que la valoraría, la amaría, la apoyaría en sus sueños y le ofrecería consuelo cuando las cosas no salieran como ella había esperado.

A veces la invadía el miedo. Miedo por el futuro solitario al que se enfrentaba, los años interminables en los que estaría sola una vez que hubieran muerto sus tías. Pero aquella noche lo dejó a un lado, concentrándose en cómo dibujaría a Jay como un antiguo rey guerrero. Con un castillo en ruinas al fondo, decidió un instante antes de quedarse dormida.

-¿Estás seguro de que quieres hacer esto? -le preguntó a Jay al día siguiente cuando la mujer de la ventanilla del banco fue a buscar los impresos. Deanna y las niñas se habían encontrado con Jay en el banco. De pronto Deanne se dio cuenta de que él le estaba dando firma en su cuenta, de que ponía sus bienes en manos de ella. Sus padres, le había explicado, tenían también poderes en su cuenta, pero él se los estaba otorgando para el cuidado de las niñas cuando él no estuviera-. Quiero decir que el poder firmar en esta cuenta significa que tengo acceso a todo tu dinero. Yo pensaba que íbamos a abrir una cuenta para los gastos domésticos;

El se acercó a ella, su aliento le rozaba las mejillas cuando hablaba. Ella podía ver las finas arrugas de sus ojos y tuvo que contenerse para no tocarlas. Estaban en un sitio público y él solo estaba hablando. Pero el deseo era fuerte. Intentó concentrarse.

-Si te confío a mis hijas ¿por qué no te iba a confiar mi dinero? Siempre puedo obtener más dinero.

Deanne sabía que no tenía dudas de que ella pudiera fugarse con los fondos, pero la sorprendió la profundidad de su confianza.

-Vale. Y no tienes por qué preocuparte, yo nunca tomaría tu dinero.

-Lo sé -él se echó hacia atrás cuando volvió la empleada del banco.

Deanna respiró hondo e intentó relajar sus nervios en tensión. Aquel hombre la estaba volviendo loca y no tenía ni idea de ello. Como debía ser. Ella simplemente tenía que dejar de encontrarle intrigante y fascinador y también hechicero, o él acabaría por sospechar lo que pasaba.

Firmó los impresos intentando distanciarse de lo que estaba haciendo. Tenía firma en su cuenta; cuando él estuviera de viaje sería obligación de ella asegurarse de que se pagasen a tiempo las facturas, de que se comprase la comida y de que las niñas tuvieran vestidos y zapatos. La responsabilidad le parecía pesada, casi la de una esposa. Esperaba que no tuviera que ir a ningún sitio durante mucho tiempo.

-¿Qué os parece que comamos en McDonald's? -preguntó Jay a la salida del banco. El tenía a Amy en brazos y Deanna a su lado no se sintió demasiado alta por primera vez en su vida. Sonrió ante la respuesta entusiasta de Courtney y la tomó de la mano.

-Vamos entonces, tu papá tiene que volver pronto al trabajo.

-¿Viniste en tu ranchera? -preguntó él cuando ella se detuvo ante el coche polvoriento-. Tengo un coche en el garaje. Creo que Rachael te dijo que lo usaras.

-Lo hizo, pero prefiero el mío. Puede que sea viejo, pero el motor está en perfectas condiciones. Mis tías nunca me habrían dejado que lo usara si no fuera así.

-¿Y quién le hizo la puesta a punto, tú o ellas? -Deanna abrió la puerta de atrás y esperó mientras Courtney entraba en el coche.

-La última vez la hice yo, bajo la supervisión de la tía Eugenia. Va como la seda. Venga, atrévete, te llevaré hasta el McDonald's y podrás comprobarlo por ti mismo. Otra ventaja es su tamaño. Si tuviéramos un golpe es un coche viejo y pesado y sólido. Puede soportar un buen impacto sin daños.

-Espero que no estés planeando ningún choque.

-No -dijo Deanne riendo-. Y si te fijas en el coche verás que aunque es viejo no tiene una sola abolladura. Eso te dirá algo acerca de mi excelente expediente de conductora.

A Jay le gustaba la burla que había en el tono de Deanne. Hizo una representación exagerada del acto de revisar el coche y de su sorpresa al descubrir que las palabras de ella eran ciertas. No había ni una sola marca.

-Parece estar bien-ella volvió a reírse y él se dio cuenta de que era algo que ella hacía con mucha frecuencia.

-Está en perfectas condiciones y lo sabes.

Le recorrió un vago sentimiento de culpa al sentarse en el asiento del pasajero. Estudió a Deanna mientras se ponía el cinturón de seguridad y ponía en marcha el motor. Ella vestía unos pantalones ajustados, de una tela blanca que parecía acariciar sus largas piernas. La camiseta era de un azul profundo que hacía parecer más oscuros sus ojos. Tenía el pelo recogido hacia atrás, la única forma en que lo había visto ¿cuándo se lo soltaría para dejarlo flotar sobre los hombros?

Miró hacia delante apartando el pensamiento. No tenía la menor intención de coquetear con su empleada.

El almuerzo había sido una mala idea. Parecían una familia, pero no la familia que él creyó que iba a tener siempre. Beth no estaba y en su lugar se encontraba sentado con una chica alta y de piernas largas con ojos azules como el Atlántico en un día soleado. Su risa era contagiosa y la gente que estaba cerca sonreía al oírla.

Ella se inclinó sobre Courtney escuchando con atención lo que quería la niña para comer. El abrazó otra vez a Amy, complacido por el calor de su pequeño cuerpo. No podía sentir curiosidad por Deanna. Se negaba a hacerlo.

Las niñas comieron deprisa, más interesadas en ir a la zona de juegos. Tan pronto como pudieron se apresuraron a ir al tobogán y las demás cosas diseñadas para divertir a los niños.

Jay comió a buen ritmo, mirando su reloj. Tenía mucho tiempo antes de que tuviera que volver a la oficina, pero cuanto antes acabase antes podría irse y volver al trabajo. Necesitaba algo que distrajera su mente de Deanna Stephens.

Él la observó mientras mordisqueaba una patata frita. Casi podía sentir el sabor mientras ella volvía a impregnarla de ketchup y le daba un pequeño mordisco.

-¿Tienes intención de acabar el almuerzo antes de la hora de la cena? -preguntó al darse cuenta de que comía más despacio que él y que sus hijas. Ella sonrió y asintió con la cabeza. Jay sintió una punzada. Era tan bonita como un rayo de sol y lo preocupaba haberse dado cuenta de ello.

-Me gusta disfrutar de la comida, incluso en un restaurante de comida rápida. Hay que saborearla, gozar con ella.

Sensual. Esa fue la palabra que le vino a la cabeza mientras la observaba. Parecía gozar de todos los aspectos de la vida, desde el visual al táctil. En el escaso tiempo que llevaba cuidando de sus hijas él se había dado cuenta de la cantidad de veces que las tocaba, las retiraba un mechón de pelo, las daba una palmadita en el hombro o las abrazaba cuando decían algo que le gustase. ¿Le abrazaría a él si dijera algo que le gustase? Jay se puso de pie bruscamente y recogió

los restos.

-Tengo que volver a la oficina.

-¿Ya? Las niñas acaban de ponerse a jugar.

-Volveré andando al banco para recoger mi coche. No está tan lejos. Quédate aquí y cuando acaben de jugar te las llevas a casa.

-¡Sí, señor! -su sonrisa era también contagiosa.

Jay se dio la vuelta y salió rápidamente. Necesitaba tomar perspectiva. El paseo le daría un tiempo de estar solo y también una salida para la energía que parecía envolverlo.

Deanna acostó a Amy aquella noche y la arropó. Qué niñas más cariñosas tenía Jay ¿se daba cuenta de lo afortunado que era? Eran tan tranquilas y amables, a no ser que se las dejara sueltas en el jardín. Allí corrían y gritaban y se reían cómo los niños que ella veía en el parque. Como había hecho ella cuando era niña. Y como había pensado una vez que harían sus propios hijos.

-¿Dónde está papá? -preguntó otra vez Amy.

-Hoy llegará tarde ¿recuerdas? No creo que tarde mucho, y cuando venga subirá a darte un beso de buenas noches, y si estás dormida subirá lo mismo.

-A veces se va -dijo Courtney desde su cama.

-Lo sé, pero siempre vuelve ¿no? -dijo Deanna preguntándose de pronto qué pasaría si Jay alguna vez no volviera ¿qué harían las niñas sin tener por lo menos a uno de sus padres? Lo mismo que había hecho ella, ir a vivir con sus parientes. Tenían a la tía Rachael y a ambas parejas de abuelos, y más familia. No sería el fin del mundo, solo el fin del mundo que ellas conocían.

Deanna bajó las escaleras con el monitor para niños en la mano ¿Se había retrasado Jay deliberadamente? ¿Había sido por algo que ella hubiera dicho en la comida?

A lo mejor era solo parte de su trabajo ¿Cómo había llegado él a tener una profesión dedicada al canje de rehenes y de las instalaciones de alta seguridad? ¿Se lo contaría si se lo preguntara?

A las once Deanna dejó de esperar. Había dejado un plato en el horno, pero lo guardó en la nevera. Seguro que él ya había cenado. Comprobó las puertas y las ventanas y se fue a la cama.

-¿Deanna? -el golpe en la puerta volvió a sonar. Desorientada se alzó apoyándose en un codo.

-¿Si?

-Deanna, soy Jay. Despierta.

Retiró la sábana y miró el reloj. Eran las tres.. Corrió hacia la

puerta y la abrió ¿había alguna emergencia? ¿pasaba algo con alguna de las niñas?

Jay estaba allí se le podía entrever a la luz de la cocina. No había encendido ninguna luz en el cuarto de estar.

-¿Qué pasa? ¿Es una de las niñas?

-No, están bien. Acabo de llegar a casa y hacer la maleta. Me voy dentro de unos minutos y tengo que hablar contigo. Un loco tiene a una familia secuestrada en una hacienda. Llevamos toda la noche negociando la situación -nombró un país de Latinoamérica famoso por su inestabilidad-. La policía de allí ha pedido mi ayuda y no puedo decir que no. Tengo que irme en... menos de diez minutos. Vendrá a buscarme uno de los hombres de la empresa. Dejaré aquí mi coche. Úsalo si quieres o si le pasa algo a la ranchera. 0 usa el que está en el garaje ¿Alguna pregunta de último momento?

Ella lo miró sin entender nada. El parecía el mismo de siempre, quizá más duro, más tenso.

-No creo. Has dejado una lista de teléfonos de contacto, conozco la rutina. Cuidaré bien de tus hijas ¿Las has visto? ¿Les has dado un beso de despedida?

-Sí. Las dos están profundamente dormidas ¿estarás bien con ellas? Si necesitas cualquier cosa llama a mis padres.

-Lo sé. Pero no voy a necesitarlos. Estarás de vuelta antes de que nos demos cuenta ¿no?

-No sé cuánto tiempo estaré fuera.

-Oh.

Deanna no supo por qué lo había hecho, pero alzó los brazos y le dio un fuerte abrazo y un beso ligero en los labios.

-Cuídate. No seas un héroe muerto -susurró.

Los brazos de Jay la rodearon, sujetándola con firmeza, hasta que Deanna se preguntó si la iba a soltar alguna vez. Un silbido que vino del exterior hizo que aflojara su abrazo.

-Es para mí. Tengo que irme -su boca se aplastó contra la de ella en un beso apasionado que Deanna sintió hasta los talones.

Y luego, de pronto, se fue.

CAPÍTULO 4

ESTÚPIDA, estúpida, estúpida! Gimió Deanna mientras se metía en la cama ¿cómo había podido lanzarse a sus brazos? Hacía menos de una semana que lo conocía.

El iba a pensar que estaba loca ¡Seguro! 0 peor aún ¿qué pasaría si él pensaba que ella lo había hecho a propósito? ¿se volvería a pensar el que ella estuviera cuidando a sus hijas?

Cerró los ojos, incapaz de resistir la tentación de recordar el beso. Su cuerpo todavía hormigueaba ¿cómo podía ser que el simple roce de sus labios la hubiera afectado tanto? Nunca antes había sentido algo así. A lo mejor era por la hora, o porque la había despertado de un sueño profundo.

Se pasó los dedos por los labios y se estremeció. Hacía menos de una semana que tenía el empleo y ya lo había puesto en peligro. No podía permitirse perderlo, tenía que dejar claro que ella seguía siendo la mejor opción. Tenía que asegurarse de que él no tenía ninguna duda con respecto a su capacidad.

Si él mencionaba el beso ella podía hacer como que no se acordaba ¿Podría convencerlo de que estaba sonámbula? Probablemente no, él era demasiado astuto. Maldita sea ¿qué podía hacer?

¿Por qué tenía que ser tan impetuosa? Podía haberle garantizado con tranquilidad que se ocuparía de sus hijas mientras él estaba fuera. Y puede que también hubiera resultado apropiado un tranquilo: cuídate.

Pero no, tenía que abrazarlo, besarlo, y decirle que no fuera un héroe muerto. Claro que el beso que la tenía tan preocupada era el que él le había dado a ella.

Jay normalmente se iba a trabajar antes de que se despertasen las niñas, así que no se preocuparon de su ausencia la mañana siguiente. Aunque Deanna contaba con que Jay pasase la mayor parte de los fines de semana en casa, ni Courtney ni Amy parecían echarlo de menos. Incluso cuando Deanne les explicó que él podría estar fuera un par de días, ellas no parecieron afectarse. La conmovió que se sintieran tan cómodas estando con ella.

Aquel día pensaba llevarlas a visitar a sus tías. Eugenia y Love habían telefoneado dos veces desde que les dio el nuevo número de teléfono y estaban ansiosas de verla y de que les hablase de su nuevo trabajo.

El teléfono sonó cuando estaban a punto de salir. Deanna contestó

y su corazón dio un pequeño vuelco cuando reconoció la voz de Jay.

-¿Va todo bien? -preguntó. Había ruido de fondo y no se le podía oír con claridad.

-Si. Las niñas están muy bien ¿dónde estás?

-Hemos aterrizado hace unos minutos. Sigo en el aeropuerto. No sé cuánto tiempo estaré liado con esto. A veces estas cosas se resuelven rápido, pero generalmente no.

-No es peligroso ¿verdad? -él dudó antes de negarlo un tiempo lo bastante largo como para que ella lo notase ¿decía eso para tranquilizarla? Ella tenía que confiar en que él sabía cómo manejar la situación, pero empezó a preocuparse-. Las niñas están bien. Te van a echar de menos.

-Y tú ¿cómo estas?

-Bien.

-Siento lo de esta noche. No suelo ir por ahí besando a mis empleados -su voz era áspera, y tenía un tono de desaprobación. Deanna tomó aire, y se sorprendió al oír su propia voz tranquila y con un tono normal.

-Yo no debí abrazarte. Espero que no hayas llegado a una conclusión equivocada. 0 sea, que no estaba coqueteando ni nada de eso. Es solo que parecía que... no sé, como te ibas y todo eso...

-No he llegado a ninguna conclusión. Tú eres cariñosa, he notado cómo tocas a las niñas. Era tarde -se aclaró la garganta-. La verdad es que fue... agradable el que alguien me dijera que tuviera cuidado.

-Ah, bueno -se aferró al teléfono deseando que se le ocurriera algo más que decir ¿querría hablar con sus hijas? Cerró los ojos y lo vio tan claramente como si estuviera allí. Cuídate, pensó con vehemencia.

-Tengo que irme. Si puedo llamaré más tarde -dijo él de pronto.

-No te preocupes por nada de aquí, estoy al cargo ¿recuerdas?

-Te sorprendería saber todo lo que recuerdo.

La línea quedó muerta. Durante un rato ella escuchó el tono del teléfono intentando descubrir qué había querido decir con aquella frase misteriosa.

-¿Nos vamos? -preguntó Courtney.

-Yo ya estoy -dijo Amy dos segundos más tarde.

Colgando el teléfono, Deanna sonrió a las niñas, viendo a su padre en sus caras ¡No se iba a dejar llevar por ensoñaciones acerca de Jay Masters! El había llamado para comprobar cómo estaban sus hijas y para pedir disculpas por el beso.

Ella no quería que pidiera disculpas. Más bien preferiría otro beso.

-Sí, nos vamos ahora mismo.

Sabía tan poco de Jay, meditó mientras conducía hacia Ocean View. El echaba de menos a su mujer, de eso se daba cuenta. Pero ya habían pasado tres años ¿Había empezado él a dejar atrás su pasado?

¿Había vuelto a salir con mujeres o seguía estando demasiado apenado para hacerlo?

A lo mejor debería hablar de él con sus tías. Ellas eran sabias y sabían qué era perder a alguien. A lo mejor le aclaraban algo de los sentimientos de Jay. Y la ayudaban a evitar situaciones incómodas, como aquel beso abrasador. En adelante tendría que vigilar su impulsividad. Jay no era un niño al que se pudiera abrazar impulsivamente cuando le apeteciera.

Como Deanna había sospechado, a las tías les encantaron las niñas. Courtney y Amy empezaron a charlar con ellas enseguida sin la timidez que muestran a veces los niños con los desconocidos.

Eugenia Murray y Love Stephens tenían su propio apartamento de dos habitaciones en la residencia, pero era muy pequeño e insistieron en ir al jardín común.

-Hace un día lo bastante bueno como para estar aquí -comentó Eugenia mientras se sentaba en uno de las bancos de hierro pintados de blanco que estaban bajo un frondoso roble. Deanna se dio cuenta de que la artritis la estaba molestando y deseó que hubiera algo que ella pudiera hacer.

Eugenia era alta y delgada y el pelo blanco enmarcaba limpiamente su cara. Sus ojos eran del mismo tono azul que los de Deanna y llevaba un sencillo vestido que parecía elegante.

-Nos acatarraremos en cuanto empiece el otoño -dijo Love sentándose en el banco de al lado. También delgada, Love no tenía la misma prestancia que su hermana mayor y su ropa siempre parecía un poco desarreglada. A pesar de que siempre estaba limpia, era sorprendente lo deprisa queee se le arrugaba en cuanto se la ponía.

-Ven a sentarte conmigo, Courtney, y cuéntamelo cómo es que Deanne se ha ido a vivir con vosotras. Antes vivía con nosotras ¿sabes? -dijo la tía Love señalando un sitio a su lado.

-Quiero que vengas a vernos a menudo -dijo Eugenia-. No es lo mismo ahora que vivimos separadas. Te echo de menos.

-Vendré tan a menudo como pueda escaparme -prometió Deanna.

-Trae a las niñas. Siempre me ha gustado estar rodeada de niños. Siento que tu padre no tuviera más. Un hijo o dos que transmitieran el apellido.

-Ya me lo has dicho más veces -no pudo evitar murmurar Deanna. Siempre había sido un punto que escocía ¿no era bastante con ella? ¿por qué tenían que lamentar, primero su padre y luego sus tías, la falta de un hijo?

-Las chicas son especiales -dijo Love con amabilidad, mirando a Deanna-. Fuiste especial para nosotras desde el primer día que llegaste a vivir a nuestra casa.

Deanna sonrió a su tía. Pero por más que intentara Love suavizar

las cosas no podía negar que los hombres querían un hijo para transmitir su apellido. Deanna lo sabía, lo había oído muchas veces cuando era pequeña.

Con dos hijas ya, si Jay se volviera a casar querría un hijo. Puede que más de uno. Sus amigos Judy y Peter habían hablado de tener hijos, Peter quería primero un chico, luego una chica.

Suspirando, Deanne dejó de pensar en esas cosas. El mundo era como era y no había nada que ella pudiera hacer para cambiarlo.

Las niñas corrían por el césped, jugando y riéndose, parándose de vez en cuando a charlar con los distintos residentes y luego corriendo hacia Deanna para informarla de su breve conversación.

-Son adorables -dijo Love.

-Y tienen mucha energía -añadió Eugenia.

-No siempre, están muy silenciosas y tranquilas en casa. El primer día me preocupé pensando que no iba a encajar. No sé si se debe o no a la influencia de Rachael. A su padre parece gustarle que tengan una rutina estricta.

-¿Qué tal se lleva con las niñas?

-Creo que está loco por ellas, pero no sabe bien cómo tratarlas. Y en las pocas conversaciones que hemos tenido me ha parecido que su mujer se ocupaba de Courtney y él no tenía mucho que hacer con ella. Su mujer murió al dar a luz a Amy.

-Bueno, los hombres no sirven de gran cosa con los bebés -dijo Eugenia.

-Sexista. Me temo que no solo los hombres tienen puntos de vista muy definidos en ese tema.

Cuando le preguntaron que a qué se refería les contó la discusión que tuvo con Jay la primera noche acerca de su comentario sobre el trabajo de mujeres y que casi había pensado en dejar el empleo antes de empezar.

Eugenia la miró atenta, pero Deanna sabía que no había contado nada de más. No había nada que contar, le gustaba trabajar para Jay. Y su beso seguiría siendo un secreto.

El fin de semana pasó con rapidez. A Deanna no le importaba haber perdido sus días libres, ella y las niñas tenían muchas cosas que aprender las unas de las otras y le gustaba estar con ellas. Su inocencia y su curiosidad le parecían deliciosas.

Los primeros días de la semana siguiente, sin embargo, se le hicieron eternos. Deanna asistió a sus clases, aliviada al comprobar que las niñas disfrutaban en la guardería. Les parecía que era una especie de premio, lo que simplificaba las cosas.

Tenía varios trabajos que terminar para el final del semestre y le llevaban la mayor parte de su tiempo libre, así que no era porque estuviera aburrida.

Pero se encontraba a sí misma pensando en Jay en muchos momentos del día y, desde luego, cuando él llamaba por las noches.

El miércoles, en lugar de ponerse a estudiar en cuanto acostó a las niñas se sentó al lado del teléfono. Él había llamado todas las noches a las ocho y media y, dado que según sus normas las niñas debían acostarse a las ocho, estaba claro que no llamaba para hablar con ellas. Es decir, que la llamaba a ella.

Le gustaban mucho aquellas llamadas nocturnas, aunque tenía que admitir que no tenían nada de especial. Eran perfectamente previsibles: él preguntaba por las niñas y luego le contaba cómo iban las negociaciones. Cuando habían agotado esos temas había un silencio. Ella deseaba poder verlo, adivinar qué estaba pensando ¿querría hablar de alguna otra cosa? ¿o simplemente era que le gustaba tener un contacto con su casa? Después él decía que cuidase de sus hijas y colgaba.

Pero aún así le gustaba oír su voz y le hacía sentir ternura. Había pasado más tiempo hablando con él por teléfono que en persona ¿sabía más de él por la forma en la que hablaba de las negociaciones? ¿por las breves descripciones que le daba de los miembros del equipo de rescate? ¿o se lo estaba imaginando todo otra vez?

Perdida en sus pensamientos, se sorprendió al darse cuenta de que eran más de las nueve. Esa noche no iba a llamar, tampoco es que tuviera que hacerlo, solo,que ella se había acostumbrado a sus llamadas. El probablemente pensaría que ella era tonta por desearlas tanto. Se levantó de la silla. A lo mejor las cosas estaban fuera de control allí donde estaba él. Sonó el teléfono.

-¿Hola?

-¿Deanna? Soy Jay -como si ella no reconociera su voz instantáneamente.

-¿Estás bien? -tenía voz de cansancio ¿estaría cuidándose? Por Dios, era un adulto. Se había apañado sin ella toda la vida.

-Mejor que bien. Los hemos rescatado a todos sin haber heridos.

-Eso es estupendo. Lo hiciste tú ¿no? Lo convenciste para que los soltara. Te debes de sentir un héroe. Estoy muy contenta de que todo saliera bien.

-Si, yo también estoy muy satisfecho.

-Quiero oír todos los detalles ¿qué fue lo que le hizo rendirse?

-No puedo hablar mucho. Me tengo que ir dentro de un minuto, pero quería saber cómo estabais. Ya te contaré más cuando llegue a casa.

-Estoy contenta de que hayas llamado. Lo celebraremos cuando vengas, pondré a enfriar el champán y las niñas y yo te prepararemos tu cena favorita ¿qué quieres que hagamos? -hubo un silencio al otro lado de la línea.

-No tienes por qué hacer eso -dijo con lentitud.

-A las niñas les encantará hacer una fiesta ¿o es que no celebras con ellas tus éxitos?

-Nunca lo he hecho.

-Entonces esta será la primera vez ¿cuál es tu plato favorito?

-El chuletón.

-¡Qué original! -él se rio.

-Estamos ahora liados con los informes y haciendo planes para garantizar en el futuro la seguridad de la familia. Pero quería llamarte, sabía...

-¿Sabías qué? -preguntó Deanna.

-Da igual. Tengo que irme ahora. Volveré a finales de semana.

-¿No sabes cuándo?

-No. Ya te informaré.

-Planearemos la fiesta para el sábado, habrás vuelto para entonces ¿no?

-Si, seguro. Cuídate, tengo que irme.

Deanna colgó el receptor. No le había preguntado por las niñas, claro que había sido una conversación apresurada. Pero a pesar de sus obligaciones había hecho un hueco para llamarla.

Él lo había conseguido. Gracias a su habilidad había una familia que estaba libre y segura aquella noche. Sacó el cuaderno de apuntes y dibujó con furia, con trazos amplios para captar a Jay como un intrépido explorador, abriéndose paso por la jungla.

Lo que más trabajo le dio fue su cara, no conseguía captar la expresión. Parecía que no era capaz de pasar al papel aquel aire de tristeza que aparecía de vez en cuando. Pero sí podía dibujar su virilidad y energía, y su atractivo sexual que la atormentaba hasta el punto de que se planteó si alguna vez le podría ver solo como su jefe, como alguien que la había dado un empleo.

El viernes Deanna se preguntaba si sería ese el día de la vuelta de Jay. En su llamada telefónica de la noche anterior no la había dicho nada. Ella deseaba que acabase rápidamente y volviera a Virginia. La paciencia no era la más llamativa de sus cualidades.

Había muchas cosas que quería contarle de sus hijas. Courtney y Amy estaban floreciendo. Les encantaba jugar al aire libre y tenían mucho mejor color.

También les gustaba pintar. En cuanto vieron las pinturas de ella rogaron y engatusaron para que las dejase pintar. Deanna compró unas acuarelas, un bloc de dibujo y un rollo de papel de envolver. Clavó el papel en la pared que estaba debajo de las escaleras, a la altura de las niñas, y las dejó que empezaran un mural. Pasaban las

tardes al aire libre aprendiendo a pintar las flores y los árboles.

Deanna colocó sus obras de arte por toda la casa, era difícil saber quién estaba más orgullosa de los dibujos, si la artista o Deanna. Courtney tenía muy buen ojo para el color, a Amy le gustaba mezclarlo todo. Pero Deanna trataba cada nueva creación como si fuera de un valor incalculable. Le encantaba verlas sonreír orgullosas cuando alababa su trabajo.

El viernes por la tarde las dos niñas estaban vestidas con las camisetas que Deanne les había dado para que las sirvieran de batas. Una gruesa capa de periódicos protegía el suelo de manchas mientras Courtney y Amy pintaban cuidadosamente su mural. Deanna había dibujado árboles y flores y una casita de chocolate que las niñas estaban coloreando.

Deanna estaba sentada en el suelo, cerca de ellas, haciendo un boceto de las niñas pintando. Le gustaba verlas tan concentradas. Courtney tenía la lengua fuera mientras se esforzaba en no salirse de los límites del dibujo al colorear, Amy mezclaba colores hasta que se sentía satisfecha del resultado y entonces los esparcía por el papel.

La puerta se abrió y entró Jay. Se detuvo atónito al ver que sus hijas estaban pintando la pared de debajo de las escaleras.

-¿Qué demonios está pasando? -dijo cerrando la puerta de una forma que no auguraba nada bueno.

Deanna levantó la mirada, con el corazón en la boca ¡él había vuelto! Y estaba más maravilloso de lo que ella recordaba.

Y furioso.

Se puso en pie y se limpió las manos en sus pantalones cortos.

-Hola, ya has vuelto-. El dejó la maleta en el suelo y miró a sus hijas atentamente.

-¡No me puedo creer que las hayas dejado que pinten la pared! El salón está lleno de juguetes, hay pintura en las paredes. Están vestidas como si fueran unas golfillas ¿Es esto lo que usted llama responsabilizarse, señorita Stephens? ¡Niñas, dejad los pinceles y subid a vuestro cuarto!

-Esperad un momento -ordenó Deanna a las niñas, acercándose a Jay con los brazos en jarras, mirándolo a los ojos sin vacilar, ardiendo de indignación.

-¡Si hubieras dedicado un momento a saludar a tus hijas y preguntarles qué estaban haciendo te podrías haber librado de portarte como un idiota! No me puedo creer que pensaras que las iba a dejar que pintasen directamente en la pared ¿es esa la confianza que tienes en mí? ¿por qué me contrataste si crees que soy capaz de algo así? Estamos pintando un mural, sobre papel de envolver.

-¿Papel de envolver? -ella asintió con la cabeza y miró a las niñas. Las dos miraban a su padre con los ojos muy abiertos.

-Darle un beso a vuestro padre, nenas. Estoy segura de que está muy contento de veros -dijo Deanna con una voz muy amable. Su mirada asesina hacia Jay fue para asegurarse de que él hiciera como si estuviera contento de verlas.

-Estoy contento de verlas, no necesito que nadie me lo diga.

-Puede que yo me haya engañado -murmuró ella mientras las niñas corrían hacia su padre. El las besó y luego les preguntó qué era eso que llevaban puesto.

-Son nuestras batas de pintor -dijo Courtney con orgullo-. Nos las ponemos para que no se nos manche la ropa.

-La mía es azul -dijo Amy apoyándose en la pierna de Jay y mirándolo con adoración.

-Es tan grande que parece como si te hubiera tragado -dijo Jay levantando su mirada hacia Deanna-. Estoy cansado. He estado tomando decisiones continuamente durante días. Pero no tenía que haber reaccionado así al entrar en casa. Te pido disculpas.

Ella asintió con la cabeza sintiéndose un tanto aplacada. Sí que parecía cansado. Y la tensión de la responsabilidad había tenido que ser tremenda, había vidas que dependían de él.

-Recogeremos los juguetes antes de la cena y también retiraremos el cuadro. Si hubiéramos sabido que venías esta tarde, no lo habríamos empezado.

Al mirarlo más atentamente pudo ver en sus ojos y en su boca las señales del cansancio. El resto de su rabia se disipó instantáneamente.

Amy alzó los brazos y él se agachó para tomarla en brazos. La acarició en la mejilla con la nariz y la niña se rio. Por un instante Deanna casi sintió... celos ¡era imposible! ¿por qué la iba a molestar que mostrase cariño a su hija?

Porque quería que le hubiera mostrado algún cariño a ella.

-¿Quieres subir conmigo y ayudarme a deshacer la maleta? -preguntó él. Courtney asintió y fue corriendo a dejar el pincel en el bote de agua.

En unos segundos Deanne se quedó sola en el vestíbulo. Oía el murmullo de su voz y la risa de las niñas. Sintiéndose abandonada empezó a retirar las pinturas. Las niñas estarían ocupadas con su padre el resto de la tarde. Podrían volver a pintar otro día.

Y no estaba decepcionada ¡claro que no! No había ninguna razón para que él la hubiera saludado de ninguna forma en especial. Las llamadas telefónicas habían sido su forma de saber cómo iba todo, no habían significado nada especial para él.

Pero por un momento, Deanna deseó que la hubiera dado un beso de bienvenida y la hubiera dicho que la había echado de menos.

Jay puso el último de sus trajes en el armario. Courtney no había parado de hablar ni un momento. Él la escuchaba con un oído mientras se seguía regañando a sí mismo por su estallido al llegar. No debía haber hablado a Deanne de aquella forma.

Pero el sentimiento de dicha que lo golpeó al entrar en casa y ver a Deanna y las niñas había sido algo inesperado, y no precisamente bienvenido. Ella era solo la niñera de sus hijas, no alguien en quien él estuviera interesado o que estuviera contento por volver a ver.

Amy saltó sobre su cama, intentando interrumpir a Courtney y contar su versión de los acontecimientos. Las dos niñas hablaban y se reían refiriéndose a cosas que él no podía reconocer. Deanna sabría.

Pero él podía intentar descubrirlo. Perplejo por el cambio operado en sus hijas intentó seguir la narración de cómo habían pasado aquellos días. No esperaba encontrar un cambio semejante. Pero le gustaba. No lo entendía, pero sus personalidades parecían resplandecer ¿resultado de la influencia de Deanna?

La recordó cuando se levantó del suelo, toda ella piernas largas y movimientos armoniosos. Apretó los puños e intentó concentrarse en las niñas. Pero el recuerdo de las largas piernas de Deanna ocupaba su mente. Y su pelo. Se estaba obsesionando con el deseo de verlo cuando no lo tuviera recogido. Incluso dormía con el pelo así, o por lo menos así lo tenía la noche que él se marchó.

Tenía que haber estado preparado para el efecto que le iba a hacer verla de nuevo ¿acaso no la había llamado todas las noches solo para hablar con ella, para oír su risa?

-Esto lo hice yo ¿te gusta? -dijo Courtney señalando la pared. Había dos dibujos colgados en ella, uno al lado del otro.

-Ese es mío papá, es bonito ¿verdad? -dijo Amy saltando en la cama.

-No se salta en la cama -dijo Jay tomándola en brazos y levantándola por encima de su cabeza. Ella aulló de risa. El la abrazó, queriendo protegerla de la fealdad del mundo. Se sentó en el borde de la cama y atrajo a Courtney hacia él.

-Contadme más cosas de vuestros cuadros -tenía que prestar atención. Luego solucionaría sus pensamientos sobre Deanna, ahora les tocaba a las niñas.

Cuando Jay bajó las escaleras el vestíbulo estaba recogido, menos el alegre mural. Se detuvo a mirar los dibujos y luego sonrió ante el proceso de coloreado que habían comenzado ¿le molestaría a la artista que había en Deanna aquel trabajo de principiantes?

Siguió hacia la cocina, deteniéndose en la puerta para contemplarla. Al principio ella no se dio cuenta de que él estaba allí.

Sus largas piernas bronceadas se movían como si estuviera bailando una melodía interior y movía las caderas de forma seductora.

Picaba verduras con rapidez, tenía el pelo recogido y su cola de caballo oscilaba con sus movimientos.

El recuerdo del beso lo invadió, haciendo que olvidase todo menos el pensamiento de repetirlo. Lo que probablemente fuera la mejor forma de asustarla para que se fuera. La necesitaba para sus hijas, no para él.

-Supongo que es a ti a quien debo agradecer la muestra artística de la pared de mi dormitorio -dijo él. Ella se dio la vuelta con el cuchillo en la mano.

-Oh, me has asustado -lo observó cautelosamente unos segundos, luego se relajó-. Sí ¿te gustan los cuadros? Pensé que esas paredes necesitaban un poco de color y que ¿dónde iba a encontrar algo mejor?

-Nunca me he considerado un experto en arte moderno, pero creo que puedo aprender.

Ella se rio y él sintió una corriente de bienestar que lo recorría. Le gustaba su risa.

-No tanto moderno como infantil. AAmy, sobre todo, le gusta mezclar colores hasta que consigue un negro verdoso que se parece mucho al barro.

-Ya me he dado cuenta. Y parece que están por todas partes.

-Sí, pero los vamos cambiando. Algunas veces pintan a un ritmo de uno por minuto, así que tuvimos que establecer un plan. Si no, las paredes estarían empapeladas del suelo al techo con sus pinturas.

A él le gustó el «nosotras» implícito en su frase, demostraba que se estaba encariñando con las niñas. Eso era bueno.

-Si mi llegada inesperada altera tu organización, puedo cenar fuera.

-No seas tonto. Estoy haciendo comida china. Solo hay que picar más verduras y repartir el pollo. Debes estar cansado, seguro que te mueres de ganas de irte a la cama.

Sus palabras lo sobresaltaron. Por primera vez desde que murió Beth, Jay pensó en irse a la cama con alguien: Deanna Stephens. La imagen lo sorprendió. No estaba interesado en volver a intimar con nadie nunca más. La pérdida de su mujer le había causado demasiado dolor para arriesgarse a que le volviera a suceder.

Tenía su negocio, sus hijas. Su vida estaba completa.

Pero no estaba seguro de que su cuerpo se diera cuenta de eso. De pronto parecía tener una vida propia e insistía en que prestase atención a sus exigencias.

Deseaba a Deanna.

-Me imagino que quieres hablar de ello -dijo Deanna volviéndose a sus verduras. ¿Hablar de que la deseaba? ¿De llevársela a la cama? ¿Tan evidentes eran sus pensamientos?-. Me refiero a la forma en que

he cambiado el programa que tenías para las niñas -dijo ella al ver que él no hablaba.

Jay se apoyó en el quicio de la puerta y cruzó los brazos sobre su pecho. Mentalmente exhaló un suspiro de alivio ¡por un momento creyó que ella podía leer la mente!

-¿Cuánto lo has cambiado?

-Bastante, me temo. Yo.. .bueno no soy muy partidaria de la disciplina estricta.

-Tampoco yo, pero a los niños les gusta la rutina. Beth decía...

-Nunca le llevaría la contraria a tu mujer, pero Courtney era más pequeña de lo que Amy es ahora cuando ella murió. Los niños necesitan nuevas rutinas y nuevos límites al crecer y cambiar. Y que se les permita explorar y descubrir el mundo, lo que funcionaba con una niña de dos años no vale para una de cinco que está a punto de empezar a ir al colegio.

Aquello parecía tener sentido. Pero Jay no le prestó la atención que merecía. Estaba asustado porque había descubierto que hablar de Beth no le causaba el tremendo dolor que le producía antes.

CAPÍTULO 5

ERA SÁBADO y Deanna esperaba la visita de sus tías. Tía Love había prometido enseñar a las niñas a hacer galletas. Se preguntaba si tendría que cambiar sus planes ahora que Jay Masters estaba en casa. Tomándose su café de la mañana miró hacia el jardín, intentando decidir si debía pedirle permiso o simplemente seguir adelante.

Jay bajó a desayunar vestido con traje. Las niñas seguían durmiendo.

-¿Vas a salir? -preguntó esperanzada. Si se marchaba durante todo el día nunca llegaría a saber que habían ido sus tías. No es que creyera que él pudiera poner ninguna objeción, no las habría invitado si de verdad creyera que a él le podía importar.

-Ya sé que normalmente este es tu día libre. Pero si pudieras cuidar hoy de las niñas yo me tomaría un día en el trabajo para pasarlo con ellas. Tengo que ir hoy a la oficina.

-No hay problema. No estaba segura de cuándo volverías, así que no hice planes -excepto la fiesta de las galletas. Podrían tomar algunas de postre.

-Te lo agradezco ¿me necesitas para algo antes de que me vaya?

La frialdad de su tono la sorprendió, era muy distinto del hombre con el que había hablado por teléfono todas las noches. Deseó por un momento que volviera aquel tono cálido de voz.

-En absoluto ¿recuerdas que tenemos esta noche la cena de celebración? estarás aquí para esa hora ¿no? -él asintió.

-¿Dónde están las niñas? ¿no deberían estar levantadas ya? -dijo mirando el reloj.

-Ya se levantarán cuando se despierten. No creo que las niñas deban seguir un horario estricto.

-Ya lo dijiste anoche. Sin embargo, son mis niñas y yo decido cómo educarlas. La rutina es importante.

-Ahí está el asunto, en que son niñas. Dales amor y atención y estarán bien. No me importa cuidarlas hoy, pero creía que querrías pasar algo de tiempo con ellas. No te han visto casi en una semana.

-Ya les dedicaré tiempo esta noche. Una de las formas en que las atiendo es asegurándome de que tengan comida, alguien que las atienda en casa y ropa bonita.

-Cosas. Ellas quieren tu atención.

El la miró fijamente durante un rato.

-Tengo que irme.

Deanna lo miró fijamente mientras se iba ¿era tan terrible la idea de estar un rato en casa que ni siquiera tenía tiempo para desayunar?

Ella frunció el entrecejo. Parecía querer de verdad a las niñas y la noche anterior había demostrado una paciencia notable con sus interminables preguntas y su charla. Pero había algo, algo así como que él no estaba muy seguro de cómo hablar con ellas, a no ser que respondiera preguntas.

Y casi pareció asustarse cuando Amy se le había sentado en el regazo y le había pedido que le contase un cuento.

-Hola, Dee, tengo hambre -dijo Courtney entrando en la cocina. Deanna la miró y sonrió. El día acababa de empezar. Si Courtney estaba levantada Ami no tardaría mucho en seguirla.

Jay dejó su pluma y miró por la ventana. Le resultaba difícil concentrarse. Había muchos informes que leer, decisiones que tomar, correspondencia que contestar. Su secretaria le había dejado todo como a él le gustaba, y disfrutaba con su trabajo.

Pero ese día seguía viendo mentalmente a la mujer que cuidaba de sus hijas.

No estaba seguro de qué era lo que esperaba cuando volvió a casa el día anterior, pero no había sido la fuerte necesidad de arrastrarla a sus brazos y besarla, de absorber su luz, su risa, su actitud alegre.

Después de días de delicadas negociaciones con vidas humanas en la balanza, le había venido bien la serenidad y seguridad de su casa. Eso era todo.

Se levantó y se acercó a la ventana. Estaba acostumbrado a la vista: otros edificios de oficinas y un par de árboles pequeños en las aceras. El cielo tenía un color azul claro, el día prometía ser caluroso.

¿Qué estaba haciendo allí en lugar de estar en casa con sus hijas? Deanna tenía razón, él debía estar pasando un rato con ellas. Pero eso significaría también pasarlo con su niñera y él no quería hacer eso. No le gustaban los sentimientos que se agitaban dentro de él. El había amado a su mujer, pero los sentimientos que tenía por Deanna eran distintos. Se sentía atraído hacia ella ¿qué hombre que tuviera sangre en las venas no lo estaría? Y sin embargo ella era tan distinta de Beth como era posible. Si le hubieran preguntado, él habría dicho que le gustaban las mujeres menudas y de pelo oscuro.

Pero cuando pensaba en Deanna le venían a la mente escenas que se podrían calificar como de cine porno. Había estado en tensión toda la semana, y ahora estaba en un punto bajo y eso era lo que provocaba sus extrañas fantasías.

Se dirigió a la puerta, tomando la chaqueta de su traje. Terminaría el lunes y pasaría la tarde de ese sábado con sus hijas sin reparar en el atractivo de su niñera. El lunes por la mañana ya todo sería como siempre.

-¡Déjame! -dijo Amy empujando a Courtney.

-Me toca a mí -Courtney se mantuvo en su sitio, protegiendo con un brazo el cuenco de la mezcla.

-Amy, le toca a Courtney. A ti te ha tocado antes, ahora tienes que esperar -dijo Deanna con firmeza, tomando a la niña en brazos y apoyándosela en la cadera.

-Habrá muchos turnos -dijo tía Love acariciando la mejilla de Amy-. No vayas por la vida con esa impaciencia.

-¡Como si a los tres años se pudiera ir de otra manera! -miró hacia arriba y se quedó helada. Jay Masters estaba en la puerta de la cocina-. Oh, creí que estabas trabajando.

Era consciente del desorden que había por todas partes, había harina en las niñas, en la encimera y en el suelo. Docenas de tazas estaban amontonadas de cualquier forma por todas partes, cada niña tenía su propio cuenco de mezcla para los dulces que estaban haciendo en aquel momento. El delicioso aroma invadía la habitación.

Tía Eugenia levantó la vista de la masa de galletas que estaba estirando, miró primero a Jay y luego a Deanna.

-¿Algún problema? -preguntó.

-Adelante, joven. Aunque mira bien dónde pisas por que llevas traje oscuro, quizá deberías cambiarte antes y luego te vienes con nosotras -dijo tía Love con cordialidad.

-Hola, papi -dijo Courtney-. Estamos haciendo galletas. Me toca a mi remover.

-Yo quiero que me toque -dijo Amy.

-Ya veo -por su expresión estaba claro que no era la escena que él había esperado-. Deanna ¿puedo hablar contigo un momento? -sin esperar respuesta se dio la vuelta y fue hacia la entrada de la casa. Deanna suspiró.

-Creo que va a se mejor que vaya a explicárselo. ¿Puedes tomar en brazos a Amy, tía Love?

Deanna se quitó de encima toda la, harina que pudo y luego se fue hacia la entrada. El estaba en el salón, cerca de la ventana, mirando el impecable jardín delantero. Al oírla se dio la vuelta para mirarla, su expresión era inescrutable. Deanna empezó a hablar.

-Espero que no te importe que haya invitado a mis tías a hacernos una visita. Ellas echan de menos el horno de pasteles, porque ya no tienen cocina. Y a las niñas les encanta, están como peces en el agua. Dejaremos la cocina impecable para la hora de la cena. De todas formas no te esperaba, creí que estarías trabajando todo el día.

-¿Aprovechando que el gato estaba fuera?

-No, claro que no. Lo habíamos planeado hace unos cuantos días, si

quieres unirte a nosotras eres bienvenido, pero creo que tía Love tiene razón, deberías cambiarte antes. No somos exactamente el personal de cocina más limpio del mundo.

Jay la miró de arriba abajo y ella se sintió muy consciente de su mirada. Deseó no estar cubierta de harina. Deseó haberse puesto maquillaje y una ropa que mostrara bien su figura. No es que pareciera que eso pudiera importar, a juzgar por su mirada no la encontraba irresistible.

-¿Jay? -lo miró a los ojos, esperando que no se le notase la confusión que sentía-. Ven a hacer galletas con tus hijas. A ellas les parece que eso es una fiesta, y así puedes conocer a mis tías -él vaciló un momento y luego asintió.

-Estaré allí en unos minutos -dijo con un asomo de sonrisa-. Si voy a acabar con el mismo aspecto que tú será mejor que me ponga mi ropa más vieja ¿piensas lavarlo todo cuando acabes o crees que la harina atascará la lavadora? -ella se rio.

-Lo cepillamos todo y corremos por el jardín antes de cambiamos. Eso hace que desaparezca lo peor. Te va a gustar ver a Courtney y Amy en sus intentos de cocinar. Quieren probar la masa a cada vuelta que le dan y quieren hacer más de lo que saben y ninguna de las dos sabe medir los ingredientes ¡pero les encanta! Y también es bueno para mis tías.

El se acercó a ella lo bastante como para poder tomarla la barbilla con una mano y alzársela.

-¿Y tú? ¿No significa todo eso trabajo extra para ti?

-Pero merece la pena. Los días así se convierten en recuerdos especiales. La infancia debería estar llena de recuerdos especiales ¿no piensas?

El se quedó callado un momento, bajando la mano y dirigiéndose a las escaleras.

-No creo que quieras saber lo que estoy pensando en este momento, Deanna.

Ella esperó hasta que él desapareció de su vista, con la esperanza de que su corazón dejase de latir de aquella forma, con la esperanza de que el color de su cara no fuera el que ella se temía. No quería dar lugar a especulaciones de las tías.

Se frotó la barbilla con dedos temblorosos. El calor que subía por ella era excitante, y también le daba miedo.

Ella tenía su vida organizada, y eso no incluía una relación que llevase a vía muerta. Ella conocía sus límites y soñar despierta con su jefe era peligroso. Excitante pero peligroso para su paz mental, y para su futuro. Pensando compungida que era ya demasiado tarde para regañarse a sí misma volvió a la cocina, impaciente de que Jay se reuniera con ellas.

-¿Todo va bien? -preguntó Eugenia mirándola inquisitiva.

-Si. Jay se está cambiando y luego se unirá a nosotras ¿verdad que va a ser divertido, niñas? Papá va a ayudar.

-Bueno -dijo Courtney metiendo un dedo en la mezcla y viendo cómo se caía antes de poder probarlo.

Deanna sonrió a ,sus tías y trató de ocultar su nerviosismo ¿qué pasaría si Jay quisiera que fueran limpiando mientras trabajaban, en lugar de limpiarlo todo al final? 0 si se ponía a criticar a las niñas. Ellas no lo hacían bien, pero la felicidad que había en sus ojos era la auténtica razón de hacer pasteles. Esperaba que no les aguara la fiesta, quería que el día fuera especial para Courtney y Amy y también para sus tías.

Su preocupación resultó ser infundada. Cuando Jay se unió a ellas unos minutos más tarde pareció encajar desde el primer momento, o por lo menos todo lo que podía hacerlo un hombre de cerca de dos metros que no sabía de repostería mucho más que sus hijas. Estuvo encantador con sus tías y les hizo preguntas con las que consiguió que pronto estuvieran charlando a sus anchas.

Admiró la forma de mover la masa de Courtney y observó en silencio cómo ayudaba Amy a sacar los bizcochos del horno.

-No permitirá que Amy se queme -murmuró Deanna acercándose a él. No quería que se preocupara. El la miró divertido.

-¿Has venido a tranquilizarme? Creo que me doy cuenta del cuidado que pone tu tía. Es estupenda con las niñas. Las dos lo son. Tu tía Eugenia es la que tiene artritis ¿no?

-Sí, pero intenta que eso no la entorpezca.

-¿Cuándo podremos comernos los bizcochos?

-Cuando se enfríen. ¿Vas a querer cortar galletas?

-Si ¿me vais a enseñar a hacerlo?

-¿No te acuerdas de cómo se hace? -bromeó Deanna.

-Mi madre no hacía estas cosas, normalmente comíamos dulces de pastelería. No recuerdo siquiera que hiciese bollos o galletas.

-Entonces, venga conmigo, señor, y le enseñaré todo lo que sé.

-Eso suena muy tentador -dijo él en voz lo bastante baja como para que solo lo oyera ella.

Deanna sintió que se le aceleraba el corazón cuando él se puso muy cerca de ella y se apoyó en su hombro para ver cómo cortaba la masa extendida con el molde para galletas.

-Me estás empujando.

-¿Eh?

Ella se volvió y casi chocó con él. Su cara estaba a escasos centímetros de la de ella, podía ver las leves arrugas de sus ojos. El gris de su mirada era más cálido de lo que ella había visto nunca y su aliento le rozaba las mejillas. Unos milímetros más cerca y sus labios

podrían rozar los de él.

El tiempo pareció detenerse. Ella sintió la sangre agolparse en sus venas. La habitación se difuminó y durante un largo instante solo estuvieron los dos, en un mundo propio.

Recordó el beso de despedida de la semana anterior ¿qué sucedería si ella levantaba levemente la cabeza y dejaba que su boca se encontrase con la de él? ¿La atraería hacia sus brazos y encendería la llama de la pasión? Estuvo a punto de ceder a sus deseos de tocarlo, de saborearlo, de sentir su fuerza y dejarse llevar por el deseo. Lo miró a los ojos y quedó hechizada al ver cómo le cambiaban de color hacia un tono plateado al ir aumentando su deseo.

-¡Deanna! -la llevó- un segundo reconocer la voz autoritaria de su tía Eugenia.

-¿Si?

-Amy te está esperando para poner las galletas en la bandeja del horno.

Avergonzada se dio cuenta de que todos los estaban mirando fijamente, a ella y a Jay. Santo Dios ¿es que había perdido la cabeza?

-Lo siento, Amy. Mira, acerca tu banqueta y ponte a mi lado. Ya he cortado un par de galletas y tendré las demás en un segundo. Puedes ayudarme si quieres.

-Muy bien.

Deanna hizo lo que pudo para no hacer caso de Jay ni de lo que había estado a punto de suceder ¡en una habitación llena de familiares! Sabía que sus tías le iban a hacer algún comentario. Su única esperanza era que las niñas no se hubieran dado cuenta de nada.

En una sesión informativa normal después de una crisis, pensó Jay, él y su equipo solían analizar toda la operación, para ver qué era lo que habían hecho bien y qué cosas se podían haber hecho de otra forma. En este caso él tenía una lista de cosas que podía haber hecho de otra manera. Que debería haber hecho de otra manera.

Intentando concentrarse en cortar las galletas y ponerlas en la bandeja que tenía su hija, reflexionó acerca de los distintos pasos que le habían llevado a olvidarse de que sus hijas y las tías de Deanna estaban presentes y estar a punto de tomarla en sus brazos apasionadamente. Cosa que, a no ser que él estuviera absolutamente equivocado, ella habría secundado con entusiasmo.

Las llamadas telefónicas habían sido un error, lo habían empezado todo ¿estaría tan interesado en ella si no hubieran hablado todas las noches? ¿tan relajado en su compañía?

¿Relajado? No mucho. Ella le tenía como un muelle dispuesto a saltar.

La miró. Ella hacía lo que podía por rehuir su mirada. Echó una rápida ojeada a la habitación y se dio cuenta de que sus tías no

parecían estar perturbadas por la escena. Seguían hablando con Courtney y Amy, y con él.

Pero Deanna no. Estaba callada, algo extremadamente raro en ella.

A lo mejor no había empezado con las llamadas telefónicas. A lo mejor había empezado con aquel beso. ¿Cuál de ellos? ¿el beso casto que le había dado ella o el beso ardiente de él, que no había sido capaz de resistirse?

-0 a lo mejor empezó todo en la entrevista -murmuró él.

-¿Qué? -Deanna lo miró.

-Nada. Pensaba en voz alta.

-Ah -ella apartó rápidamente la mirada.

Estupendo. Ahora ella ni siquiera lo miraba. No había pasado nada ¿por qué estaba ella tan preocupada?

¿Y por qué no había pasado nada? No fue porque él hubiera hecho nada para impedirlo. Él casi se había inclinado hacia delante para rozar sus labios. Las manos le ardían de deseo de acariciar sus mejillas, de sentir la suavidad de su piel. Anhelaba quitarle la harina de la barbilla y perderse en el azul de sus ojos.

Se movió, agradecido de que la encimera fuese lo bastante alta como para ocultar la reacción de su cuerpo. Estar cerca de Deanna le estaba causando todo tipo de problemas.

Centrarse, eso es lo que necesitaba. Él estaba allí para dedicar tiempo a sus hijas, no a su niñera.

-¿Quién quiere cortar galletas? -preguntó. Mirando el caos que reinaba en la cocina supo que a su padre le hubiera dado un ataque. Pero él no era su padre y sus hijas parecían estar pasándoselo mejor que nunca. Nunca recordarían a su madre, pero él podía proporcionarlas recuerdos alegres de su infancia.

Deanna era más sabia de lo que correspondía a su edad, pensó mientras empezaba a relajarse y a disfrutar de la tarde con Courtney y Amy. Era importante tener recuerdos felices.

Eugenia empezó a fregar los cuencos.

-Puedo hacerlo yo, tía Eugenia -dijo Deanna acercándose al fregadero.

-Me gusta sentir el agua caliente en las manos, niña. Recuerda, Love es la cocinera, y yo siempre he fregado los cacharros. Pero puedes ayudarme, busca un trapo para secarlos.

Deanna estaba agradecida por la tarea que la alejaba de él. Secó los cuencos y los puso en su sitio ¿quién podría sospechar que hicieran falta tantas cosas para hacer unas cuantas bandejas de dulces?

-Jay está tan enharinado como sus hijas -dijo Eugenia-. Es un joven guapo -Deanna asintió. Sabía que a su tía él le tenía que parecer muy

joven, pero tenía ocho años más que ella y una serie de experiencias que ella tampoco tenía-. Parece llevarse muy bien con sus hijas.

-Cuando llegué no sabía bien, parecía todo muy formal.

-Claro que un hombre tan viril necesita algún hijo, además. No me lo puedo imaginar jugando al fútbol con estas frágiles niñas, o llevándoselas al estadio.

Deanna respiró hondo, intentando disimular el dolor. Sabía que su tía lo decía sin intención, se limitaba a hacer una observación. Pero a Deanna le volvió a recordar por qué no podría haber nunca nada entre Jay y ella. Si él decidiera volver a casarse querría una mujer que pudiera darle hijos sanos. Chicos con los que pudiera jugar, a los que enseñar cosas de hombres. Y que pudieran perpetuar el apellido de la familia.

-¿Viene de una gran familia? -preguntó Eugenia.

-Sus padres viven cerca de aquí y tiene una hermana.

-Es verdad, se llama Rachael ¿no? La que cuidaba de las niñas hasta que tú llegaste.

Deanna asintió. Para eso la habían contratado, para cuidar de las niñas. El empleo le daba la oportunidad de seguir con sus estudios al tiempo que trabajaba. No iba a arriesgarse a perderlo enamorándose de su jefe.

Terminaron de hornear a media tarde. Las niñas hacía ya rato que estaban echando la siesta. Con la cocina otra vez en orden y el delicioso aroma de los dulces llenando la casa, Deanna se sintió más tranquila. Fue a buscar a Jay y le encontró trabajando con su ordenador.

-¿Puedes prestar un oído a las niñas? Creo que todavía dormirán un rato más, pero si se despiertan asegúrate de que no hagan ninguna diablura.

-¿Dónde vas?

-A llevar a mis tías. Estaré de vuelta con tiempo para hacer la cena.

-¿No se quedan a la celebración? Cuantos más mejor ¿no?

-No contaba con que se quedasen y no tengo bastante carne.

-Pues vete a comprar más, yo las entretendré hasta que vuelvas.

-¿Estás seguro? -una cosa era que sus parientes hicieran pasteles con las niñas y otra muy distinta que se quedasen a cenar.

-Estoy seguro. Si en tu familia ha habido antes este tipo de celebraciones, creo que las necesitaremos para asegurarnos de que esta salga perfectamente.

-Jay, es solo una cena con algunos extras para hacerla especial. Creo que las niñas y yo podemos apañarnos perfectamente.

-Ah, pero no hay nada como la experiencia. Ve a comprar más comida, Deanna..

-¡Sí, señor! -una vez más estuvo a punto de hacer un saludo militar.

Debía ser influencia de su padre.

La cena fue festiva y divertida. Deanna puso a las niñas sus mejores vestidos y luego ella se puso uno que solía reservar para los domingos. Las tías gruñeron por sus vestidos, pero estaban muy bien una vez que les hubieron sacudido la harina.

Jay también se vistió, con americana de sport, pero perdonando la corbata. Como él era el homenajeado, le dijo a Deanna, tenía algunos privilegios.

Las niñas hicieron un dibujo de su padre, el héroe. Deanna también había esbozado un dibujo de Jay, con un teléfono en una mano y una espada en la otra. A él le brillaron los ojos cuando vio el dibujo y ella supo que él también recordaba suss conversaciones telefónicas.

Eugenia y Love contaron historias de otras cenas de celebración, recordando acontecimientos de sus vidas y de la de Deanna que los cautivaron a todos.

Después de contar los premios de Deanna en el instituto, Eugenia se volvió hacia ella.

-¿Fue así, no?

Pero Deanna no había atendido a la historia. Estaba haciendo mentalmente otro dibujo de Jay y las niñas. Esta vez estaban rodeados de una nube de harina y de cuencos sucios que se apilaban en montones más altos que sus cabezas. La ilusión de la mirada de las niñas equilibraría la escena. Tendría que usar vestidos oscuros para acentuar el contraste con la harina.

-A veces se queda así -dijo Eugenia con indulgencia.

-¿En las nubes? -preguntó Jay estudiando a Deanna que miraba a Courtney, aunque él no creía que la estuviera viendo.

-Cuando piensa en un cuadro -explicó Love-. Es algo que he echado de menos.

-Le pasa en los momentos más extraños. Se le ocurre una idea y quiere pintarla y entra casi en trance hasta que decide cómo lo va a hacer. ¿Verdad, Deanna? -esto último lo dijo en un tono más alto.

-¿Qué?

-Le estaba contando a Jay que cuando planificas un cuadro casi entras en trance.

-Oh -se miró con expresión de culpabilidad-. A veces.

-Y ¿sabe él que te quedas a menudo levantada toda la noche cuando estás trabajando en un cuadro? -preguntó Love en tono de burla.

-No lo haré. Tengo que levantarme pronto por las niñas. No tienes que preocuparte porque vaya a abandonar mis tareas -le dijo a Jay.

-¿Estabas pensando ahora en un cuadro?

-Uno de Courtney y Amy -y tú. Esto último se lo guardó para ella. Pero le hormigueaban los dedos de ganas de usar su cuaderno de

apuntes.

Era ya tarde cuando tras haber dejado a las tías y acostado a las niñas pudo retirarse a su cuarto. Su carboncillo voló sobre el papel, hizo boceto tras boceto. Jay hablando por teléfono en alguna ciudad fantasmagórica, Jay haciendo galletas con Amy y Courtney, Jay riendo por algo que había dicho tía Love. Jay muy serio mientras preparaba los chuletones en la parrilla.

Cansada, se echó hacia atrás flexionando los dedos. Miró el reloj y se dio cuenta de que eran más de las tres. Reunió todos los bocetos y los guardó en una carpeta, atándola fuertemente. El trabajo era bueno, pero habría sido mejor que se hubiera ido derecha a la cama. Pronto amanecería.

Intentó relajarse y apagó la luz. Incluso en la oscuridad de la noche podía ver la cara de Jay, recordar su beso. Desear otro.

Dándose la vuelta intentó no hacer caso del grito de su corazón.

CAPÍTULO 6

D EANNA se despertó el domingo y se dio cuenta de que era el primer día desde que se había trasladado a la casa de los Masters en que no era responsable de las niñas. Feliz por ese descubrimiento y por sentimiento inesperado de libertad empezó a planear lo que haría en su día libre.

Primero se daría el gusto de desayunar en el restaurante que estaba cerca de la residencia de sus tías y que tenía una terraza que daba al mar. Compraría el periódico del domingo y disfrutaría de su lectura, de su desayuno y de su rato de tranquilidad a solas.

Luego iría a buscar a las tías y las llevaría a la iglesia de su antiguo barrio. Les gustaría ver a los viejos amigos. Puede que se parasen a comer en la cafetería que estaba cerca de la universidad. Llamaría a Judy después de dejar a sus tías para ver si quería acompañarla al cine.

Con todo del día organizado, Deanna se tomó su tiempo para vestirse. Antes de que hubiera acabado oyó a las niñas bajar las escaleras. Sonriendo pensó cómo era posible que unas niñas tan delicadas hicieran a veces tanto ruido.

Como hacía calor se puso un alegre vestido de verano de color amarillo. Las sandalias blancas mostraban la laca rosa pálido de las uñas de sus pies. Se retiró el pelo para que le diera el aire en la nuca. Pasaría por la cocina antes de irse para que Jay supiera que se marchaba y decir adiós a las niñas.

Cuando entró, Amy y Courtney estaban tomando sus cerales y Jay se estaba sirviendo una taza de café. Se quedó sin aliento al verlo. Llevaba pantalones cortos y una camiseta sin mangas que exhibía los músculos de sus brazos. Era la representación del cuerpo perfecto de hombre.

Volvieron a hormiguearle los dedos de ganas de dibujarle en alguna pose pagana. Pero también de hacer algo más que dibujarlo. Pasar los dedos sobre su cuerpo, acariciarlo, saborearlo. Respiró hondo y sonrió con la esperanza de que su sonrisa no revelase nada y pareciera simplemente amistosa.

El la oyó y alzó la vista, mirándola de arriba abajo. Deanna sintió su mirada como una caricia.

-Me voy -dijo tras unos segundos de silencio. Él asintió con la cabeza.

-¿Dónde vas? -preguntó Courtney.

-Es el día libre de Deanna. Va a salir y no es asunto tuyo dónde va -dijo Jay volviéndose hacia su hija-. Terminar ya de desayunar.

-Yo quiero ir.

-No puedes. Deanna tiene algún tiempo para ella sola.

-¿Estarás bien? -preguntó Deanna, dudando de pronto si marcharse o no. El afirmó mirándola a los ojos-. Puedo volver con tiempo para hacer la cena.

-No hace falta. Vamos a casa de mis padres, no volveremos hasta después de que oscurezca -por un momento la miró divertido-. Te agradezco tu oferta de ayudarnos en tu día libre. Muestra una gran responsabilidad por tu parte.

Ella se encogió de hombros. No era solo su sentido de la responsabilidad. Se preguntaba cómo se las iba a apañar cocinando para los tres. 0 cómo las vestiría. El era su padre, claro, pero a veces parecía estar muy perdido con las niñas. Pero si no la necesitaba...

-A no ser que me llamen por la noche, puedes tomarte todo el tiempo hasta mañana por la mañana -dijo él apoyándose en la encimera y cruzando los brazos sobre el pecho.

Deanna estuvo a punto de suspirar de nuevo. Parecía tan fuerte y masculino y seguro de sí mismo... tenía que marcharse o acabaría por pedirle que le dejase pasar el día libre con él. Y con sus hijas, por supuesto.

Jay la observó mientras daba un beso de despedida a sus hijass y se marchaba. Se quedó recostado contra la encimera como si no tuviera nada que hacer en este mundo, horrorizado por las sensaciones que se agitaban dentro de él. Quería besarla otra vez. Tomarla entre sus brazos y cerrar sus labios sobre los de ella hasta que el mundo desapareciera.

Estaba muy guapa, alta y delgada y más sexy que nadie que él hubiera visto nunca. El vestido flotaba con sus movimientos, dibujando su figura y sus largas piernas.

Escuchó cómo ponía el motor en marcha y luego siguió escuchando hasta que dejó de oírlo. ¿Adónde iría? ¿Con quién pasaría el día? Quería saberlo, casi exigía saberlo. No porque se le ocurriera ninguna razón legítima para hacerlo, no era asunto suyo, como le había dicho a Courtney.

Pero eso no hacía que su curiosidad fuera menor.

Ni tampoco el deseo rabioso de tocarla, de estar con ella. De escuchar su charla y deleitarse con su manera de mirar el mundo. Se rascó la nuca, apartándose de la encimera. Tenía un montón de cosas que hacer, unos padres a los que visitar, y dos niñas pequeñas que cuidar. No tenía tiempo para fantasear con Deanna Stephens.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Jay empezó a sospechar que aquel iba a ser un día muy largo.

Era más tarde de las diez de la noche cuando Jay volvió a casa. Su padre había querido conocer todos los detalles de su última misión, y Jay esperó hasta que se quedaron solos después de la cena para contárselos. Como ya era tarde cuando salió de casa de sus padres, las dos niñas se habían quedado dormidas inmediatamente en el coche.

Al entrar en la calle se sintió complacido al ver luces en la casa y la ranchera de Deanna aparcada en su sitio de siempre. Deanna estaba en casa. Apareció en cuanto él detuvo el coche.

-Dijiste después de que oscurezca, pero ya empezaba a preguntarme si volveríais esta noche.

Llevaba pantalones cortos y una camiseta muy pequeña. No podía ver el color en la oscuridad, pero sí que era muy ceñida.

-Salimos tarde de allí. Las dos niñas están dormidas, las subiré a su cuarto, pero esta noche no hay baño.

-Yo llevaré a Amy si tu llevas a Courtney -dijo ella.

Jay asintió. Parecía un plan sensato. Pero por un momento recordó otro tiempo, otra casa, otra mujer. Habían vuelto de visitar a unos amigos y Courtney era aún un bebé. Beth la había subido a su habitación.

Deanna no se parecía nada a Beth, pero la escena era familiar. Padres que llevaban en brazos a los niños hasta la casa. Que cerraban la puerta al mundo y mantenían segura a la familia en su propio pío paraíso.

Subió las escaleras con el ceño fruncido ¿de dónde le venían aquellos estúpidos pensamientos? El no era ningún poeta y no necesitaba otra esposa. Deanna cuidaba de sus hijas porque la había contratado para ello. Cuando fueran mayores tendría que buscar otra solución.

-Gracias -dijo en tono brusco cuando ella arropó a Amy.

-¿Se han divertido? -preguntó ella acariciando suavemente a Amy, como si no quisiera dejarla.

-Mi madre se las llevó al club de campo para que pudieran nadar.

-Estoy segura de que les gustó mucho. Hemos jugado con la manguera un par de tardes, pensé que podría llevarlas a la playa algún día. Courtney dice que sabe nadar.

-La enseñó Rachael el verano pasado. Amy era demasiado pequeña.

-Espero que aprenda pronto. Le gusta hacer todo lo que hace su hermana.

-Hay mucho tiempo -dijo Jay mirando a sus hilas.

¿Y tú? ¿lo pasaste bien?

El la miró y durante un momento se le olvidó la visita y que estaba en el cuarto de sus hijas. Solo podía pensar en lo guapa que estaba

Deanna y en cuánto la deseaba. Pisando el freno contestó.

-Es tarde. No quiero entretenerte. Gracias por subir a Amy.

-De nada. Buenas noches -salió rápidamente de la habitación ¿era decepción lo que había habido en su tono de voz?

-¡No necesito esto! -murmuró él mientras apagaba las luces. Al día siguiente todo volvería a la normalidad. El volvería a la rutina de su trabajo y aquella aberración se desvanecería. 0 al menos eso esperaba él.

«¿Qué esperabas?», se preguntó Deanna cuando fue a la cocina a prepararse un vaso de té helado antes de irse a su cuarto. No eran amigos. El no tenía porqué contarle nada de su día ni preguntar por el de ella.

Él lo había dejado perfectamente claro. No tendría que decírselo dos veces. A partir de aquel momento ella lo iba a hacer todo según las normas, como su amiga Judy le había dicho que le gustaba a él todo.

Ardiendo de indignación y de vergüenza, se fue a su cuarto y cerró la puerta, decidida a que él nunca tuviera el menor indicio del anhelo que ella sentía. Si solo quería una niñera para sus hijos, eso sería lo que tendría.

No le prestaría un oído amigo si él quería charlar, ni se interesaría en lo que él estuviera haciendo. Y desde luego no echaría de menos el pasar más tiempo con él.

«Mentirosa» le dijo su voz interior.

Se bebió el té y se dejó caer sobre la silla que estaba cerca de la ventana. Había poca cosa que ver en la oscuridad. Los árboles daban sombra al jardín, impidiendo que entrase la luz de las estrellas.

A lo mejor él se iba otra vez de viaje y la llamaba todas las noches. ¿Era esa la única forma en la que podían hablar? Por un momento consideró la idea de llamarle por teléfono al piso de arriba para preguntarle qué tal le había ido el día. Lo malo era que no tenía móvil, y de todas formas ¿de qué serviría?

¿Quería ella que sirviera para algo? Tenía su vida organizada y no tenía tiempo para ese tipo de cosas. No haría nada que pusiera en peligro su empleo.

El lunes Deanna hizo lo que pudo por poner su plan en acción. Fue a clase, se llevó a las niñas a la compra y se aseguró de que la casa estuviera impoluta y la cena en la mesa a las seis de la tarde.

Se refrenó para no hablar directamente a Jay a no ser que él la preguntase algo y evitó mirarlo a los ojos. Eso ayudó algo a contener

los sentimientos, pero incluso sin mirarlo directamente durante la cena, era perfectamente consciente de su presencia.

El martes las niñas y ella almorzaron en el parque mientras el servicio de limpieza se hacía cargo de la casa. Había dejado la pintura del mural para el miércoles, para tener tiempo para recoger antes de que llegase Jay. La cena fue perfecta y otra vez a su hora. Una o dos veces durante la cena sintió la mirada de Jay sobre ella, como si estuviera desconcertado. Pero dedicó su atención a las niñas e hizo lo posible para olvidarse de él y de las sensaciones que la embargaban cuando él estaba cerca.

El jueves por la tarde Deanna estaba a punto de volverse loca. Sentada en el jardín trasero mientras las niñas jugaban a pillarse una a la otra, se recostó en el tronco de un árbol y cerró los ojos. La tensión de seguir estrictamente el horario la tenía frenética. ¿Y todo para qué? Jay probablemente no se había dado cuenta siquiera, o no le importaba.

Todas las noches de aquella semana había llegado puntual para la cena y luego había pasado el resto de la tarde en su cuarto trabajando. Estaba desperdiciando un tiempo valioso para estar con sus hijas.

Ellas no parecían echar nada de menos ¿era ese el patrón normal de conducta? ¿ver a su papá a la hora de la cena y desaparecer de su camino el resto del tiempo?

Se sentía aislada ¿qué había sucedido? El la había besado y estuvo a punto de besarla el sábado anterior, cuando hacían las galletas.

No era demasiado pedir un poco de tranquila conversación adulta por las noches ¿no? 0 por lo menos a la hora de la cena. Seguro que con Rachael sí hablaba.

A lo mejor era su técnica lo que estaba fallando. A lo mejor debería estimular la conversación entre el padre y las niñas y poco a poco ir introduciendo la conversación entre ellos.

Quería saber más cosas de Jay, cómo pensaba, qué sentía, cómo había llegado a dedicarse a la seguridad como profesión, qué planes y qué sueños tenía para sus hijas.

Y no podía negar la sensación que sentía. Al principio solo le pasaba cuando él entraba en la habitación, pero había llegado un momento en que le bastaba con pensar en él.

La gente besaba por distintas razones ¿qué razón había tenido Jay para besarla? ¿quería volver a hacerlo?

-Estoy cansada, Dee -dijo Amy sentándose a su lado.

-Ya me imagino, cariño, hace un rato que deberías estar echando la siesta ¿quieres dormir hoy aquí en la sombra?

-¿Fuera?

Deanna se rio y la abrazó.

-¿Por qué no? Traeré una manta y una almohada y las pondré aquí

a la sombra. Puedes dormir bajo este árbol y yo me tumbaré a tu lado.

-¿Y Courtney?

-Y también Courtney.

-¿Qué? -preguntó Courtney que llegó corriendo.

-Vamos a echar la siesta aquí, a la sombra ¿verdad que será divertido?

-¿En una tienda?

-No, cariño, aquí al aire libre. Extenderemos una manta grande y cada una traerá una almohada. Podemos mirar las hojas del árbol hasta que nos quedemos dormidas.

-Nunca he dormido en el jardín -dijo Courtney.

-Pues viviremos peligrosamente -dijo Deanna riendo. A veces aquellas niñas eran demasiado tranquilas y faltas de aventura. Los niños tenían que ser espontáneos y tener ganas de nuevas experiencias.

Ella les contó cuentos mientras miraban el cielo azul a través de las hojas del árbol. Las tres se quedaron pronto dormidas.

Deanna se despertó la primera. No tenía intención de pasarse la tarde durmiendo, pero después de haber trabajado en su proyecto de fin de curso mientras dormían las niñas y de haberse quedado despierta todas las noches. pensando en Jay Masters, no era raro que al haberse relajado le hubiera pasado eso.

Se quedó aún tumbada un rato, disfrutando del canto de los pájaros, de la caricia del viento y de la proximidad de las niñas.

Oyó entonces el ruido de un coche a la entrada y se sentó inmediatamente, mirando su reloj. Era más tarde de lo que ella creía. Jay estaba en casa y ella ni siquiera había pensado en la cena. Poniéndose de pie corrió hacia la casa, intentando que se le ocurriera una idea para cenar. No podía permitir que él descubriera que había pasado la tarde durmiendo.

Entró corriendo en la cocina en el momento en que entraba Jay. Lo miró segura de que su culpabilidad era evidente.

-¿Hay un fuego? -preguntó Jay con tono perezoso.

-Estaba echando una ojeada a las niñas, que están durmiendo la siesta en el jardín -él echó una ojeada a la cocina.

-¿No hay cena?

-Pensé que hoy podíamos cenar en el jardín. Hacer hamburguesas en la barbacoa y hacer helado.

-¿Hacer helado?

-Sí, tienes una máquina de hacer helado ¿no?

-No que yo sepa.

-Ah.

Él la miró fijamente y ella se preguntó si algo estaba mal ¿tendría hierba en el pelo? Sabía que probablemente estaba hecha un desastre

¡no era justo! Incluso después de todo un día en la oficina él tenía un aspecto impecable.

-¿Es eso un acicate para hacer planes en un momento?

-Sí. Algo espontáneo, los niños necesitan eso en sus vidas. Los adultos también, por cierto.

-¿Todos los adultos? -preguntó él acercándose.

-Eso creo ¿tú no? Le da un toque especial a la vida. Piensa en lo aburrido que sería todo si siempre hiciéramos las mismas cosas un día tras otro.

-¿Las cosas rutinarias quieres decir? -se acercó un poco más.

Deanna empezó a sentir aquel aleteo familiar en su interior. Su mente estaba a punto de entrar en cortocircuito ¿hasta dónde pensaba acercarse?

-Sí. No. No quiero decir que la rutina sea aburrida, necesariamente -¿acaso no había propuesto él un programa estricto para sus hijas? No podía ofenderlo-. Pero si hay rutina es aún más importante que haya algo de espontaneidad.

-Espontaneidad.

El estaba lo bastante cerca como para tocarla, como para sentir el calor de su cuerpo. Deanna tragó saliva y dio un paso atrás, pero se encontró con la encimera. El dio otro paso hacia delante.

-Me preguntaba cuánto tiempo duraría la rutina -dijo él alargando una mano para retirar un mechón de pelo de su mejilla y pasarlo por detrás de su oreja. Las rodillas de Deanna amenazaron con no sostenerla.

-¿Si? -lo miraba a los ojos que parecían cambiar de gris acero 'a un tono plateado que la cautivaba.

-Toda la semana pasada me contaste por teléfono todas las cosas contrarias a la rutina que habíais hecho mis hijas y tú. Esta semana todo parece distinto.

-Pensé que era eso lo que querías -dijo casi sin aliento.

-Me gusta el orden, pero no necesariamente la vida sin imaginación.

-Oh -¿se había quedado él con todo el aire? Y si no era así ¿por qué la costaba tanto respirar?

-Me gusta la idea de una cena al aire libre. Es algo innovador y que creo que les gustará a las niñas.

Ella asintió con la cabeza, dejando que su mirada se fijase en la boca de él. Deseaba que la besase otra vez ¿cómo podría hacérselo saber sin parecer atrevida y fuera de lugar?

Probablemente no había nada que pudiera hacer, pero ya pensaría en algo. Tenía que hacerlo o irse volviendo loca poco a poco.

-Me estás confundiendo -murmuró.

-¿Por qué? -encogiéndose de hombros se movió hacia un lado

apartándose de él.

-No sé qué es lo que quieres, Jay.

-¿Qué quieres decir? -dijo él frunciendo el ceño y metiéndose la mano en el bolsillo.

-Que no sé qué quieres de mí.

-Quiero que cuides de mis hijas.

-¿Y eso es todo? Antes de marcharte me besaste como... -se detuvo. No tenía por qué decirle a aquel hombre que su beso no había sido como cualquier otro que la hubieran dado-. Bueno, estuvo muy bien. Y después, el sábado cuando estaban aquí mis tías y todo eso...

-Un par de besos ¿me estás diciendo que nunca te habían besado antes?

-No. Es algo más que los besos. Llamaste todas las noches cuando estabas fuera y no solo hablamos de las niñas. Y luego el domingo fue como si me ordenaras que me alejase, «no hagas preguntas, no esperes nada».

-Deanna, yo no...

-No, está bien. Quiero decir que dejes claro lo que quieres. Pero ahora, es este momento.

-En este momento quiero besarte ¿quieres que lo haga?

-Pero eso no significará nada.

El la acercó, poniendo las manos a ambos lados de su cuello, acariciando su mandíbula con los pulgares.

-Puede significar que dos personas se gustan y que les gusta lo que sucede cuando están juntas. Me gusta tocarte, besarte. No irá más lejos. No estoy buscando un lío ni quiero volver a comprometerme. Y ¿no me dijiste tú que no estabas interesada en ninguna relación permanente? ¿era verdad o solo palabras?

-No quiero comprometerme, esa parte es cierta. Nunca me casaré. Y no puedo tener un lío contigo.

-No te lo he pedido

-Pero creo que no me importaría otro beso -dijo atropelladamente. Había algo en algún sitio que atentaba a la lógica, pero en aquel momento no podía imaginarse qué podía ser. Jay Masters quería besarla y Deanna sentía que su día no estaría completo si él no lo hacía.

-¿Se ha hecho daño Deanna? -preguntó Amy desde la puerta.

Deanna y Jay se apartaron de un salto.

-¿Qué?

-No cariño, no me he hecho daño.

-¿Por qué te iba a dar un beso papá para curarte?

Deanna miró a Jay.

-Tú te ocupas de esto, yo voy a empezar a preparar las hamburguesas.

Se sentía abochornada ¿qué habría pasado si él la hubiera besado? ¿y si los hubieran visto las niñas?

El cariño entre familiares era importante, pero Jay y ella no tenían ninguna relación y nunca la tendrían. No quería que nadie se hiciera una idea equivocada.

Pero la decepción que la inundaba era difícil de contener. Habían estado tan cerca, tan maravillosamente cerca. Si Amy se hubiera despertado unos minutos más tarde...

Deanna se preguntaba qué impresión tendría de la cena una persona de fuera. Fue un enorme éxito. Las niñas se mantuvieron junto a su padre contemplando como ponía la carne en la parrilla con total concentración y fascinación.

Deanne no las culpaba, a ella también le hubiera gustado sentarse a contemplar a Jay. Pero hizo una ensalada, reunió las especias y salsas, puso la mesa y llevó las bebidas. El estar ocupada era más práctico y la alejaba de sus sueños tontos.

Después de comer, fueron todos en el coche de Jay a la tienda de helados. No había ninguna máquina en la casa para hacerlos. Deanna se preguntó si podría encontrar una en algún sitio para la próxima vez que se le ocurriera la idea. Sabía que las niñas no podrían mover la manivela cuando el helado empezara a estar sólido, pero les encantaría moverla al principio.

Durante un rato Deanne se permitió imaginar que siempre sería así: Jay hablando con ella y con las niñas, las niñas contentas y excitadas y el corazón de ella lleno de alegría.

Volvieron a casa después de las nueve. Deanna se preguntó si Jay diría algo porque las niñas estuvieran levantadas hasta tan tarde. Era una clara ruptura de la rutina. Pero era verano y habían elaborado otro bello recuerdo. Deanna pensaba que había merecido la pena.

Bañó a las niñas y las acostó. Jay subió entonces a arroparlas. Ella besó a las niñas y se sorprendió cuando él la sujetó por la muñeca para que no se fuera.

-No te vayas aún. No tardo ni un minuto.

El besó a las niñas y salieron juntos de la habitación, lo que hizo pensar a Deanna en sus padres, en una familia, en algo que ella no volvería a tener nunca cuando saliera de la casa de los Masters.

-Tenemos unos asuntos pendientes -dijo él cuando bajaban por las escaleras.

CAPÍTULO 7

UNOS asuntos pendientes? ¡El beso!

-¿Quieres que nos sentemos fuera? -preguntó él inesperadamente.

-Estaría bien -y aún estaría mejor que ella fuera capaz de tener algún pensamiento coherente. Pero su proximidad hacía que todas las células de su cuerpo solo pudieran centrarse en una cosa. El hombro de él rozaba levemente el de ella cuando caminaban, él acortó su paso para adaptarse al de ella. Se sentaron en la mesa en la que habían cenado, ante unos vasos de té con hielo.

-Tenía intención de haber comentado esto contigo antes, pero nos distrajimos con otras cosas -dijo él recostándose en la silla y estirando las piernas. Estuvo callado durante un momento, luego la miró-. Tengo que ir a Washington por negocios la semana próxima. Esta vez por lo menos han avisado y yo me marcharé a una hora razonable.

-Estaremos bien -dijo ella sonriendo.

Ella jugueteó con su vaso, sintiendo el frío del hielo contra sus labios. ¡Lástima que no pudiera enfriar todo su cuerpo!

-Hay algo más -ella dejó el vaso sobre la mesa y lo miró fijamente, sorprendida por su tono de voz.

-¿Qué?

-Tengo que asistir a una fiesta a finales de la semana próxima ¿Irías conmigo? Ya sé que no forma parte de tus obligaciones laborales, pero prefiero ir contigo que con cualquier otra persona.

Ella contuvo el aliento ¿Jay quería llevarla a una fiesta? ¿presentársela a sus amigos y compañeros de trabajo?

-¿Como en una cita?

-Si quieres. Hemos hablado antes de eso, de la amistad, dado que ninguno de los dos busca nada más. Y como los dos sabemos lo que queremos, nadie se puede hacer falsas esperanzas. Parece que siempre que invito a una mujer para que me acompañe a una fiesta de negocios piensa inmediatamente que hay algo más. Generalmente llevo a alguien para no asistir solo.

Ella se alegró de que la oscuridad ocultase su expresión y habló con la esperanza de que su voz sonase normal.

-Probablemente sea un buen plan -no se iba a sentir decepcionada ¿no habían dicho los dos que no querían que creciera nada entre ellos? Los hombres y las mujeres generalmente iban en 'parejas a las fiestas. Si él tenía que asistir a una por asuntos de negocios ella lo acompañaría y estaría complacida de que la hubiera invitado a ella en lugar de a alguien de la oficina-. Encantada de ayudarte ¿es una fiesta muy formal?

-Hay que ir de etiqueta. Si eso es un problema te puedo comprar un traje de noche.

-Tengo vestidos -ella frunció el ceño al mirarlo, deseando poder verlo mejor-. ¿No dará lugar a cotilleos el que vayamos juntos?

-No sé por qué iba a hacerlo. Vivimos en la misma casa, no podemos evitar pasar tiempo juntos y llegar a conocernos. Y ayudarnos el uno al otro si la ocasión lo pide.

-Pero no tener un lío -necesitaba tener muy claro ese punto porque estaba muy confusa en todos los demás.

-Exacto.

-Jay, prácticamente toda la semana has hecho como si no me vieras. ¡Ahora quieres que sea tu pareja para una fiesta! Yo pensé que nos estábamos... conociendo un poco mejor la semana pasada cuando llamabas por teléfono. Luego todo cambió durante el fin de semana. Te da por estar ardiente y luego frío ¿cuánto va a durar esta tregua?

El se quedó callado durante unos momentos. Luego alzó la vista y la miró directamente a los ojos.

-Sabes que no quiero comprometerme. No quiero volver a pasar nunca más por la pérdida de alguien que me importe. No es que no me importes, Deanna. Sí, me importas. Eres bonita y divertida y vital y traes un soplo de aire fresco a esta casa. Me gusta eso.

-Pero no lo bastante para perseguirlo.

-No es eso, es más bien un intento de desterrar los sentimientos inquietantes que tengo cuando tú estás cerca.

Aquello era algo inesperado ¿había entonces atracción entre ambos? Lentamente, ella empezó a sonreír, tenía una mirada divertida.

-¿Y funcionó? -porque si era así ella quería aprender sus técnicas de retirada. El sacudió la cabeza sin dejar de mirarla-. Así que lo siguiente que queda por intentar es que seamos amigos ¿no?

-¿Tienes una idea mejor? -preguntó él con impaciencia.

-No. ¿Tienes la esperanza de que la costumbre dará paso al desprecio? Si es así, estoy dispuesta a ayudarte -impulsivamente se inclinó hacia él, le besó en la mejilla y luego se puso en pie-. Ahora que ya hemos dejado esto claro, me tengo que ir a estudiar. Tengo que terminar un proyecto de arte para el próximo martes. Supone un porcentaje muy alto de mi nota.

-¿Te vas? Pensé que querrías hablar algo más -dijo él poniéndose también de pie.

-Tengo que hacer el trabajo. Necesito esas horas nocturnas, no puedo trabajar en el proyecto mientras las niñas están levantadas ¿no sueles tú traerte trabajo a casa?

Él asintió con la cabeza y se acercó a ella.

-Gracias por tu ayuda -y tras decir esto la tomó en sus brazos y la

besó.

Deanna cerró los ojos sorprendida. Dos segundos más tarde se relajó y se entregó al puro placer, pasó sus brazos alrededor del cuello de él y le devolvió el beso con toda la pasión acumulada que había en ella.

El mundo pareció inclinarse, girar y cubrirlos con un caleidoscopio de colores. Ambos jadeaban cuando se apartaron lentamente. Deanna pasó sus manos por los hombros de él, luego por su pecho y finalmente las apartó.

-Buenas noches -dijo casi sin aliento y se fue corriendo a su habitación. Cerró la puerta y fue hacia la ventana ¿estaría allí todavía? No, solo quedaba la mesa vacía. Sonrió, ¡unos asuntos pendientes!

Tardó unos cuantos minutos en calmarse lo bastante como para ponerse a trabajar.

El viernes Deanna y las niñas siguieron pintando el mural. A Courtney y a Amy les gustaba mucho pintar y hubieran seguido haciéndolo toda la noche, pero Deanna quería dejarlo todo recogido antes de que llegase Jay. Podría haberlo hecho si no hubiera sonado el teléfono. Era Rachael, ella y su marido habían llegado a California y echaba de menos a las niñas.

Courtney y Amy tenían tantas cosas que contar que estuvieron al teléfono más de una hora. Seguían hablando cuando Jay entró en la cocina. Deanna lo miró sintiéndose culpable por el desorden de la entrada ¿qué hora sería?

-Has venido pronto ¿te encuentras mal? -él sacudió la cabeza indicando con un gesto a las niñas que hablaban por teléfono.

-Es Rachael, está en California.

-Ah -besó a las niñas-. ¿Puedo hablar yo con Rachael?

Amy acabó con su historia y casi le dio en la cabeza con el teléfono al pasárselo.

-Es la tía Rachael, se ha mudado.

-Lo sé. Hola Rachael ¿qué tal os ha ido?

Deanna se fue a la entrada dejando a solas a la familia Masters. Tenía unos minutos para retirarlo todo. Había estado con las niñas mientras hablaban por teléfono, pero ahora que Jay había llegado ya no tenía que ser parte de la familia.

Por un momento sintió pena porque ella nunca disfrutaría de una relación de familia, porque nunca tendría hijos o nietos.

A lo mejor se llevaba con ella el mural cuando se marchase, para que le recordase los días felices pasados con Courtney y Amy.

«Ya está bien» se regañó. Sabía que las cosas iban a ser así desde

que era adolescente. Estaba contenta con sus planes para el futuro, las cosas que no se podían cambiar había que aceptarlas y vivir con ellas.

Y mientras tanto ella estaba loca por las niñas de Jay. Eran brillantes, divertidas y deliciosas, y pensó que ella les había llevado algo de lo que carecían, un poco de aventura y diversión. Por no mencionar la valoración del arte.

-Me preguntaba dónde habrías ido -dijo Jay. Se acercó al mural y lo miró con atención-. Va progresando, ya está hecho más de la mitad. Y puedo distinguir la aportación de Amy desde un kilómetro.

-Quería haber recogido todo antes de que llegaras, pero has llegado antes y ellas se lo estaban pasando demasiado bien para dejarlo.

-¿Por miedo a mi reacción? -la miraba divertido.

-Algo así.

-No me lo creo. Algo me dice que hay muy pocas cosas que te den miedo.

-Sigue pensándolo ¿por qué has venido tan pronto?

-Soy el jefe, así que decidí que podía irme si quería -no tenía intención de decirla que la verdadera razón era que estaba impaciente por verla-. ¿Quieres que salgamos esta noche a cenar unas pizzas? -era una comida que le gustaba a Courtney muy especialmente. El era perfectamente consciente que la explicación que le había dado la noche anterior para invitarla a la fiesta de trabajo era muy poco convincente. Estaba contento de que no hubiera preguntado más. Como por ejemplo una explicación para aquella fuerte atracción física-. Me cambiaré y nos vamos.

-No te sientas obligado a incluirme. Si quieres salir con las niñas, hazlo. Yo puedo tomar cualquier cosa -se dirigió a la cocina con las tazas llenas de agua, el trapo y los pinceles.

-Quiero que vayamos todos juntos -por un momento él se preguntó si ella se negaría. Los términos del contrato eran que si él estaba en casa, ella dejaba de estar de servicio. A lo mejor ella prefería no comer con ellos.

-Entonces arreglaré a las niñas. Gracias -ella sonrió tímidamente y desapareció en la cocina.

Jay se quedó en el vestíbulo. Se negaba a analizar los sentimientos que había provocado su sonrisa, quería concentrarse en los aspectos positivos de tenerla con sus hijas, como la pintura que tanto parecía gustarles.

Pero estaba intrigado con ella. Parecía despreocupada y frívola algunas veces, y sin embargo mostraba gran paciencia con sus hijas. Y su cariño era evidente, a pesar del escaso tiempo que llevaba con ellas. No era lo que él había esperado, pero encajaba bien.

Mucho mejor de lo que él había esperado.

Fue hacia su cuarto pensando que él y Deanna podían disfrutar de

una relación profesional que les permitía compartir cosas como salir una noche a cenar pizza. El haría eso con cualquier mujer que cuidase de sus hijas.

¿Y los besos?

La pizzería estaba abarrotada. Los adolescentes charlaban en grupos y las parejas se reían y se llamaban a gritos. Los padres jóvenes corrían tras sus hijos o los enviaban con monedas a la sala de máquinas. Alguna pareja mayor aquí y allá comía tranquilamente contemplando la actividad con fascinación.

El olor era apetitoso, el ruido terrible y el conjunto de una confusión total. Pero a juzgar por las sonrisas de la gente, era perfecto.

Encargaron pizzas y refrescos y Jay encontró una mesa cerca del fondo. En cuanto se sentaron Courtney quiso ir a la sala de vídeo juegos.

-¿Sabe jugar? -pregunto Deanna con sorpresa.

-En realidad no, pero le encanta el de las carreras de coches. Yo la llevaré. Lo siento, se me olvidó comentarte lo mucho que le gustan los juegos.

-No hay problema, Amy y yo cuidaremos la mesa. Pero si llega la pizza antes que vosotros será sálvese quien pueda.

Jay asintió, rozando su hombro cuando él y Courtney se dirigían a la sala de máquinas. Quería hacer más, pero mantenía un férreo control sobre sus impulsos. Sabía mejor que nadie que aquello podía ir demasiado lejos.

Y una vez que se hubieran acostumbrado a estar el uno con el otro probablemente descendería su deseo de pasar con ella todos los momentos en que estaba despierto. Por no mencionar de los otros.

Era difícil hablar con tanto ruido, pero cuando Jay y Courtney volvieron ella les preguntó qué tal les había ido. Courtney lo explicó todo y Jay intervino en un par de ocasiones para aclarar la narración.

Cuando llegó la pizza las niñas empezaron a comer alegremente y a observar a los otros clientes de la pizzería.

-Cuéntame cómo te metiste en el negocio de la seguridad.

-Comencé con la negociación de rehenes. Si puedes evitar que te secuestren no hay que llegar a la negociación, así que empecé a buscar formas para que las personas con alto riesgo pudieran reforzar su seguridad.

-¿Eras policía? Lo digo por la negociación de rehenes.

-FBI.

-Ah.

-Dejé la agencia cuando me casé con Beth. No quería a un agente por marido. A los dos nos gustaba Norfolk así que nos establecimos

aquí. En aquel momento yo podía haber montado mi empresa en cualquier sitio.

-¿No habría más clientes de alta seguridad en cualquier otro sitio? O sea, que no me parece que Norfolk, Virginia sea el lugar más peligroso en el que se pueda vivir.

-No lo es. Es una de las ciudades más seguras de Estados Unidos. Un buen lugar para criar una familia, yo voy a los lugares en los que está el trabajo, pero prefiero vivir aquí.

-¿Así que tu viaje a Washington de la próxima semana es por trabajo?

-Solo para ver a algunos clientes y mantenerme en contacto con los amigos.

-¿Con el FBI?

-Algunos de ellos aconsejan mis servicios y no quiero secar esa fuente. Pero la mayoría de mis clientes vienen aconsejados por otros.

-Y la familia de Latinoamérica, la que liberaste ¿te contratará para su seguridad?

-Ya lo hicieron cuando estuve allí. Tengo un equipo con ellos ahora.

-¿Cuántos empleados tienes?

-¿En el trabajo? Setenta a tiempo completo y otros cincuenta como eventuales cuando hacen falta. Una en casa.

-¿Es suficiente?

-Lo bastante como para que yo pueda controlar lo que pasa y cumplir al mismo tiempo con las necesidades de los clientes. Seguimos creciendo, pero sin prisas. Cada paso debe asentarse en roca firme.

-Planificado y organizado -murmuró ella, recordando la forma en la que él quería que se llevase su casa.

-No hay mucho sitio para la espontaneidad en esto. Pero -alargó la mano y usó el pulgar para limpiar el labio de ella de salsa de tomate-. Puede haber lugar para la espontaneidad en otros aspectos de mi vida.

Ella se echó un poco para atrás porque la inesperada caricia la había desconcertado. Necesitaba ganar perspectiva. Pero a pesar de sus esfuerzos se preguntó si estaba manteniendo la cabeza en su sitio. No llevaba ni tres semanas trabajando para aquel hombre y ya apenas podía recordar su vida anterior. Y le estaba costando mucho trabajo aferrarse a sus planes para el futuro.

Un futuro que no incluiría a un atractivo negociador de rehenes ni a sus dos adorables hijas. Si se sentía así después de tres semanas ¿cómo se iba a sentir cuando hubieran pasado tres años?

Probablemente enamorada hasta los huesos de aquel hombre.

El pensamiento apareció de repente y la sorprendió.

-Disculpa, tengo que... -Deanna se levantó de la silla, deseando irse corriendo del restaurante. Huir. Pero al mirar la expresión

desconcertada de Jay se dio cuenta de que no podía hacerlo-. Voy al cuarto de baño.

Una vez allí se miró en el espejo, buscando alguna clave en la expresión de su rostro que le diera una idea de qué hacer. No podía estar enamorándose de Jay. No había futuro para ninguno de los dos. ,

-El sigue enamorado de Beth -se dijo en voz alta. Y ella no se podía permitir enamorarse. No de alguien que quería más de lo que ella podía darle-. A lo mejor no -se dijo esperanzada. En ese momento entraron dos adolescentes y Deanna abrió el grifo para lavarse las manos. No podía quedarse allí escondida toda la noche.

«Voy a salir y a comportarme con normalidad. En cuanto lleguemos a casa tengo muchas cosas en las que pensar ¿Puedo quedarme? ¿0 sería mejor que me fuera ahora que aún estoy a tiempo?» se dijo a sí misma.

Aunque ella creía que ya era demasiado tarde, que marchándose no borraría la imagen de él de su mente ni cambiaría los sentimientos que surgían en ella cada vez que pensaba en él. Y si se marchaba no podría continuar con sus planes de graduarse antes de cumplir los veintiocho.

Volvió lentamente a la mesa, pensando en las docenas de dibujos que había hecho de Jay desde que lo conocía. Puede que fuera simplemente el hecho de vivir con un hombre atractivo lo que hacía que tuviera esas fantasías, a lo mejor le habría pasado con cualquier otro.

Pero al verlo sentado en la mesa sintió ganas de apresurarse. No quería perder ni un segundo de tiempo de estar con él. Jay la miró con preocupación cuando se sentó de nuevo.

-¿Va todo bien?

Ella asintió. Podría superar aquello y algún día recordarlo con nostalgia. No había nada que la impidiera mantener el contacto con las niñas cuando ya se hubiera ido. Verlas de vez en cuando. Enterarse de qué hacía su padre.

-¿Has comido bastante? -preguntó Jay.

-Sí, estaba buena. No queda mucho, parece que te ha gustado.

-Hacía mucho que no salíamos a tomar pizza. Rachael a veces encargaba una para que la llevasen a casa -ella miró hacia las niñas porque le daba miedo mirarlo a él ahora que sabía cuáles eran sus sentimientos-. ¿Tienes planes para el fin de semana? -preguntó él después de un momento.

-Puede que mañana vaya a la playa.

-Yo quiero ir. Dijiste que nos ibas a llevar ¿podemos ir nosotras también? -dijo Courtney.

-Mañana es el día libre de Deanna. No os cuida en su día libre -dijo Jay.

-¿Por qué no venís? Podíamos llevarnos la comida, alquilar una sombrilla y pasar así el día. Estoy segura de que a las niñas les gustará jugar en el agua y hacer castillos de arena -sugirió Deanna. Y a ella le encantaría ver a Jay en bañador. Y pasar unas horas con él.

El no se negó inmediatamente, pero sabía que lo haría ¿Porqué no se tiraba directamente a los pies de el? Pensó disgustada consigo misma.

-¿Podemos, papá? -Courtney casi saltaba en su silla por la emoción-. Hace mucho que no vamos a la playa.

-Yo quiero ir -dijo Amy apuntándose al entusiasmo de su hermana.

-Mañana no -dijo Jay por fin-. Tengo cosas que hacer para preparar mi viaje de la próxima semana. Había pensado llevarme trabajo a casa este fin de semana.

-Puedo llevármelas si quieres -dijo Deanna. La decepción parecía ser una constante con él. Sonrió a las niñas-. Me las llevaré mañana y así podrás trabajar todo lo que quieras.

-No puedo pedirte que hagas eso en tu día libre.

-No lo has hecho. Me ofrecí yo. Creo que será divertido. Te haré saber dónde estamos por si acabas pronto y quieres unirte a nosotras.

El sábado parecía ser eterno. Jay organizó todas las cosas que necesitaba para su próximo viaje. Luego vagó por la casa, sintiendo que estaba vacía.

Había sabido la noche anterior que no se atrevería a unirse a Deanna y las niñas en la playa. Necesitaba mantener la distancia para sentirse seguro. Y ver a Deanna en traje de baño era una forma garantizada de olvidarlo todo acerca de las distancias. Pero el día parecía largo y vacío sin ellas.

Al mirar los dibujos que Deanna había esparcido por todas las habitaciones se sorprendió de lo distinta que parecía la casa. Muy distinta del escaparate inmaculado que había mantenido Beth ¿Hubiera colgado ella las obras de Courtney? ¿Las habría exhibido orgullosa para que su hija se sintiera que las valoraba?

Tomó una muñeca y la puso en el sofá, sentándose a su lado. Cerró los ojos y se echó hacia atrás. Ahora le era difícil recordar cómo era Beth, cada vez que intentaba recordarla aparecía la cara de Deanna ante él y su risa resonaba en sus oídos.

Ella era vital y alegre y tenía un entusiasmo por vivir que resultaba contagioso. Se preguntó cómo serían sus cuadros y si estaba realmente resignada a seguir la ruta del arte comercial o si secretamente deseaba pintar por el puro placer de hacerlo.

Se levantó y fue hacia el cuarto de estar. Deanna había dejado la puerta abierta. No era cotillear si no entraba en la habitación. Se

quedó en el umbral estudiando los cambios que ella había hecho.

Había dos pares de pantalones cortos sobre la cama ¿había estado intentando decidir cuáles se pondría? Había un gran lienzo sobre un caballete, orientado hacia la ventana para que le diera más luz. Tenía curiosidad por ver en qué estaba trabajando, pero había un límite en cuanto a invadir su espacio. Sobre la cómoda había un cuaderno de apuntes abierto. No podía ver bien la figura que había dibujado, parecía un vikingo ¿sería para su proyecto?

Se apoyó en el quicio de la puerta oliendo el perfume de Deanna. Miró los frascos que había sobre la cómoda preguntándose qué perfume usaría.

De pronto se preguntó si no había sido un tonto al desaprovechar la oportunidad de pasar el día con ella. De verla riendo con sus hijas, corriendo por la playa y haciendo castillos fantásticos junto al borde del agua.

Pero lo que más echaba de menos era la oportunidad de verla en traje de baño, con la piel brillante por el agua y el pelo mojado.

La próxima vez iría. Podía controlar la atracción que parecía haber entre ellos. Ella no había hecho nunca nada inadecuado en presencia de las niñas. Un día en la playa habría sido divertido.

Era más de media tarde cuando volvieron. Jay salió de su estudio cuando las niñas entraron corriendo en la casa, venían sonrosadas y dejando un reguero de arena a su paso.

-Subid corriendo que lo primero que hay que hacer es darse un baño -estaba diciendo Deanna mientras maniobraba para entrar con un balón de playa, dos toallas empapadas y una bolsa. Ella también estaba sonrosada. Llevaba un pantalón corto y una camiseta que la cubrían, pero las manchas de humedad le hicieron darse cuenta de que se lo había puesto encima del bañador mojado.

-Hola, papá -Courtney fue hacia Jay-. Lo hemos pasado en la playa fenomenal. Hemos hecho un castillo de gigantes y Amy persiguió a los cangrejos. Y luego Deanna dijo que nos traíamos encima la mitad de la playa, pero no era verdad porque era una playa muy grande.

-Yo casi pesqué un cangrejo, pero se metió en el agujero -dijo Amy corriendo para adelantar a Courtney.

Jay podía ver el brillo de la arena en sus brazos y piernas. Se podía imaginar cómo debía estar la ranchera de Deanna.

-Parece haber sido un día perfecto.

-Sí. Debías haber venido, nos hubieras podido ayudar con el castillo. Arriba niñas, es hora de darse un baño antes de la cena -dijo Deanna.

Subieron las escaleras haciendo tanto ruido como si fueran un pequeño rebaño de elefantes. Las observó hasta que desaparecieron de su vista. Luego se volvió para mirar a Deanna.

-No sé muy bien cómo tratar a mis hijas. Creo que quizá lo hubiera hecho mejor con hijos.

CAPÍTULO 8

HIJOS! ¿Qué les pasaba a los hombres? Había oído aquello toda su vida, primero a su padre, luego a sus tías, Judy y Pete, y después Jay. Dándose la vuelta Deanna empezó a subir las escaleras, ella quería a aquellas niñas, y sabía que Jay también. ¡Y sin embargo él pensaba que se relacionaría mejor con chicos! Si pasara más tiempo con ellas se relacionaría estupendamente. Estaban avanzando mucho en las cenas, él hacía preguntas y Courtney y Amy se abrían a él y le contaban los que habían hecho durante el día. Y él parecía disfrutar con ello.

Se le cayó el alma a los pies. Su tía tenía razón, si él se volvía a casar alguna vez querría hijos que llevaran su apellido. Hijos con los que relacionarse.

-¿Deanna?

-Tengo que bañar a las niñas.

-Baja cuando acabes.

Ella asintió, pero no tenía ninguna intención de pasar ni un momento con aquel hombre excepto aquellos a los que estaba obligada. A pesar de sus esfuerzos había estado fantaseando acerca de tener una relación con él. Se estaba enamorando y no había ningún futuro. Incluso si él superaba la pérdida de Beth ella no podría casarse con él sabiendo que nunca podría darle los hijos que deseaba.

Tenía que guardar las distancias y superar aquel... capricho tan pronto como fuera capaz.

Los exámenes finales eran la semana siguiente. Dedicaría todas sus energías a estudiar, a terminar su proyecto y a centrarse en el trabajo del curso. A lo mejor podía asistir a alguna clase aquel verano, para acelerar el proceso.

Deanna preparó una cena rápida, bocadillos y ensalada. Las niñas le contaron a su padre cómo había sido el día en la playa, riendo e interrumpiéndose la una a la otra. Jay escuchaba, contemplándolas desconcertado. Dos veces miró a Deanne para que se lo explicara.

Cosa que probablemente no hubiera tenido que hacer si fueran chicos, rezongó ella para sí mientras compartía sin ganas las explicaciones de lo que habían hecho en la playa.

-Debería haber ido. Parece que lo habéis pasado muy bien.

-Sí, deberías haberlo hecho. Creo que las niñas habrían disfrutado más. Y no puedes estar traba¡ando todo el tiempo.

-La próxima vez que vayas iré yo también.

Deanna desvió la mirada. No volvería a unirse a ninguna actividad familiar. Su comentario la había hecho ver claro que lo mejor que podía hacer era centrar su atención donde sí tenía futuro y no en inútiles esfuerzos con Jay Masters.

Pero no dijo nada, se limitó a sonreír cortésmente. Antes de que hubiera acabado la cena Courtney preguntó si Jay quería ver con ellas una película antes de que se fueran a la cama.

-¿Qué película?

-¿Podemos alquilar una?

-Creo que sí -miró hacia Deanna-. ¿Alguna sugerencia?

-El vídeo club tiene una sección dedicada a las películas infantiles. Llévatelas y que elijan ellas -dijo empezando a retirar las cosas de la mesa.

-¿Vendrás con nosotros?

-Estoy cansada, creo que me acostaré pronto.

Jay y las niñas se fueron mientras ella estaba limpiando la cocina y cuando volvieron ella ya estaba en su cuarto con la puerta cerrada. Naturalmente el vídeo y la televisión estaban en el cuarto de estar, al otro lado de su puerta. Podía oír las voces de las niñas, la de Jay y el murmullo de la televisión. Se preguntó qué película habrían alquilado. Se le hizo la boca agua con el olor de las palomitas. Había cenado bien, pero había algo en el olor de las palomitas que siempre la tentaba.

Se fue a la mesa a trabajar en su proyecto, estaba ya casi terminado y no le llevó mucho tiempo dar los toques finales.

Complacida con su trabajo lo enrolló y lo metió en un tubo para protegerlo. La televisión seguía sonando ¿estarían los tres sentados juntos en el sofá? ¿o se habría sentado Jay en un sillón dejándoles el sofá a las niñas?

Empezó a hacer un dibujo de Jay y las niñas sentados en el sofá. Una vez terminado lo contempló satisfecha y empezó a hacer otro. Era ya tarde cuando dejó a un lado el cuaderno de dibujo y se estiró.

Estaba completamente despierta, pero era más de medianoche. No se oía ningún ruido, todos estaban en la cama desde hacía horas. Se sentía cansada después de haber dibujado durante horas. Y todo ese trabajo era solo para verlo ella, no compartiría con nadie sus bocetos de Jay Masters.

A lo mejor un día, en un futuro lejano, hacía una exposición en una galería y podría enmarcar algunos de los dibujos. Decidió ir a dar un paseo por el jardín, a lo mejor el aire fresco de la noche le despejaba la cabeza y luego intentaría dormir. Aunque debería estar agotada se sentía llena de energía.

Salió al jardín. Los árboles impedían una vista panorámica, pero lo que veía la llenaba de paz. No había luna, pero el cielo estaba

salpicado de millones de puntos de luz. Era un noche perfumada, con un leve soplo de brisa. Paseó por el jardín hasta que sintió frío y pensó en irse a la cama.

Tropezó en un juguete de las niñas y estuvo a punto de caerse. Lo dejó a un lado y se dirigió a la casa. Se detuvo un momento en la puerta para mirar otra vez las estrellas. A lo mejor podía llevarse a las niñas a la playa una noche para que vieran el cielo negro como el terciopelo y salpicado de estrellas.

Se dio la vuelta para entrar cuando alguien la sujetó por detrás.

-Muy bien ¿qué estabas haciendo por aquí? -dijo Jay con voz dura.

-Jay, soy yo, Deanna, vivo aquí -él ha hizo dar la vuelta, sujetándola fuertemente por los brazos. Ella alargó su mano, pero al tocar piel desnuda, la retiró inmediatamente, como si quemara. Intentó verlo en la oscuridad.

-¿Deanna? ¿Qué hacías fuera a estas horas?

-No podía dormir. Pensé que me sentaría bien un poco de aire fresco, ¿es un delito?

-No, claro que no. Oí algo, bajé las escaleras y encontré la puerta abierta. Sé que la había cerrado antes de subir. Cuando te vi entrar pensé... no importa.

-¿Que era un ladrón? -estuvo a punto de reírse-. Por lo menos ya sé que estamos seguras cuando estás en casa. Debes tener el sueño ligero.

-No estaba dormido.

-Oh.

Ella era consciente de que él seguía sujetándola, pero ya no era en forma de captura sino casi de ¿caricia? Sentía el calor de su cuerpo y extendió la mano para tocar su pecho desnudo. La piel estaba caliente y los músculos duros al tacto. Abrió la mano y apretó la palma contra él, acercándose más. Su corazón se desbocó.

-No quería preocuparte -dijo ella con suavidad.

-¿Por qué estás levantada todavía?

-Trabajé en mi proyecto, lo terminé, y luego dibujé un poco. Cuando me di cuenta de lo tarde que era lo dejé, pero necesitaba estirar las piernas, así que salí a tomar un poco el aire. Ahora tengo que irme a la cama -y alejarse de las tentaciones. Pero sus pies se negaron a moverse.

-Trabajas demasiado. Deberías haberte acostado pronto, como dijiste.

-¿Eso lo dice un hombre que se ha pasado todo el sábado trabajando?

-Costumbre.

-¿Costumbre?

-Cuando murió Beth al principio usaba el trabajo como un medio para olvidar. Para mantener ocupada mi mente y no pensar en ella.

Ahora es solo un hábito.

-Tienes que pasar más tiempo con tus hijas. Espera -dijo antes de que él pudiera responder-. Antes dijiste que no te podías relacionar bien con ellas, pero eso no tiene nada que ver con que sean niñas ¿sabes? Tienes que pasar tiempo con ellas, descubrir qué es lo que les gusta. Enseñarlas cosas que ellas quieran aprender. Pueden jugar a la pelota o aprender a nadar, o lo que te parezca adecuado.

-Son tan pequeñas. Me da miedo de que se hagan daño.

-No se romperán si tienes un poco de sentido común. Corre con ellas, ríete, juega. Pero sobre todo pasa tiempo con ellas -las manos de él subieron de sus brazos a sus hombros y luego a su cabeza, acariciándola el pelo, soltando el prendedor que lo mantenía retirado y tocando sus rizos como si fueran de seda-. Jay -ella volvía a tener problemas para respirar ¿tenía él idea de lo que le pasaba cuando la tocaba?

-Tienes que enseñarme a hacerlo, Deanna.

-¿Cómo? -ella estaba confusa ¿de qué estaba hablando él?

-Enseñarme a ser un buen padre -dijo rozando sus labios con los de ella-. Pasar tiempo con nosotros para que yo sepa que lo estoy haciendo bien -volvió a besarla en los labios y luego siguió la línea de su mandíbula con breves besos ardientes.

Estaba perdida. Su sentido común se desvaneció. Se acercó más a él y cerró los ojos cuando él se apoderó de su boca con un beso abrasador. Ella le devolvió beso por beso. Cuando su lengua rozó sus labios ella los abrió, temblando de deleite. Se apretó contra su pecho, deseando que aquel momento no acabase nunca. Él hizo más profundo su beso, transportándola más allá de las estrellas.

De pronto le volvió la cordura.

-No te apartes, Deanna -murmuró él, besando de nuevo su frente, sus mejillas, sus ojos.

-No podemos hacer esto -dijo ella sin aliento, apoyando su frente en la barbilla de él, deseando ser capaz de superar sus inhibiciones y dejarse ir.

Soltó sus manos, que de alguna forma se habían instalado solas tras el cuello de él y las bajó lentamente y luego las usó para apartar aquel pecho duro como una roca. Él la soltó instantáneamente.

-¿Quieres que te pida disculpas?

-No. Nada de eso -las rodillas se negaban a sujetarla.

-¿Entonces?

Ella deseó que la luz hubiera estado encendida para poder verlo. Pero entonces él la vería a ella ¿sospecharía él cómo la habían afectado sus besos?

-Esto no puede ir a ninguna parte.

-No lo hará -su tono era ligero.

-Entonces no hay por qué tentar al destino ¿no?

-¿Y le estamos tentando?

-Podría ser -dijo lentamente-. Tengo que irme a la cama. Mañana voy a ver a mis tías.

-¿Huyendo?

Ella se fue corriendo hacia su cuarto, como si él la estuviera persiguiendo. Cosa que nunca haría, por supuesto, excepto en sus fantasías.

Se apoyó contra la puerta reviviendo el beso. Poderoso y erótico, todavía podía sentir las sensaciones que la habían convertido por dentro en un flan.

Se apresuró a acostarse, decidida a apartar los últimos minutos de su mente y dormirse. Quería ver a sus tías. Puede que comentarr con ellas el problema que tenía.

¿Cómo podía estar enamorándose de un hombre que no quería ningún compromiso y que si alguna vez se volvía a casar querría más hijos, especialmente varones?

Pero el sueño no vino con rapidez. Deanna se quedó despierta mucho tiempo, mirando fijamente a la oscuridad y tratando de no sentir ese dolor en su corazón.

El domingo Deanna pasó el día con sus tías, pero decidió no hablarlas de Jay. Ya sabía lo que le iban a decir ¿no tenía planeado su futuro? Era mejor seguir con aquello que arriesgarse a sufrir al enamorarse sin poder casarse.

Estuvo fuera hasta que tuvo la seguridad de que las niñas estarían ya acostadas. Entró en la casa sin hacer ruido y se fue directamente a su cuarto sin ver a nadie. Oyó a Jay, pero no lo llamó. Afortunadamente él no estaba en el cuarto de estar.

El lunes por la mañana pospuso el momento de ir a la cocina hasta que oyó a Courtney llamándola. Cuando entró la niña estaba subida a la encimera tratando de sacar una caja de cereales de uno de los armarios.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Deanna tomándola por la cintura y dejándola en el suelo.

-Tenía hambre y tú no estabas ¿te has dormido?

-Un poco ¿dónde está Amy?

-Está mirando cómo se viste papá -Deanna sacó un tazón y fue a la nevera a buscar leche fría. A ella no le habría importado mirar cómo se vestía el papá de las niñas. 0 cómo se desnudaba-. Se va otra vez.

-Lo sé, pero son solo unos días. Amy y tú podéis. pintar el mural y puede que lo acabéis antes de que vuelva a casa.

Jay entró en la cocina llevando en brazos a Amy en el momento en

que sonó el timbre de la puerta.

-Vienen a buscarme. Dejo aquí el coche -dejó a Amy en su silla y la dio un beso. Otro a Courtney y luego se enderezó y miró directamente a Deanna. Ella se dio cuenta de que él quería darle también a ella un beso de despedida y dio un paso atrás-. Volveré el miércoles -saludó con la cabeza y se fue.

Deanna se quedó inmóvil oyendo cómo saludaba a alguien y luego cerraba la puerta tras él.

-¿Puedo comer? -preguntó Amy mirando a Deanna.

El no podía besarla delante de las niñas, pensaba ella mientras preparaba el desayuno de Amy. Pero había querido hacerlo, lo sabía. Y aquella vez ella no lo habría apartado.

A las nueve de la noche Deanna supo que Jay no llamaría. No había dicho que fuera a hacerlo, pero ella recordaba sus llamadas diarias desde Latinoamérica. Había pensado que él haría lo mismo desde Washington.

Se fue a su cuarto a estudiar. Al día siguiente tenía el primero de los exámenes finales y estaba decidida a aprobarlo. Naturalmente el proyecto suponía un alto porcentaje de la nota, pero también habría una prueba escrita.

Desgraciadamente no se podía concentrar. Se preguntaba qué estaría haciendo Jay ¿habría llevado a sus clientes a cenar? ¿o había salido con amigos para divertirse y relajarse?

¿Habría alguna mujer que él conociera desde hacía tiempo y que también hubiera conocido a Beth? ¿Alguien con quien pudiera hablar, una vieja amiga?

Era incapaz de prestar atención a las palabras, que bailaban delante de ella. El teléfono sonó. Corrió a la cocina y lo levantó antes del tercer timbrazo.

-¿Hola?

-¿Deanna?

-Sí.

-¿Están acostadas las niñas?

-Sí -hubo un pequeño silencio.

-¿Estás bien?

-Sí.

-Aunque no estás tan charlatana como siempre.

-Quizá sea mejor, así no te pongo la cabeza como un bombo.

-No me importaría -Deanna se preguntó qué querría decir.

-¿Va todo bien por allí?

-Más o menos como esperaba.

-Pensé que habrías salido a cenar.

-Lo hice. Terminamos hace un rato. Por eso he llamado tarde.

-No sabía si ibas a llamar.

-¿Querías que lo hiciera? -ella contuvo el aliento ¿se atrevería a admitirlo?

-Sí, sí quería -dijo con firmeza. Él se rio con suavidad.

-¿Por qué? Después de lo de ayer casi esperaba que dejaras que respondiera el contestador.

-Ayer era mi día libre.

-¿Y por eso tenías que entrar a hurtadillas anoche?

-No entré a hurtadillas... exactamente.

-Solo supe que estabas en casa porque vi tu coche aparcado -prudentemente, Deanna se quedó callada. Ella le había evitado el día anterior, pero el tenía que saber por qué-. ¿Dee? Háblame.

-¿De qué?

-De cualquier cosa.

Apretando el auricular decidió hacer la pregunta que había estado atormentándola desde que llegó.

-¿Por qué no hay fotos de Beth para que las vean las niñas? -oyó cómo él respiraba hondo y se preguntó si no había ido demasiado lejos. Pero él había dicho que podía hablar de cualquier cosa.

-Las retiré todas cuando murió.

-Hace tres años de eso. Creo que a Courtney le gustaría ver una foto de su madre. Preguntó cuando vio la que yo tengo de la mía en la cómoda. Ella no la recuerda, creo.

-Eso no es verdad.

-Jay, tú no hablas de ella, no hay fotos ¿Cómo puede recordar una niña pequeña cuando no hay nada que refresque su memoria? Y Amy nunca tuvo nada que recordar -él estaba callado. Deanna se preguntó qué más podía decir ¿Le había hecho enfadarse? ¿Entristecerse?-. ¿Jay?

-¿Qué?

-Cuéntame algo más de Beth.

-Como tú misma has dicho, está muerta.

-Pero no olvidada. Era una parte importante de tu vida y de la de tus hijas. Quiero saber más de ella.

-¿Por qué? -para saber con qué estaba luchando, fue su primer pensamiento, pero lo apartó.

-Para ayudar a las niñas, naturalmente.

-Escucha, Deanna, si de verdad quieres saber más cosas de ella te las contaré cuando vuelva a casa.

-No, da lo mismo ¿cuándo vuelves?

-El miércoles por la tarde. Te llamaré mañana. Escuchó cómo colgaba él y lentamente colgó también ella. No debía de haber sacado el tema de conversación de Beth. Sabía que iba a oír el tono de amor

en su voz cuando hablase de ella. ¿Alguna vez percibiría ella ese amor cuando alguien hablase de ella?

Jay colgó el teléfono y se levantó de la cama del hotel y fue hacia la ventana. Washington brillaba en la noche, la cúpula del Capitolio estaba iluminada para que todo el mundo la viera. Apoyó la frente en el cristal y la vista que había ante él se fue difuminando mientras intentaba recordar a Beth.

Cada día le resultaba más difícil. Lentamente tuvo que admitir que eso le pasaba desde que había entrevistado a una rubia alta de piernas muy largas.

CAPÍTULO 9

CUANDO sonó el teléfono el martes por la noche, Deanna no lo descolgó, dejó que lo hiciera el contestador automático. -¿Deanna? Soy Jay. Por favor si estas ahí ponte.

Apretó los puños y se negó a descolgar. Tenía que guardar las distancias, había pensado mucho en ello y por fin empezaba a hacerlo.

-Estoy en el Willard de Washington. Llámame.

Dijo el número y colgó. Luego volvió a oír el mensaje por el placer de oír su voz y se fue a estudiar a su cuarto. No se dejaría arrastrar más por su pasión, tenía que mantener las distancias y lograr un poco de perspectiva.

Una hora más tarde el teléfono volvió a sonar. Tampoco contestó esta vez. Había empezado a estudiar para otro examen, conocía la materia y no estaba preocupada, pero no le vendría mal un repaso. Intentó concentrarse, pero oía el murmullo de la voz de Jay en el contestador.

Unos minutos más tarde sonó la puerta de la calle. Sorprendida, Deanna miró el reloj. Era más tarde de las diez ¿Quién podría ser a esas horas?

Fue a la puerta y miró a través del panel de cristal. Había una pareja en el porche. Los conocía de vista, vivían en la misma calle. Abrió la puerta.

-¿Si?

-¿Es usted Deanna Stephens? -preguntó la mujer.

-Sí.

-Jay Masters ha estado intentando hablar con usted- toda la noche -le tendió un papel-. Este es su número de teléfono. Quiere que lo llame. Pensó que podía haber pasado algo, ya que no respondía a sus llamadas.

Deanna tomó el papel sintiéndose culpable. Naturalmente Jay se habría preocupado al ver que no contestaba. Sabía que tenían que estar en casa. Si no lo llamaba, se preocuparía más.

-Ahora mismo lo llamo.

-Compruebe antes que no le pasa nada al teléfono. Esperaremos. Puede que haya alguna avería y por eso no ha podido hablar.

-Estoy segura de que está bien. Si no puedo hablar con él los avisaré. Viven en la casa amarilla ¿verdad?

-Sí, somos Susan y Bill Peters. Hace varias semanas que la veo, pero no había tenido oportunidad de acercarme. Bienvenida al barrio.

-Gracias. Llamaré a Jay ahora. Gracias por haber venido.

La pareja se fue y Deanna cerró la puerta. Menuda idiota había

sido. Seguro que Jay estaba preocupado por sus hijas. Fue a la cocina y marcó el número.

-Masters.

-Hola Jay, soy Deanna.

-¿Va todo bien? He intentado hablar contigo varias veces, pero siempre salía el contestador.

-Todo está bien. Yo estaba... estudiando. Tengo exámenes finales esta semana. Mañana tengo uno.

-No puede ser que estés tan ocupada como para no poder levantar el teléfono y decirme que no puedes hablar -ella se quedó callada. Debería haber hecho eso.

-No quería preocuparte. Lo siento.

-¿Qué te pasa, Deanna?

No se lo podía contar. Lo último que él quería oír era que la niñera de sus hijas se estaba enamorando de él y que tenía que proteger su corazón de la única forma que conocía. Y sin embargo ¿había otra forma de que dejara de presionarla?

-¿Dee?

-No puedo hablar, Jay. De verdad que tengo que estudiar. Todas estamos bien. Las niñas se fueron a la cama a su hora y pasamos un buen día. El mural está casi acabado, pero ahora tengo que irme. Buenas noches.

-Espera ¿a qué hora es tu examen final de mañana?

-A las diez.

-Bien. Para las tres habrás acabado ¿no?

-Acabaré antes de mediodía.

-¿Puedes ir a recogerme al aeropuerto? Llegaré en el vuelo de las tres en punto. Larry se queda aquí hasta el viernes así que necesito que alguien me lleve a casa.

-Vale, estaremos allí. Tengo que irme. -Buenas noches, Dee.

Colgó el teléfono. Su corazón estaba desbocado. Dee sonaba muy íntimo viniendo de Jay. El estaría en casa al día siguiente. Y entonces ¿qué?

Deanna y las niñas llegaron pronto al aeropuerto. Fueron hasta la sala y se sentaron a esperar el vuelo. Amy y Courtney estaban entusiasmadas con los aviones y los miraban despegar y aterrizar sorprendidas.

Cuando llegó el vuelo de Jay, Deanna se puso en pie y fue a un lugar donde él pudiera verlas al salir. Había otras personas esperando. Por fin salió Jay.

-Hola, papá -lo llamó Courtney.

¡Papá! ¿viniste en avión? -preguntó Amy.

El se agachó a besar a las niñas, dándolas un abrazo. Luego se enderezó y miró a Deanna, después, con los ojos brillantes, la tomó en sus brazos y la besó en la boca.

Sorprendida se dejó hacer, disfrutando del contacto, del latir de su corazón y del sentimiento de locura y romanticismo. El la soltó y esperó.

Deanna lo miró confusa y luego se sintió invadida por la tristeza. No podía quedarse. No podía formar parte de su familia queriéndolo como lo quería. Tenía que marcharse.

El se pondría furioso. Ella le había prometido tres años. Pero si le explicaba la razón tendría que dejarla marchar. De hecho, si él sospechase que ella lo amaba probablemente la despediría para evitarla el problema de tener que marcharse.

El la tomó por la barbilla y volvió a besarla en los labios.

-Os he echado de menos, a ti y a las niñas -ella intentó sonreír pero no le salió muy bien.

-Nosotras también te hemos echado de menos ¿acabaste con tus asuntos?

El se echó a andar tomando a Courtney de la mano. Deanna llevaba a Amy. Por un momento sintió que eran una familia. Lo deseaba tanto que casi le dolía. Iba a ser muy duro dejarlos.

-Todo ha ido bien. Mejor de lo que esperaba. Por eso se ha quedado Larry, él terminará con los detalles y volverá para el fin de semana ¿Qué habéis hecho las tres? ¿Qué tal te ha ido el examen?

-Creo que bien. Tengo el último el viernes por la mañana.

-Así que estarás libre y lista para la fiesta el viernes por la noche ¿no?

-¿El viernes?

-La fiesta de los Andrew. Te lo pedí hace tiempo ¿recuerdas?

Se le había olvidado completamente. No podía ir ¿o sí? Sería la última noche juntos, un recuerdo para siempre.

-Si me acuerdo ¿a qué hora es?

-Nos iremos a eso de las siete y media. Dado que se te olvidó me imagino que no buscaste canguro ¿no?

-No.

-Jarcie Sue Morton se quedaba con las niñas si teníamos que salir Rachael y yo. Está en el cuaderno de direcciones en el cajón que hay debajo del teléfono. Mira a ver si puede venir.

-No hay mucho tiempo. Si no puede se lo puedo pedir a mis tías. Tendrían que quedarse a dormir, hay toque de queda en su residencia. No pueden salir hasta tarde. Normas estúpidas, si quieres saber mi opinión.

Jay asintió divertido.

-Gracias por venir a buscarme.

-A las niñas les ha gustado mucho mirar los aviones. A lo mejor volvemos otro día solo para verlos.

Al llegar el fin de semana Deanna pensaba que se había imaginado ella el beso del aeropuerto. Jay no había hecho nada desde que volvió que pudiera hacerla pensar que recordaba haberla besado. El jueves había vuelto pronto a casa y había pasado tiempo con las niñas antes de la cena. Cuando las niñas se acostaron él se fue a su despacho.

Deanna no podía quejarse porque eso le daba tiempo para estudiar. Aunque no se podía concentrar, si él iba a la cocina ella iba a buscar un vaso de agua. Si él veía la televisión ella podía verle por la puerta abierta. Pero él no se acercó a ella.

El viernes terminó sus exámenes, recogió a las niñas de la guardería y se dirigió al centro comercial a buscar un vestido para la noche.

Quería un modelo perfecto. Uno que permaneciera en el recuerdo de Jay mucho después de que ella se hubiera ido. También quería algo que le diera valor para decirle que se marchaba. Iría a la fiesta, se divertiría todo lo que pudiera, y se lo diría cuando volvieran a casa.

Claro que no podría irse inmediatamente. Le daría unas cuantas semanas para que encontrase a alguien. Pero cuanto antes empezara mejor y ella tendría también que buscar otro trabajo.

Por un momento le surgió la duda ¿Tenía que marcharse? ¿Podría vencer lo que. sentía por Jay sin tener que irse?

Ella no creía que fuera a superar el haberse enamorado. Nunca había querido un hombre para compartir con él su vida. Sabiendo que no podía tener niños se había resignado a vivir sola. No había cambiado nada por haberse enamorado.

¡Se lo diría esa misma noche!

-Estás muy guapa, Dee -dijo Courtney con una sonrisa.

-Gracias, cariño. Estoy contenta de que te guste -Dee se miró al espejo. Estaba guapa. El vestido era perfecto, de un color rosa oscuro, suave y femenino pero muy sexy. Era corto, dejando ver sus largas piernas moldeadas por los altos tacones. Jay era lo bastante alto como para que pudiera llevarlos y él no quedar a su altura.

Se hizo un complicado peinado que la dejaba el cuello desnudo y mostraba sus pendientes de plata.

-Yo también estoy guapa -dijo Amy mirando el maquillaje que le había puesto Deanna. Las dos niñas habían querido pintarse. Se habían puesto tanta sombra y barra de labios que casi parecían payasos, pero las dos pensaban que estaban perfectas.

Se preguntó qué diría Jay. A lo mejor debía avisarlo para que les dijera un cumplido.

-¿Estás lista? -era la hora. Había oído llegar a Jay con la canguro hacía unos minutos.

Entraron en el cuarto de estar. Jamie Sue saludó a las niñas que corrieron hacia ella para enseñarla el maquillaje.

Jay miró a Deanna de arriba abajo. Ella se ruborizó. Deseó que hubieran estado solos ¿la habría besado él si hubiera sido así?

-Estás muy guapa -dijo él con suavidad.

-¿Y yo, papá? -dijo Amy moviendo mucho las pestañas. Antes de que Jay pudiera decir nada, Deanna se acercó a él y le tocó el brazo.

-Las niñas decidieron arreglarse conmigo, están guapísimas ¿verdad?

-Ten confianza en mí -murmuró él. Se agachó hasta la altura de Amy y estudió su cara con gran seriedad, luego sonrió-. Estás preciosa, cariño. Muy arreglada.

-Sí. Y Courtney y yo nos vamos a volver a arreglar. La próxima vez llevaremos vestidos bonitos, como Dee.

-Estoy deseando verlo.

-¿Podemos ir a bailar? -preguntó Courtney.

-Un día, cuando hayáis crecido un poco -se enderezó y miró a Jamie Sue-. ¿Alguna pregunta?

-No señor. Todo irá bien, siempre son buenas. Que se diviertan.

Los Andrew tenían una casa de campo en Ghent. El aparcamiento estaba difícil y habían contratado servicio de aparcacoches, así que Jay condujo hasta la puerta y entregó las llaves a un joven. La terraza que rodeaba la casa estaba atestada de invitados. Camareros uniformados iban de acá para allá con bebidas y canapés.

Jay y Deanna entraron en la casa y saludaron a los anfitriones. Luego se mezclaron con el resto de los invitados.

-¿Has venido por diversión o por negocios? -preguntó Deanna al ver que parecía buscar a alguien entre la multitud.

-Negocios. Las grandes fiestas no son precisamente mi idea de diversión.

-¿Por qué no?

-Prefiero las hamburguesas en el jardín trasero o ver la televisión con mis hijas.

-Lo hubieras pasado bien en la playa el pasado fin de semana.

-Ya te he dicho que la próxima vez iré.

Por un momento Deanna estuvo a punto de olvidar que no habría próxima vez para ella. Sonrió y miró a otro lado. Cambió de idea, no iba a estropear la noche diciéndole que se iba. Ya tendría tiempo a la

mañana siguiente.

-¿Proporciona seguridad tu empresa a los domicilios privados o solo a oficinas y edificios públicos?

-Las dos cosas. Y los Andrew son clientes desde hace años. Fueron uno de mis primeros domicilios privados. Te gustará Cissy Andrew si tienes oportunidad de hablar con ella. Te dejará la cabeza como un bombo, pero es graciosa y muy amable. Ah, aquí está la persona que quería ver -le puso la mano en la cintura y la guió hacia una pareja que acababa de llegar.

Pronto estuvo Deanna escuchando a Jay y a Lance Warwick hablando de los inconvenientes de no utilizar los servicios de la compañía de Jay y comparándolos con los gastos. Cuando la esposa preguntó si Deanna trabajaba para Jay ella le explicó su relación.

Como Jenny Warwick tenía dos niños pequeños pronto estuvieron hablando de actividades veraniegas adecuadas para preescolares.

Cissy Andrew se unió a ellos pidiéndoles que fueran al jardín.

-Allí hay baile. Y las mesas del bufé están llenas -habló brevemente con Deanna y Jenny y se dirigió a otro grupo.

El jardín trasero era enorme, con un toldo sobre las mesas a la izquierda y una orquesta de cinco músicos al fondo, además de una pista de baile. Linternas japonesas lo iluminaban todo.

Cuando Jay le pidió que bailase con él Deanna sintió que le iba a estallar el corazón. Era una canción lenta y fue a sus brazos sin vacilar. Estaba allí para crearse un buen recuerdo y ¿qué mejor manera de hacerlo que bailar con el hombre que amaba?

Se adaptaban perfectamente en el baile. Ella se relajó y empezó a disfrutar el movimiento, de sentirse rodeada por sus brazos, del aroma de su loción de afeitado.

-¿Te estás divirtiendo? -la preguntó al oído.

Deanna cerró los ojos y se imaginó cómo sería estar con él para siempre. Ir juntos a la cama y pasar la noche entrelazados. Oír su voz en la oscuridad de la noche diciendo cosas que solo ella habría oído nunca.

-He estado pensando en lo que dijiste de las fotos de Beth -dijo él después de un rato.

-¿Qué?

-Que Courtney y Amy necesitan fotografías de su madre para que sepan cómo era, para recordar que era su madre -ella asintió. Amaba las fotografías que tenía de sus padres. Era tan difícil recordarlos si no fuera por las fotografías-. El jueves por la noche saqué la caja de un armario para elegir un par de ellas. Las retiré todas cuando murió. Era extraño. Las miré anoche y fue mucho más fácil de lo que yo creía que iba a ser -dijo Jay. Más fácil, pero no fácil. Beth era joven y bonita cuando murió y habían sido felices el tiempo que estuvieron juntos.

Por lo menos tenía eso.

Pero Beth había muerto y era hora de seguir hacia delante. Atrajo más a Deanna, comparando involuntariamente a las dos mujeres. Beth había sido mucho más baja, era más fácil bailar con Deanna.

Y los sentimientos que tenía hacia Deanna también eran distintos. Ella lo sorprendía con sus puntos de vista, su forma de ser y su entusiasmo por la vida. Lo sacudía, y él necesitaba eso. Había mantenido un férreo control sobre sus emociones durante tres años. Casi había privado a sus hijas de su padre.

Eso le hizo pensar en qué sucedería si a él le pasase algo ¿Quién amaría a sus hijas como él? ¿Quién se ocuparía de ellas hasta que se hicieran unas mujeres?

La canción acabó y Deanna se apartó, sonriéndole. Jay tenía un deseo urgente de besarla. Pero no allí, no en medio de una fiesta de más de cien invitados. Cuando la besara quería que fuera en la intimidad de su casa.

Y puede que esta vez no se conformara con besos. Le había dicho a ella que no quería un lío, pero ahora se preguntaba si no sería mentira. Deseaba a Deanna Stephens y tenía intención de tenerla.

CAPÍTULO 10

DEANNA se despertó el sábado por la mañana en un estado de ánimo maravilloso. La fiesta había sido estupenda. Recordó cómo habían bailado Jay y ella toda la noche. Jay también parecía haberlo pasado bien.

El único momento de tensión fue cuando él se fue para llevar a casa a la canguro. Le había pedido que lo esperase, pero ella corrió a su cuarto como un animalito asustado. Tenía que proteger su corazón y un encuentro nocturno con Jay Masters no era la mejor forma de hacerlo.

Pensó qué iba a hacer con su día libre. Ya no tenía clases y se anunciaba un perezoso día de verano. Tenía todo el fin de semana ante ella, pero no tenía planes ni ningún deseo ardiente de hacer nada en especial.

Le comunicaría a Jay su decisión de marcharse, pero la necesidad urgente del día del aeropuerto se había desvanecido. Había tiempo suficiente el lunes para decírselo. El no podía hacer nada para buscar una sustituta en el fin de semana, ¿por qué preocuparlo?

A lo mejor iba a la biblioteca y buscaba una novela para llevarse a la playa. Leer, nadar y echarse una siesta parecía un buen programa.

Por un momento la realidad de marcharse le resultó abrumadora, había tomado cariño a las niñas y las iba a echar mucho de menos cuando se fuera ¿las querría la próxima niñera? ¿habría alguien más que las estimulase a pintar, a correr y a reír? ¿0 seguirían el régimen estricto que había seguido Rachael?

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas y se dirigió a la cocina. Entonces se dio cuenta de lo tarde que era, más de las once. Estaba sorprendida de no haber oído a las niñas ¿Dónde estarían todos?

Miró por la ventana y vio a Courtney y Amy jugando en el foso de arena, con un cubo de agua a su lado. Courtney estaba muy concentrada en construir un castillo, usando el agua para mojar la arena. Amy cavaba al azar, muy atenta también. Estaban hablando, pero Deanna no podía oírlas.

Corrió hacia su cuarto a buscar el cuaderno de apuntes. Tomó un par de carboncillos y volvió a la cocina empezando a dibujar a las niñas. El cuaderno estaba casi lleno de apuntes de la familia Masters, desde sus dibujos fantásticos de Jay vestido de vikingo hasta los distintos retratos de las niñas. Sabía que era el mejor trabajo que había hecho nunca.

-Buenos días -se dio la vuelta sorprendida al oír la voz de Jay, no

lo había oído. Estaba apoyado en el quicio de la puerta, mirándola.

-Hola.

-Ayer te fuiste muy pronto a la cama.

-Estaba cansada. Lo pasé muy bien, tus amigos son muy agradables.

-¿Has desayunado?

-No, es ya casi la hora del almuerzo, esperaré un poco y ya comeré algo cuando salga.

-¿Vas a algún sitio?

-Pensaba ir a la biblioteca. Luego vi a las niñas en el jardín y quise captarlas en el papel.

-¿Puedo verlo? -se acercó a ella. Deanna casi no podía respirar ¿le gustaría? ¿Pensaría que había captado el gesto de concentración de Courtney, que había captado las personalidades de sus hijas?

-Claro.

Por primera vez se preguntó cómo le iba a hablar de su decisión de marcharse. El se iba a decepcionar porque no se quedaba el tiempo acordado. Pero la próxima vez encontraría a alguien que no cometiera el error de enamorarse de su jefe.

-Tienes talento -murmuró él al ver el dibujo.

Sonrojada dio un paso atrás. Estaba feliz de que le hubiera gustado el dibujo, pero no era buena idea estar cerca de él. Deseó lanzarse a sus brazos y pedirle que la besara. Seguro que se sorprendería mucho.

-¿Quieres café? -preguntó, necesitaba hacer algo.

-Vale.

Ella se volvió para llenar la cafetera pero al oír el ruido de papel se giró a toda prisa ¡Demasiado tarde! El ya estaba mirando sus otros dibujos.

-¡No! -corrió hacia él, pero Jay no la hizo caso, estaba mirando el dibujo del guerrero vikingo. Pasó otra página y encontró uno en el que él estaba en la cama, con una sábana sobre la parte inferior del cuerpo. Sus músculos resaltaban claramente.

Deanna se quedó inmóvil, deseando que la tierra se abriera y se la tragase. Alargó la mano para quitarle el cuaderno, pero él se dio la vuelta poniendo su cuerpo entre ella y el cuaderno, pasó otra página, y otra más.

De pronto, bajó el cuaderno y la miró. Sus ojos eran ardientes y escrutadores. Deanna no sabía qué hacer pero no podía apartar su mirada de la de él. Se pasó la lengua por los labios nerviosamente y la mirada de él la siguió como la de un halcón.

-Estos son... interesantes. Una vez me dijiste que eras buena, pero no súper. Creo que eres demasiado crítica. Yo creo que estos dibujos son excelentes.

-Tareas para clase.

-No lo creo -buscó el del vikingo y se lo mostró-. ¿Este?

Ella tragó saliva mirando el dibujo, era uno de los mejores. El le enseñó el guerrero en reposo con las niñas en el jardín. El silencio se hizo más espeso ¿qué podía decir?

-Deanna, hay algo que quería haberte dicho anoche, pero desapareciste antes de que volviera de llevar a Jamie Sue a su casa. Ahora pienso que fue mejor, que esperásemos, quiero decir.

¿Eh? ¿De qué querías hablar?

El dejó el cuaderno sobre la encimera y se cruzó los brazos sobre el pecho.

-No estoy seguro de cómo empezar.

Ella se sorprendió, nunca había pensado que oiría a Jay expresar ninguna inseguridad ¿la iba a despedir? ¿se había dado cuenta de que los dibujos eran las fantasías de una mujer enamorada?

Estuvo a punto de echarse a reír. Ella había planeado dimitir el lunes y él la iba a echar en ese momento. Debía haber respetado su plan original.

-Parece que te gustan las niñas.

-Las quiero. Son encantadoras. Has hecho una buena tarea al educarlas. Espero que sigas haciéndolo.

-Mientras esté.

-¿Qué quieres decir? -la entró el pánico-. ¿No estás enfermo, verdad? ¿No tienes ninguna enfermedad grave, no?

-No, pero nunca se sabe. Ya han perdido a uno de sus padres. Me preocupa pensar lo que sucedería si a mí me pasase algo.

-Ah, bueno. Estoy segura de no te pasará nada. Y en el caso improbable de que fuera así, tus- padres están ahí.

-Son demasiado viejos para hacerse cargo de dos niñas revoltosas. No querría que ellas tuvieran que vivir con gente tan mayor.

-Rachael.

-En realidad estaba pensando que sería mejor para ellas que si me pasara algo pudieran estar en la casa, seguir con sus costumbres -Deanna asintió con la cabeza preguntándose adónde querría ir a parar-. Quiero que tú te quedes a cargo de las niñas si a mí me sucede algo. Que les des la continuidad y el amor que necesitan.

-¿Quieres que sea la tutora de las niñas si te pasa algo?

-El dinero no sería ningún problema. Yo lo dejaría previsto. Pero ellas te adoran. Has traído algo nuevo a sus vidas y se nota la diferencia.

-Jay, probablemente llegues a viejo, no me necesitas como tutora -aquella conversación no estaba saliendo como ella esperaba. Ya iba siendo hora de decirle que se iba, antes de que él hablase de los dibujos.

-Pero en caso de que no fuera así ¿querrías pensar en ello, Deanna?

¿En formar parte de esta familia y estar aquí para ellas?

-No sé cómo puedo pensar en ello -él se detuvo un momento y luego dijo:

-Se simplificarían mucho las cosas si nos casásemos.

¡Casarse! La alegría la invadió. No podía pensar. Jay Masters estaba sugiriendo que se casaran.

-Iba a marcharme -dijo ella.

-¿Marcharte? ¿De qué estás hablando?

-No, de nada. No puedo pensar. No puedo casarme contigo -él la miró atentamente-. Quiero decir, tú no puedes querer casarte conmigo.

-No te lo habría dicho si no fuera así. Y después de ver tus dibujos sospecho que no te soy totalmente indiferente.

Ella dejó de mirarlo y resbaló su mirada por la cocina, como buscando algo que la guiase. ¡Casarse con él! Ella lo quería ¿cómo no iba a desear pasar con él el resto de su vida?

Pero él no la amaba a ella. Los dibujos solo mostraban sus sentimientos, no los de él. El no había insinuado siquiera que hubiera ninguna implicación sentimental por su parte ¿Sería ella solo una esposa suplente? ¿alguien que cuidara de sus hijas?

Ella sacudió la cabeza. Él evidentemente no sabía un dato importante que le haría retirar su propuesta en un instante.

-No puedo tener hijos -él pareció sorprendido.

-No lo sabía ¿Quieres niños? Más, quiero decir, aparte de Amy y Courtney.

-Claro que no. Pero los hombres quieren hijos varones.

-Lo dices como si fuera una ley o algo así.

-Sé que los hombres quieren hijos. Lo he oído toda mi vida. Hijos para hacer cosas con ellos, para relacionarse con ellos, de hombre a hombre. Tú dijiste eso, que te relacionarías mejor con chicos. Y necesitas un hijo para que lleve tu apellido.

Él se acercó a ella, que estaba apoyada en la encimera. Puso una mano a cada lado de sus caderas, sujetándola entre los brazos, pero sin tocarla. Deanna lo miró indefensa.

-Yo ya tengo dos hijas. No tenía idea de tener más. No creo que eso sea un problema.

-Pero un hijo...

-¿Qué tienen de malo las niñas?

-¡Nada! Pero toda mi vida he oído lo triste que era que mis padres no hubieran tenido un hijo, que mi padre no tuviera un chico que siguiera sus pasos y llevara el apellido de la familia.

-Entonces es que a lo mejor tus padres querían un chico. Pero apuesto a que querían a su niña. No querían un chico en lugar de ti, sino además ¿no?

Deanna se dio cuenta de que él tenía razón. Nunca le había oído decir a nadie que hubiera deseado que ella fuera chico. Incluso sus tías hablaban de más niños.

-Supongo, pero...

-¿Es esa la razón por la que decías que no te casarías nunca? ¿Porque no puedes tener niños?

Ella asintió con la cabeza ¿sería posible que él siguiera queriendo casarse? ¿a pesar de todo?

-Eso no es un problema para nosotros. Tenemos a las niñas. Y yo tengo dos hermanos que pueden continuar el apellido de la familia. Nunca fue esa una meta de mi vida.

La esperanza empezó a florecer, pero ¿podría casarse con un hombre sabiendo que amaba a una mujer muerta?

-¿Así que quieres que nos casemos para que las niñas tengan una nueva madre?

Jay vaciló y la miró a los ojos.

-No exactamente.

-¿Entonces qué exactamente?

-Quiero una esposa. Quiero que tú seas mi esposa, Dee.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Ojalá fuera cierto lo que decía.

-No llores. No quería hacerte llorar. Si la idea de ser mi mujer es tan disparatada podemos encontrar un plan alternativo.

-Eso suena muy profesional, lo del plan alternativo.

-Puedes sacarte tu título, encontrar un trabajo. Lo que tú quieras. No llores, haré lo que me pidas.

-¿Podrías quererme?

-¿Qué has dicho? -Jay se quedó helado, sus ojos lanzaban destellos.

-Nada, no he dicho nada -deseó morirse ¿podría escaparse de entre sus brazos, salir corriendo y no volver nunca más?

-Una de las cosas que pensé que tendría que hacer era darte tiempo. Esperaba que llegases a interesarte por mí como por mis hijas. Pero al ver los dibujos tan sexys que has hecho supe que no tenía que esperar. No estoy seguro de cómo ha pasado, pero la mujer que hizo esos dibujos no me es indiferente. Yo te quiero, Deanna. Quiero que seas mi mujer. Te deseo de todas las formas que un hombre desea a una mujer.

-Pero tú quieres a Beth.

-La quería, la quise mucho y siempre habrá un sitio en mi corazón para ella. Pero se ha ido, Dee. Y tú estás aquí. Guapa, con talento, cálida y cariñosa. Tus besos me vuelven loco, tu amor por la vida alegra mi corazón. Hay tantas cosas que quiero explorar contigo, como ver ese cabello tuyo esparcido en mi almohada o oír tu risa todos los días. Quiero que me mires con el amor que brilla en tus ojos cuando miras a mis hijas. Quiero verte por la mañana y por la noche y

envejecer contigo. Lo quiero todo, Deanna.

-Dijiste que no querías volver a casarte

-Estaba asustado. Siempre tendré miedo de que te pase algo, pero tengo que correr el riesgo. Si no sé que te marcharás, antes o después y eso es algo que no puedo soportar. Quiero que te quedes en mi vida para siempre.

-¿Para siempre? Oh, Jay, te quiero tanto. Iba a marcharme porque no podía soportar estar enamorándome más y más y pensar que no había ninguna esperanza de un final feliz.

-¿Significa eso que tu respuesta es «sí»? -dijo él abrazándola.

-Sí, sí. No puedo creerlo. Hace diez minutos estaba pensando cómo decirte que me marchaba. Y ahora me quedo y me voy a casar contigo, y a tener una familia. Oh, Jay un día tendremos nietos ¿de verdad me quieres?

-Claro que te quiero. Luché contra ello, pero no pude.

-No estás preocupado por lo que te pueda suceder, ¿verdad?

El sonrió.

-Era la única excusa que se me ocurrió. Pensé que si nos casábamos las cosas acabarían por salir bien. Contaba con que los besos y el hacer el amor te conquistarían.

-No hacía falta. Me conquistaste con tu primera llamada desde Latinoamérica. Luego me esforcé para que no lo notaras.

-Podías haberme dado una pista.

-Desde que tuve la infección que me impidió tener hijos eliminé el matrimonio de mi plan de vida. Iba a ser una profesional.

-Si quieres trabajar, puedes hacerlo. Si quieres pintar por placer, también. Lo único que te pido es que nos quieras a mí y a las niñas.

-No pides mucho, Jay. Nada que no tengas ya. Te quiero con toda mi alma. Seré la mejor esposa del mundo.

-Basta con que seas tú misma, cariño. Eso hará que seas la mejor del mundo.

-La mejor esposa.

-No. La mejor. Punto y aparte.

Ella hubiera dicho algo más, pero su beso la dejó sin palabras. Su corazón se inundó de amor y rodeó el cuello de él con sus brazos.

Tendrían que solucionar algunas cosas, con las niñas, con la familia de él, pero eso ahora no la preocupaba. Sabía que estaba donde tenía que estar, entre los brazos de Jay Masters. Para siempre, había dicho él.

Parecía bastante tiempo.